FRAY MOCHO



"Una amable pareja"

N.º 770

25·1·1927·



PAGINA INFANTIL — AVENTURAS DE PIPIRI









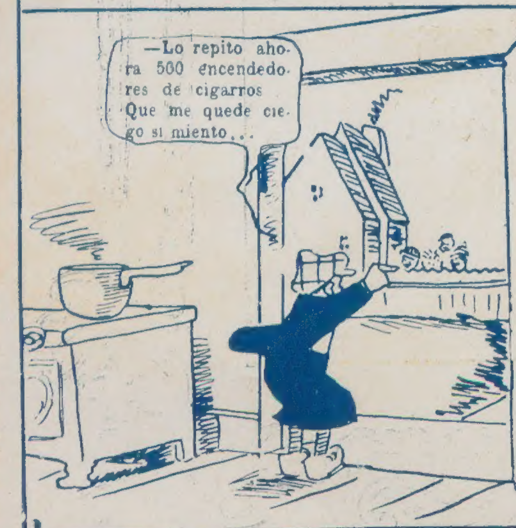


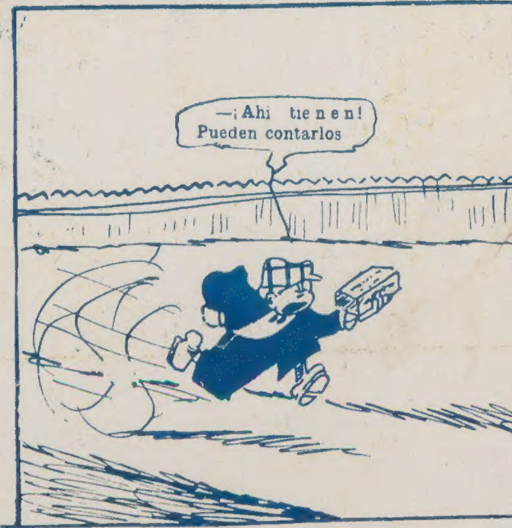
















FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redacción y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI — Buenos Aires, 25 de enero de 1927 — N.° 770

Y así se pasa la vida..., por Rojas



—¿Es que de pie no quiere usted cantar, Llacey?
—De pie, no puedo.
—Entonces lo sentaremos en la silla y allí "cantará" de seguro.



—Uno de los aviadores norteamericanos que pilotean la escuadrilla aérea, al llegar a Panamá no aceptó obsequios.
—Es natural. Lo lógico es que al llegar a Panamá se hiciera el estrecho.



—La otra noche y aprovechando un mitin de protesta contra la actitud de los Estados Unidos, un anarquista, todo sucio, se subió a un árbol y se ató con una cadena para que la policía no pudiera sacarlo de allí. Luego habló mal del gobierno de la Unión.
—¿Y qué hizo la policía?
—Como estaba sucio, tiró de la cadena.



—Los chinos han colocado en las paredes carteles hostiles contra los franceses, acusándolos de haber asesinado a veinte chinitos.
—¿Y cómo estaban escritos?
—Con tinta de China.



—Dicen de Méjico que en el Departamento de Durango, durante el combate entre las fuerzas rebeldes y las federales llovió de una manera tan fenomenal, que hasta los pobres soldados llevaban la bayoneta calada.

La única liberación

Por Pedro Sondereguer

Emilio. — No era admiración lo que causaba la belleza de Lucrecia Berzal. Era, más bien, una especie de estupor. El que miraba por primera vez su boca exigua y rosada, sus enormes pupilas oscuras y su cabellera de cobre reluciente, se quedaba estupefacto. Nunca encontráronse reunidos en una sola mujer tantos hechizos. Era una maravilla, producto de un milagro.

Ascanio. — Vamos, hombre, no exageres.

Emilio. — Por lo menos, eso me pareció el día que me la presentaron. Te diré más. El efecto que me produjeron sus ojos y su boca, fué borrado en seguida por el contacto indescriptible de sus manos. Cuando tuve entre los míos el tibio alabastro de sus dedos, mi cuerpo todo experimentó una sacudida. Si fué un estremecimiento o un escalofrío, yo no lo sé. Lo cierto es que el contacto de aquella seda viva me hizo sentir un goce inefable. Creo que un goce semejante puede constituir la única y final aspiración de una vida.

Ascanio. — Sigues exagerando.

Emilio. — Cállate si quieres que te cuente la aventura. Lucrecia Berzal era superior a cuanto yo pueda decirte. Los enamorados de aquella belleza extraordinaria eran innumerables. Lo que experimentaban por ella, más que amor, era idolatría. Era algo como fanatismo. En su presencia, todos se mostraban tímidos. Es que todos, en el fondo, consideraban que obtener a la adorable mujer era una ambición fuera de las posibilidades humanas. Tocarla, parecía una profanación. Yo pensaba que si el contacto de sus manos hacía estremecer, acariciar su cuerpo debía causar la muerte.

Ascanio. — Me doy cuenta de que eras uno de los más enamorados. El pensamiento de la muerte acompaña al amor constantemente.

Emilio. — En efecto, yo era el más enamorado. Y por lo mismo, el que más se cohibía en su presencia. Casi no me atrevía a mirarla. No temía que me despreciara ni que se ofendiera. Lo que temía era que se burlara de mi inaudita pretensión de conseguirla.

Ascanio. — Esa excesiva timidez te dió la victoria.

Emilio. — Puede ser. Me convertí en su sombra. Acudía a todos los lugares que ella frecuentaba e iba a su casa con cualquier pretexto. Mi amor era una persecución y una impertinencia. Así habría continuado quién sabe hasta cuando si Lucrecia Berzal no me hubiera animado a que la dijera cuánto la quería. Una tarde al salir a recibirme me preguntó: "¿Mucho le gusto a usted?". Por toda respuesta me incliné y besé dulcemente la palma de su mano. Estuve a punto de caer de rodillas, como el más apasionado y ridículo de los románticos; pero me contuvo el primor de su sonrisa, en la que me pareció adivinar un principio de burla mal disimulada. Así comenzaron nuestras relaciones amorosas. Me dediqué a adorar a Lucrecia Berzal con la misma fatal decisión con que me habría arrojado a un abismo.

Ascanio. — La comparación es exacta. Una gran pasión es un abismo en el que se pierde la inteligencia o la vida. Tuve yo un amigo que amó desesperadamente. Empleo bien este adverbio, pues la dama, que para mayor ironía se llamaba Clemencia, no correspondió jamás el hondo sentimiento de mi amigo. Al cabo de varios años de ese amar sin esperanza, mi amigo sufrió tal transformación que casi llegó a la idiotez.

Emilio. — Si no experimenté un cambio semejante es porque fuí correspondido. Lucrecia Berzal igualó, en su amor, la intensidad del mío. Y eso que el mío era casi locura. Muchas veces la seguía sin que ella lo supiera, nada más que para proporcionarme la dicha insuperable de verla caminar. Su manera de andar producía una sensación parecida a la que causa la lectura de un sublime poema. Había tal gracia, tal elegancia, tal armonía en sus movimientos, que el mirarla marchar no despertaba ningún vulgar anhelo voluptuoso. Su andar justificaba aquello del desinterés de que hablan ciertos filósofos del arte. El cuerpo de Lucrecia Berzal era una obra en que Dios había querido demostrar su omnipotencia. En ocasiones me quedaba contemplando en prodigio de sus ojos o el cobre deslumbrante de su cabellera. Entonces se me ocurría pensar que su mirada, encendida de enojo, debía ser mortal, y me dominaba el extraño temor de incurrir en su ira. Le expresaba mi miedo, y ella se reía como una criatura que recibe un juguete. Su risa era un encanto. En ella, ponía toda su alma, como un músico de genio en la ejecución de una sonata. Un día le manifesté mi temor con tan profunda convicción, que no se rió. "Calla, cobarde", me dijo y me besó en la boca. La emoción que me causó el leve roce de sus labios, me hizo presentir la intensidad del sentimiento que se adueñaría de mí en el instante en que ella resolviera ofrecerme el sacrificio total de su belleza.

Ascanio. — Estoy realmente sorprendido de que no hayas perecido en ese fuego. Amar así es una desgracia. Amar así es perder libertad e inteligencia; es permitir que una mujer juegue con nuestra vida como un niño con una pelota.

Emilio. — Los grandes amores no los comprenden sino los que han amado locamente. El dolor de amar produce un placer tan fuerte como el que, seguramente, sentían los primeros cristianos en la hoguera. Un ambicioso que llega al poder o un especulador que gana una fortuna ,o un actor ensordecido por los aplausos de una multitud entusiasmada, no conocen sino una parte de la dicha que ocasiona una victoria. El triunfo que más feliz nos hace, es el que obtenemos sobre la mujer amada.

Ascanio.— Teniendo presente esa afirmación y aplicándola a la mujer, habría que aceptar que ésta es, en general, más feliz que el hombre, puesto que en ella, la principal preocupación es el amor.

Emilio. — Es posible que tengas razón. Yo no estoy ahora para disquisiciones. Lo único que afirmo es que fuí dichoso como no lo volveré a ser jamás. Fuí tan dichoso, que si aquel estado se hubiera prolongado mucho, me habría conducido al aniquilamiento.

Ascanio. — ¿Por qué no te casaste con Lucrecia Berzal? Es un lugar común aquello de que el matrimonio es el mejor remedio contra el amor.

Emilio. — Eso es una mentira. El matrimonio es un remedio contra los amores epidérmicos. Tú me entiendes. Las grandes pasiones no se curan con el matrimonio; por el contrario, se agravan. Lo que ocurre, quizá, para bien de la humanidad, es que en la mayoría de los casamientos no entra en juego más que el sentimiento de que hablan los cínicos cuando definen el amor.

Ascanio. — ¿Y cómo concluyó la aventura?

Emilio. — Tres años después de iniciadas nuestras relaciones resolvimos ir a pasar un verano a la montaña. Nos instalamos en una pequeña casa, cercana a un precipicio. Todas las mañanas, después de recorrer los alrededores, nos sentábamos en el borde de la peligrosa hondonada. Desde aquella eminencia se veía un espectáculo magnífico. A lo lejos, unas lomas, cubiertas de vegetación, ponían la línea irregular de su perfil sobre el diáfano azul del horizonte. Tocado por el sol, el verde oscuro de las hojas húmedas por el rocío, adquiría tonalidades resplandecientes como de piedras preciosas. Más arriba, las nubes, en gloriosa complicidad con la luz, mostraban con sorprendente riqueza todos los matices del oro y las múltiples variaciones del rojo y del blanco. Velos de novias y vestiduras de vestales, esmeraldas inmensas y monstruosas amatistas, blondas cabelleras salpicadas de sangre, veíanse allí, prendidos o engarzados en la turquesa infinita del firmamento por el capricho incomprensible de un artista enloquecido. Lucrecia y yo seguíamos, con mirada atenta, las transformaciones que iba sufriendo, por la acción de la luz, el prodigioso espectáculo que nos brindaba el horizonte. En los primeros días, mientras estábamos al borde del precipicio, tomábamos toda clase de precauciones para evitar una desgracia. Después, nos acostumbramos y nos dedicábamos, despreocupados, a la contemplación del maravilloso kaleidoscopio que se nos ofrecía a la distancia. La despreocupación fué la causa de nuestro infortunio. Una mañana comentábamos con entusiasmos de niños las bellezas del cielo. Tratábamos de adivinar las formas que iban tomando las nubes en su lento movimiento. Buscábamos parecidos y los festejábamos con risas ruidosas y observaciones picantes. En eso Lucrecia pisó en falso y rodó por la cuesta empinada. No trataré de describirte, pues no podría, mi dolor por su dolor y por su muerte, ni mi inmediata esperanza de su salvación. Bajé, rápidamente, hasta el lugar donde había caído. Tenía el cuerpo magullado, y el rostro, su rostro de milagrosa belleza, destrozado por las piedras. Respiraba penosamente. La llevé, como pude, hasta la casa. Aquella subida fué un calvario. Yo no llevaba una cruz; menos feliz que Jesús, llevaba mi propia vida entre los brazos. ¿No era, acaso ,aquella mujer toda mi vida? Cuidé a Lucrecia con abnegación ilimitada. Fuí padre, hermano, amante, hijo, todo, a la cabecera de su lecho.

Ascanio. — ¿Se curó?

Emilio. — Sí. Pero a medida que adelantaba su curación, un nuevo pesar iba haciendo presa de mí ánimo. Lucrecia quedaría desfigurada. Ya no sería la divina criatura que yo había amado. Aquel pensamiento torturante como una daga, adquirió, poco a poco, las características de una obsesión. Cuando Lucrecia dormía, me quedaba largos ratos mirándola, y lloraba, lloraba desesperadamente, ante la fatilidad irremediable. ¿Era aquella la insuperable estatua que yo adoraba? Sentía hacia la desfigurada una comparación infinita. Pero la compasión no es amor. Comprendía que la existencia, al lado de Lucrecia, iba a ser imposible. Lentamente, fué adueñándose de mí una idea que, al principio, me pareció espantosa. Lo terrible de aquella idea fué desapareciendo. Al fin, se me mostró escueta, nítida, sin nada de horrible. Me pareció una liberación, la única liberación. Por su bien y por mi bien, por su dicha y por la mía, Lucrecia no debía vivir. Yo quería conservar, necesitaba conservar, sólo el recuerdo de sus formas intactas y de su belleza magnífica. No quería habituarme a su fealdad horripilante. Y resolví eliminarla.

Ascanio. — ¿Lo hiciste?

Emilio. — Dicen que me encontraron bailando alrededor de su cadáver.

EL CORDERO

"Mon ame est une infante en robe de parade".
Albert Samain.

La luz tiene la grave serenidad del raso,
suspiro silencioso demasiado sutil,
y el alma de la tarde, se acerca paso a paso
como un manso cordero que vuelve a su redil.

Samain, ¿será tu infanta que va por el camino,
con sus lebreles blancos y su blanco destino?
Quién sabe!
—la belleza es ligera como el vuelo del ave.

FERNAN FELIX DE AMADOR.



SINTÉTICAS

OPTIMISMO MINISTERIAL

Hace pocos días, un diputado nacional formuló una denuncia referente a que un empleado del Ministerio de Hacienda, habría exigido el pago de una comisión, por tramitar cierto asunto de índole administrativa. Con tal motivo, un redactor de un diario de la tarde, entrevistó al titular de dicha repartición nacional; y el señor ministro manifestó, entre otras cosas, que le parecía "difícil y raro" que se pidan coimas por despachar los expedientes del ministerio.

A dicha declaración
Oponemos un reparo;
Pues hallar repartición
Que actúe sin comisión
Es lo "difícil y raro".

CONJURANDO EL PELIGRO

El prestigioso dramaturgo español, don Jacinto Benavente, fué elegido, hace quince años, miembro de la Real Academia de la Lengua Española. Como quiera que el autor de "Los intereses creados" todavía no ha tomado posesión del cargo, no obstante el largo tiempo transcurrido, un diario madrileño, que inquirió las causas de tan extraña actitud, recibió del interesado la respuesta siguiente: "Mi retraimiento de la Academia obedece solo a una superstición. Tengo el presentimiento de que, a poco de ingresar, me moriré. Poseo la debilidad de ser muy supersticioso".

Aplaudimos, sin reservas, la posición defensiva, previsoramente adoptada por el sagaz don Jacinto, pues comprendemos que

Mimado de la fortuna,
Se halla bien entre los vivos,
Y no le hará gracia alguna
Que venga a matarle una
Indigestión de adjetivos.

PROSAISMO

El barón de Ferming, que acaba de regresar a Londres, después de un largo viaje por el Africa del Sur, afirma que, en las costas de aquellas regiones, ha podido comprobar la existencia de numerosas sirenas. Asegura que estos animales marinos tienen largos cabellos y rostro humano; y que las hembras poseen un pecho que envidiarían muchas mujeres. Según el mencionado explorador, los habitantes de un pueblo de pescadores, situado al norte de Mombasra, lejos de dejarse seducir por dichas sirenas, las agarran para asarlas y comérselas, pues dicen que su carne es un manjar delicioso.

De este mundo material,
¡Cuán grandes son las mudanzas!:
Sirena, ninfa irreal,
Ayer nutrió el ideal,
Hoy alimenta las panzas...

COSAS DEL CABLE

Según anuncian de Tokío, el barón de Ikeda, dando pruebas de un profundo sentimiento de amor y fidelidad hacia el extinto emperador del Japón, no quiso sobrevivir a la muerte de su soberano recientemente ocurrida, y se suicidó, no sin antes haber dejado escrito que se quitaba la vida para reunirse con el difunto emperador.

Este súbdito ejemplar, siguiendo un fatal designio, se elimina del mundo y desmiente el significado de su apellido, pues

En viaje al más allá
Y sin que evitarlo pueda,
Hasta contra el nombre da;
Puesto que el barón Ikeda
No queda, sino se va.

LOS PASTORCITOS

Por Leopoldo Lugones

Pedro era un muchacho muy listo, aunque rústico pues había pasado siete de sus quince años guardando las ovejas de su padre, un pobre hombre con muchos hijos y cuya mujer vivía enferma.

Todos los hermanos de Pedro trabajaban, excepto el último, muy pequeño aún; así, no es de extrañar que el chico fuera tan serio como servicial, aunque no sabía leer ni tenía ideas sobre la civilización; en cambio poseía otras habilidades: silbaba muy bien imitando a todos los pájaros; manejaba la honda con singular destreza; conocía a fondo los senderos del bosque y los atajos de la montaña, y no había fruta cuyo sabor ignorase. Además, se sabía las flores de corrido, chapurreaba con bastante soltura el idioma del arroyo, que esea dicho de paso, era terriblemente embrollado cuando le daba a éste por meterse guijarros en la boca para tartamudear — al revés de Demóstenes; — le estimaban en todos los nidos por su honradez, y por su habilidad le temían en las colmenas. No está demás añadir también que ordeñaba muy correctamente las ovejas cuando era menester, que nadie mejor que él podía dar noticia de los más suculentos pastos y de las más eficaces hierbas para curar los males de sus subordinadas. Estas, le correspondían con aquella beata docilidad a la cual deben el rango que ocupan en ciertas metáforas religiosas y literarias. Si Pedro conocía el balido de cada una, cada una conocía la voz de Pedro con encantadora perfección; y era para él una gloria cuando por las tardes regresaban al aprisco, contener sus veleidades de retozo e independencia, con amonestaciones y silbidos que introducían frecuentemente el orden en las filas. Y digo frecuentemente porque hubo casos, aunque muy extraordinarios, de rebelión, en que la honda de Pedro debió funcionar para mantener el orden.

Cuando nacían los corderos, la alegría del chico llegaba a su colmo. Con qué solicitud les cuidaba y protegía, corrigiendo la inexperiencia de las madres jóvenes, remediando la indiferencia de algunas, compartiendo por la noche su mezquina camita con los recién nacidos que se extraviaban del corral cercano y le buscaban vacilantes sobre sus patas temblonas, con los huérfanos que les lamían la cara tan triste y silenciosamente, a la luz de la luna! Aquellos animalitos eran una especie de hermanos suyos, más queridos que los otros, porque eran más inferiores, y al mismo tiempo algo así como hijos según entendía eso el muchacho en el temeroso titubeo de su pubertad inminente.

Siete años llevaba Pedro de vivir con la majada desde el alba hasta la noche. ¡Si había visto él nacer corderos! De algunos era hasta abuelo ya, según le parecía. Pero resultó que con los años, variaron profundamente las ideas de Pedro, sin que él se diera cuenta de ello. Ahora, como estaba más vigoroso, era más bueno. Le gustaba menor correr, sin duda porque comenzaba a pensar; ya no hablaba solo, pero recogía flores para la virgen que estaba allá en la casa, en su nicho, junto a la cama de madre. Mientras las ovejas pacían por las cañadas verdes, él, recostado bajo algún árbol corpulento, en la silenciosa apacibilidad del campo, si no dormía, inventaba cuentos. ¿Para quién? Para nadie quizás, pues no los refería a los otros niños. Y mientras su pensamiento trabajaba, como era laboriosa, empleaba sus manos también en algo útil. Sólo que en vez de fabricar trampas de pájaros como antes estaba ahora ocupado con mucho ahinco en la construcción de una flauta. Estas aficiones musicales de los últimos tiempos, coincidieron con un notable aumento de sensibilidad: Pedro, que había sido siempre un intrépido cazador, sentía lágrimas en los ojos ante una urraca que su hermano menor tenía cautiva.

Cuando una personita de quince años, que no sabe leer y que no tiene ideas de ningún género sobre la civilización, recoje flores en vez de hablar sola, inventa cuentos que no cuenta a nadie, fabrica una flauta y llora por los pájaros cautivos, se puede asegurar que algo grave acontece. Ahora bien: lo único grave que puede acontecerle a uno cuando tiene quince años, es enamorarse.

¿Pedro estaba enamorado, entonces?

No lo sé, amiga de mi corazón; mas oye con interés lo que sigue de la historia, y sobre todo no se lo preguntes a nuestro pastorcito, porque él en verdad no sabría responder. ¿Enamorado? Y ¿qué será eso de enamorado? contestaría Pedro de seguro. Pero como no es el nombre lo que forma la cosa, continuemos narrando, y digamos que en la vida de Pedro había algo no expresado aún en estas líneas, por considerarlo trivial, cuando tal vez resulte interesantísimo.

Solía Pedro encontrar en sus peregrinaciones una pastora de las cercanías, menor que él, pues contaba apenas doce años. Era una niña tan desmirriada y pobre que daba pena y tan tímida que daba risa, pues era casi tonta y por todo lloraba. Pedro, que empezó por querer adiestrala en topografía, botánica y ornitología debió renunciar bien pronto, descorazonado por esa candidez eternamente resuelta en lágrimas. La abandonó, se alejó de ella, tomando por otros senderos, aunque sin negarle su ayuda si llegaba a encontrarla en trabajos para recoger las ovejas, o llevar los corderos recién paridos, cuando eran más de dos y la noche se aproximaba.

Ahora bien: habían transcurrido justamente cuatro meses sin que los niños se vieran, cuando una mañana, a la hora en que el sol comienza a apretar y las ovejas buscan la sombra de los árboles para efectuar la rumia, Pedro vió venir a la pastora por el mismo camino que él trajera horas antes: y lo que nunca, sintió una alegría. Al fin, por tonto y fea que fuese, su ausencia se había hecho notar en aquel bosque tan solitario. Los niños se dieron los buenos días sin aspavientos ni transportes, con cierta seriedad que les molestaba sin que supieran por qué. Y entonces Pedro notó que la chica, si bien continuaba siendo tonta, no era fea ya como cuatro meses antes. Esto le puso, francamente, de mal humor. ¿Por qué? Tal vez porque ahora tendría que reconocer en ella cierta superioridad. Pedro era demasiado altivo para sufrirla de buen grado. Como se sentía inquieto por aquella circunstancia fué impertinente:

—¿Estás más gorda, Juanita, la dijo; y ya no tienes los ojos lagañosos, como antes.

Ella se limitó a sonreir, porque lo sabía, y además para que se le viera bien la boca que estaba muy ro-

SUREÑA

Claro el aire, en el ocaso
un brochazo,
fuego y sangre, tiñe el cielo de arrebol.
Coronando la altanera
cordillera,
se destacan las figuras deslumbrantes
de una hilera de gigantes
frente al sol.

Más abajo las sinuosas graderías
de las verdes serranías,
donde cruzan sus ramajes el alerce y el ciprés,
encerrando con los marcos de sus frondas
los cristales de las ondas
de los lagos que se duermen a sus pies.

Fin de tarde. Calla y sueña el agua quieta
entretanto
que en su manto
azul turquí
con repliegues de violeta
brilla el sol como un rubí.

Ante el barco que camina
rumbo al monte, la neblina
va ascendiendo la ladera
y a su encuentro, desde la cordillera,
baja el águila del Puelche
a rondar sobre el bajel,
y ante el frígido aleteo de su halago,
tiembla el lago
y alza el dorso como el lomo de un corcel.

SAMUEL A. LILLO.

Los toros y las ranas

Cierta rana que, desde una laguna, veía con espanto la pelea de unos toros, volvióse a sus amigas y les dijo:

—El cielo nos ampare, hermanas, que, o mucho me equivoco, o vamos a perecer en esa refriega.

—¡Tonta que eres! — replicóle una: — los toros no hacen caso de nosotras: ellos pelean entre sí por ocupar el primer puesto en la vacada. Nosotras vivimos lejos, y, además, nos defienden nuestros pantanos y nuestros juncos.

La primera repuso con gran cordura:

—¿Lo crees así? Pues aguarda a que termine la lucha y sentirás los varetazos del que salga vencido.

En efecto: el toro que perdió la batalla se rehizo furioso hacia atrás, y en el desconcierto de la huída, tronchó los juncos, invadió las lagunas y aplastó a las ranas.

Siempre que pelean los poderosos, les sucede lo mismo a los débiles.

ja, y los dientes muy lindos y muy blancos.

Pedro notó perfectamente aquel ingenuo despliegue de atractivos, y su molestia subió de punto.

—Y veo que juntas flores, añadió por decir algo, indicando una margarita que llevaba ella en el corpiño.

—Sí, como tú, respindió Juanita.

Pedro refunfuñó:

—Es que ahora ya no junto más flores.

La niña volvió a sonreir.

—Mira, "también" le he puesto a mi cordero una cinta colorada en el cuello, y un cascabel.

—"¿También?" reflexionó Pedro; ¿a caso él había tenido nunca corderos con cintas y cascabeles? La pobrecita empezaba ya a disparatar como de costumbre. Y el muchacho cortó bruscamente aquel diálogo:

—Adiós, Juanita; me voy para el arroyo.

—Adiós, Pedro.

La había llamado Juanita al despedirse, y antes, cuando era más chica la decía Juana a secas. Y habría imbécil como él!... ¡Pues no le había dicho que se iba al arroyo, cuando su despedida no era más que un pretexto para ocultarse! Bueno, con no ir estaba todo arreglado. Sin embargo, fué.

Y pasaron de esto muchos días, y los muchachos seguían encontrándose y no obstante su afirmación de la primera vez, Pedro juntaba flores con Juanita, y le contaba todos los cuentos que había inventado en la soledad de las deprimentes siestas, y se lavaba la cara todos los días, y se encontraba lleno de un valor sobrenatural para saltar los precipicios y escudriñar las cuevas de la montaña. Como era buen filósofo, se había dado cuenta de que todo cuanto experimentaba, tenía por causa un irresistible deseo de dar un beso a la pastorcita. Estaba seguro de que no se lo negaría, y dudaba. Y todas las mañanas se decidía, y todas las tardes regresaba sin haber consumado su decisión. Semejante estado, le desmejoraba visiblemente y Juanita le preguntaba inquieta:

—¿Por qué estás siempre tan pálido?

El chico no respondía, pero el alma le temblaba en los labios y los ojos se le ponían más oscuros. Aquella boquita roja que le hablaba con tanto cariño, era la causa. Mas, ¿acaso su dueña le entendería si lo confesara? ¡Era tan tontuela que probablemente se iría a reir!... Los días pasaban así, angustiosamente largos, sin que nada pareciera intervenir en favor de Pedro, cuando una tarde el amor hizo un milagro.

He aquí cómo ocurrieron los sucesos:

Juanita volvía para la casa con dos corderos nacidos ese día. En verdad los nacidos eran tres, y su compañero la ayudaba, como de costumbre, cargando el tercero. La tarde olorosa sobrenaturalizaba el bosque con su matiz violeta. Allá, en el horizonte de la montaña, negra ya, se exhalaba la noche. Los niños, demasiado llenos de alma, no podían hablar. Una temblorosa angustia les enfriaba los dedos. Del cielo límpidamente enorme, el crepúsculo enviaba un adiós a las vagas desolaciones del paisaje. ¡Una tarde más, pensaba el muchacho; una tarde de pena como las anteriores, como las otras, en la eterna impasibilidad de aquel cielo que insinuaba tantas cosas sublimes, de aquella tierra tan obstinadamente entregada a la cálida incubación de sus gérmenes!

De pronto, la niña lanzó un grito. Pedro emergió de la hondura de sus sueños, con una sacudida. Juanita se había dejado caer sobre una piedra, a la orilla del sendero, y con rostro afligido enseñaba al chico su pie desnudo en cuyo talón asomaba una gotita de sangre fresca.

¡Vamos! No era nada grave; una espina que él extraería con cuidado. Arrodillóse ante la pastorcita, tomó en sus manos, delicadamente, el pequeño pie, y examinó la herida. Sería injusto no alabar de paso el heroísmo de Pedro, pues aquel incidente adquiría para él la solemnidad trágica de un desastre de universos. ¡Por una espina! Sí; por una espina; ¡pero el piecesito que tenía entre las manos era tan nervioso y la espina había penetrado tanto! Con los dedos no podía extraerla, pues apenas sobresalía de la epidermis. Tendría que emplear los dientes y quizá Juanita se desmayara de dolor.

Juanita se mostraba muy valiente, y accedía a la operación de buen grado, lo que dió a Pedro el valor necesario para afrontar el trance. Asió, pues, la espina con los dientes, y sintiendo en su propio corazón el dolor, más que Juanita en el pie, seguramente, la atrajo de un tirón con admirable limpieza.

Y entonces le llegó a la niña su turno de afligirse. Pedro lanzó a su vez un grito, llevándose las manos a la boca. De sus labios apretados sobresalía la espina que acababa de extraer, clavada allí sin duda, según presumió la inocente Juanita.

¡Vamos! No era nada grave; no había por qué hacer esos visajes tan terroríficos. Ella sabía ahora cómo se hacía en semejantes casos. Y sin vacilar un instante, inflamada por la más expresiva caridad, la boquita rosada se pegó a la boca de Pedro...

Cuando volvieron del éxtasis, todas las estrellas del firmamento estaban asomadas, mirándolos. Y en la confusión deliciosa del placer descubierto, una idea alarmante les vino. ¿Qué se había hecho de la espina? Sin duda alguno de los dos se la había tragado, y les iba a agujerear el estómago después de haberles servido como dulce pretexto. Sencillamente, sin comunicarse su mutua inquietud, aceptaron el sacrificio, pensando que el amor era demasiado bueno para que no resultara dulce el precio de espinas con que tasa sus favores.

Y desde entonces, en la comarca, ha sido imposible saber cuál de los dos se había tragado la espina.

ANÉCDOTA

El ilustre dramaturgo español, don Jacinto Benavente, había organizado en Sevilla una famosa cabalgata de los Reyes Magos. El mismo lucía la pompa oriental de su veste con aire romántico. La multitud, haciendo compañía a la pintoresca cabalgata, aplaudía en forma delirante. Don Jacinto, entre ufano y modesto, agradecía y saludaba con leves movimientos de cabeza.

A la vera del maestro, su compañero, más serio y poseído de su papel, lucía un exótico y rico turbante al que coronaba una pluma rizada y ostentosa, que había despertado la admiración de las damas.

En el trayecto, el cortejo tuvo que hacer alto frente a un balcón ocupado por un grupo de hermosas y bulliciosas sevillanas que aplaudían y vivaban a cual más y mejor. En eso una, gentil y de atiplada voz, exclamó:

—¡Viva el rey de la pluma!

Don Jacinto se hinchó de satisfacción ante aquella alusión tan directa como halagadora y saludó con la mano afectuosamente, a la vez que sonreía a la dama.

Pero ésta tornó a gritar:

—¡No! ¡Que no es por tí! Es al tío ese de la pluma en el gorro.

Venta de mujeres al peso

En algunas tribus de pueblos salvajes, las mujeres son vendidas por sus padres como simples mercancías. El precio depende de los atractivos de la joven.

Entre algunos pueblos, el precio estipulado se paga en pieles, carnes saladas y, a veces, en tiros de perros.

En Africa, el precio de una mujer oscila entre una y diez vacas. La obesidad está considerada como el mayor encanto que puede tener un amujer, por lo que se las vende al peso.

La comunidad de Kikuyu tiene en esto costumbres especiales. El jefe es el único que tiene derecho a vender esposas. Antes de la guerra se podía comprar una mujercita por ocho pesos.

Hoy, no se encuentra una esposa por menos de veinte pesos. Verdad es que para facilitar las transacciones se han instituído las ventas a plazos.

Los aros de esmeraldas

Por R. M. Scott

La princesa Zerentella llegó a Fairview a fines de la estación estival, en momentos en que la elegante sociedad balnearia se hallaba presa de extrema agitación.

Esta anormalidad debíase a la perpetración de contínuos robos de joyas que se habían verificado durante el último invierno a lo largo de toda la costa de la Florida. Hasta entonces, en Fairview no había sucedido nada, pero se temía algún hecho delictuoso de un momento a otro. Viejos y señoras de gruesos brillantes y con riquísimos collares de perlas empezaban a sacrificar su acostumbrado paseo posmeridiano por la playa, quedándose, por el temor, en los "halls" de los grandes hoteles. Además durante la noche, las cajas fuertes de los hoteles llenábanse de todas aquellas espléndidas joyas (que antes eran escondidas en las fundas de los almohadones o en las bolsas de ropa blanca) hasta la mañana siguiente, cuando la luz del sol hacía dar un suspiro de alivio a los propietarios inquietos. Habían sido adoptadas precauciones especiales, y varios distinguidos detectives, llegados exprofeso de Nueva York, vigilaban en los corredores durante las horas de sueño.

La llegada de la princesa Zerentella fué un nuevo estímulo a la agitación de los sobre-excitados cerebros de Fairview. ¿Acaso no eran sus maravillosos aros de esmeraldas los más hermosos que jamás se hubieran visto? Las columnas del *Tattler*, que ya no se ocupaba más que de noticias sensacionales, había revelado que cada una de las gemas de los aros había sido tallada en una sola piedra, y que el valor de la soberbia joya era inestimable. En cuanto a la figura de la gentil princesa, el diario tejía un romance tan emotivo y sentimental, que, antes de llegar a la noche, en toda la costa de la Florida, no se hablaba más que de la nueva viajera.

La princesa, en realidad, era una mujer seductora. Su fina elegancia, su aristocrático porte, su exquisita gracia de gran dama francesa, conferíanle una fascinación verdaderamente real.

Excepción hecha del *"Tattler"*, nadie había hablado jamás de la princesa Zerentella, pero no habían pasado así veinticuatro horas cuando ya había muchos que la mencionaban como si la conociesen o la hubiesen oído nombrar desde muchos años atrás.

Al final de la semana no había reunión mundana en la cual ella no participase, y la admiración más viva se había creado, especialmente en torno a su modo de vivir. Ella, al contrario de todos, parecía ignorar el miedo y se reía de los ladrones y del pánico general que los detalles y pormenores de los últimos robos habían provocado.

La audacísima dama no había renunciado, en efecto, a sus paseos de la tarde por la playa, durante los cuales, además de diferentes magnífico hilo de perlas, llevaba, con una indiferencia por nada simulada y mucho me nos ostentada, sortijas de brillantes y de algún magnífico hilo de perlas, llevaba, los famosos aros de esmeraldas, cuyo inestimable valor terminaría ciertamente — así opinaban todos — por atraer la codicia de los misteriosos y habilísimos ladrones.

Efectivamente los robos se sucedían de un modo impresionante: el último fué llevado a cabo a sólo cinco millas de Fairview, en circunstancias que dieron no poco que pensar a la policía. En la sala comedor de uno de los más suntuosos hoteles había faltado repentinamente la luz por pocos minutos, que fueron suficientes para hacer dessaparecer como por encanto un magnífico collar de perlas que adornaba el cuello de una vieja señora.

El robo fué llevado a cabo con toda habilidad, que la propietaria de la joya no se percató de su desaparición sino una hora después, dando así al ladron todo el tiempo de alejarse. Más tarde se comprobó que el señor de la mesa contigua, utilizando la lámpara situada junto a su plato, había producido un cortacircuito y luego había desaparecido, dejando escritas sobre el mantel, debajo del plato, estas enigmáticas palabras: "Hasta la vista, en Fairview!" Algunos creyeron que las palabras escritas en el mantel no tenían más objeto que dar una pista falsa a la policía. Otros opinaban que era un medio de asustar todavía más a los veraneantes de Fairview y de hacer víctimas con mayor facilidad.

Entre tanto el jefe de policía de Fairview hizo colocar en los halls de todos los hoteles grandes avisos a los forasteros, a fin de que custodiasen con la mayor cautela sus joyas. Visitó también el salón comedor del Hotel Metropole, y deteniéndose junto a la mesa de la princesa Zerentella, le preguntó:

—¿Le desagradaría, princesa, dejar de llevar por algún tiempo sus preciosos aros de esmeraldas? El ladrón ha anunciado su llegada aquí... y verdaderamente...

La princesa esbozó una sonrisa irónica y le interrumpió:

—Pero, señor, ¿cómo puede usted proponerme semejante cosa? Usted afronta el peligro huyendo de él; yo, en cambio, lo buscaré. Aguardaré al ladrón y... usted me protejerá, ¿no es verdad?

El alto funcionario, rígido e imponente en su uniforme, se mordió los labios, ocultando a duras penas su desagrado por las palabras de la princesa. Pero ella, con una encantadora sonrisa, añadió:

—Sin embargo, señor, estoy segura de que el ladrón nada podrá hacer contra usted, y deseo de todo corazón que no tarde usted en apoderarse de él.... Tengo el presentimiento de que su habilidad triunfará bien pronto.

Dicho esto, la princesa le tendió la mano, e inmediatamente el jefe de policía sintióse presa de la suave fascinación de aquella mujer deliciosa, cuya divina belleza sabía desafiar el peligro como una fuerza intangible. Se alejó, llevando grabada en los ojos la visión de aquel rostro dulcísimo iluminado por la cálida luz de la sdos enormes esmeraldas, y juróse para sí que antes de apoderarse de los preciosos aros, el ladrón tendría que pasar por sobre su cadáver.

—

Al día siguiente, a la hora del baño, poco antes de medio día, la playa, frente al malecón, estaba animada por un gentío alegre y multicolor. Nadadores poco expertos se ejercitaban a pocos metros de tierra, sosteniéndose en las cuerdas; por todas partes, bajo el sol que resplandecía en toda su magnificencia, cruzábanse gritos estridentes, risas armoniosas, exclamaciones, llamadas...

La playa estaba cubierta de enormes sombrillas y de carpas multicolores como fantásticas y gigantescas flores, y a su alrededor se agrupaban innumerables veraneantes en mallas de baño.

En el centro, clavada en la arena,, había una gran sombrilla verde que se distinguía de las otras por la forma y por el color verdaderamente originales. Bajo dicha



ANÉCDOTA

Un viajero llegó a una posada en una fría noche, y al pasar por la cocina vió que todos los asientos estaban ocupados por gentes que había alrededor del fuego.

—Mozo—dijo en voz alta al criado—darás al momento a mi caballo dos docenas de ostras.

El mozo obedeció; y las personas que estaban en posesión de la lumbre no pudieron resistir al deseo de ver un animal tan extraordinario. Se levantaron y marcharon en tropel a la caballeriza.

Entretanto el viajero tomó el mejor asiento junto al fuego, y un instante después llegó el mozo a decirle, seguido de los curiosos, que el caballo no quería comer las otras.

—¡Cómo! ¿No las quiere? — pregunta el viajero. Pues ponme aquí la mesa y me las comeré yo a su salud.

sombrilla, que la resguardaba del sol, vestida con una malla de baño verde y envuelta en una "salida" del mismo color, la princesa Zerentella reposaba antes de arrojarse al mar.

Por debajo de la cofia de goma, suspendidos de los cándidos lóbulos de las orejas, resplandecían como dos estrellas los aros de esmeraldas, con una luz tan intensa que parecía reverberar sobre todos los objetos circundantes.

Pero en la playa reinaba una atmósfera demisterio. Tres policías, apostados cerca de la gran sombrilla de la verde ninfa, discurrían amistosamente con otros detectives, sin perder de vista a la princesa. Cuatro hombres, dos de ellos en traje de baño, paseaban de arriba para abajo. Un hombre pelirrojo, vestido con una amplia malla de baño, también roja, y provisto de grandes gafas verdes, daba vueltas en torno a la princesa, mirándola como si quisiera hipnotizarla, y no mezquinaba ojeadas hostiles a los policías que osaban mirar demasiado familiarmente a la divina mujer. Se trataba, sin duda, de un cortejante amatorio.

En el rellano de la amplia escalinata que conducía al malecón, otro policía hacía castillos en el aire sobre el modo de emplear los cincuenta mil dólares destinados a aquel que capturase al misterioso ladrón de joyas. Más allá, el jefe de policía sorbía lentamente un refresco; a su lado, derecho, imponente, aparecía un hombre de alta estatura y de ojos fríos y grises.

El escenario estaba listo los actores preparados. Si hubiera habido un telón, hubiera tenido que ser levantado.

—Nada que hacer hoy — exclamó el jefe de policía, posando vagamente su mirada sobre el gentío que poblaba la playa.

—Es precisamente el momento, para "él", de obrar — respondió su compañero —; él sabe que cuando más preparados estemos, tanto menos lo esperamos...

—Quizás estaría usted en lo cierto, si se tratase de ladrones europeos — rebatió el jefe de policía. — Usted ha estado demasiado tiempo lejos de América... A nuestros ladrones, contrariamente a su opinión, les desagrada este despliegue de fuerzas...

En este momento el rumor de un motor hizo volver a todos los ojos hacia un aeroplano que volaba a poca altura. El hombre de la malla roja, el presunto cortejante de la princesa, fué quizá el único que no miró el aparato. De un salto felino cayó sobre la princesa Zerentella, que en ese momento le volvía la espalda. Un instante después se oyó un agudo grito femenino y se vió al hombre misterioso atravesar el gentío como una centella y perderse entre los grupos de gente esparcidos por la playa. Un hombre vestido de tela blanca, dando un rápido brinco, saltando por sobre una vieja señora absorta en su labor de ganchillo, corrió tras las huellas del ladrón. Los otros detectives se unieron al primero, y por un momento pareció que ya no hubiera escape para el fugitivo.

Este, llegando ante las cuerdas de salvamento, tropezó y cayó. Pero pusose enseguida de pie y a traves de sus gafas verdes, sus pupilas despidieron llamas: ¡sus perseguidores lo alcanzaban!

Como si hubiera perdido toda esperanza de salvación en tierra, volvióse entonces al mar, y afrontado una enorme ola que venía justamente en ese momento a estrellarse sobre la playa, se arrojó en ella con una zambullida maestra. A sus perseguidores no les quedó más recurso que imitarle, y la ola, que ya se rompía, los tragó.

La gente, excitadísima, se precipitó en masa hacia las cuerdas para presenciar la persecución. Un poco aparte veíase la princesa, envuelta en su verde "salida" de baño, y que se llevaba una mano sobre los ojos, para observar mejor. No parecía agitada ni nerviosa, aún cuando los delicados lóbulos de sus orejas pendiesen ya sin adorno, y sólo parecía interesarse muchísimo por cuanto estaba sucediendo.

La injusticia del mundo

Si acaso oyes decir "cleptomanía"
ten seguro que es rico el que ha robado.
El gran ladrón es siempre un alocado
y el hurto que comete, una manía.

Pero si en cambio un pobre desgraciado
roba una torta en la panadería
jamás se le descubre una insanía
que lo salve de ser encarcelado.

Así es del mundo la justicia varia.
Cuando Tota se fué con el pintor,
la gente la trató de "perdularia".

Mas cuando la duquesa huyóse a América
con el mucamo del embajador,
"¡ Pobre mujer—se dijo—es una histérica!"

TRILUSSA.

Entreveíase a los polizontes nadando afanosamente en todas direcciones, pero ninguna huella del hombre de la malla y de los cabellos rojos. ¡El ladrón había desaparecido como por arte de encantamiento!

Una hora mas tarde, bajo la personal vigilancia del jefe de policía, fueron registrados todos los bañistas, pero sin el menor resultado. Las más escrupulosas busquedas fueron infructuosas y la desaparición del ladrón quedaba envuelta en el más oscuro misterio.

Los detectives opinaban que el hombre de los cabellos rojos debía de haberse ahogado, y el jefe también era de este parecer.

—

Rojo por la rabia, el jefe de policía de Fairview paseaba nerviosamente de arriba para abajo por la playa, mirando inútilmente el mar, que, a una orden suya, había sido despejado de todos los bañistas.

Detrás de él, y sin darle ningún consuelo, el gentío, curioso, aguardaba el desarrollo de los acontecimientos, esperando que al menos, para desagravio del pobre funcionario fuese pescado el cadáver del ladrón.

Pocos instantes después, rápida y ligera como una aparición, la princesa Zerentella, siempre envuelta en su "salida" verde, atravesó el recinto de cuerdas y se acercó al jefe.

Un murmullo de admiración se elevó a su paso; todos los ojos se clavaron en ella. Por esta razón, nadie pudo reparar en un hombre alto y robusto, vestido de gris, que daba vueltas por la playa y que, lentamente, abriéndose paso, se acercaba también al funcionario.

En presencia de la damnificada, el jefe de policía parecía sumamente abochornado.

—Princesa..., no sé, ciertamente, qué decirle... — empezó con voz algo vacilante.

La princesa sonrió como si la pérdida fuese para ella insignificante, y dijo:

—No se preocupe usted... No importa... Son dos bellas gotas verdes caídas en el verde océano.. Perdóneme, amigo mío, si he sido la causa de tantos fastidios para usted... ¿Puedo ahora zambullirme? ¡Siento tantos deseos de nadar!

—Quizá fuera mejor que se reanudasen los baños — interrumpió el hombre vestido de gris, que habíase acercado en ese momento.

—¡Oh, sí! Autorícenos a continuar los baños... — rogó la princesa.

El jefe asintió.

La princesa Zerentella, quitándose la "salida", apareció como una arrogante llama verde. Titubeó un instante, frente a una gran ola; luego se sumergió silenciosamente en el mar.

El uno al lado de otro paseaban a través de la gente el jefe de policía y su alto compañero vestido de gris.

—Smith — exclamó el jefe, — este incidente me obliga a presentar mi dimisión.

—¡Qué tontería! — contestó Smith. — El ladrón está ya en su poder...

—¡Imposible! — exclamó el jefe, apretando los puños. — Ese hombre debe estar favorecido por el Diablo.

Luego con voz suplicante:

—¡Por favor, Smith, si sabe usted algo, hable! Desentráñeme estete misterio y le doy palabra de que creeré en las entusiásticas notas que los diarios publican sobre sus actividades en el extranjero

—Puedo equivocarme — contestó Smith con leve ironía, — pero a mí el asunto se me aparece sencillísimo desde todo punto de vista. Es probable que yo haya comprendido el ardid y usted, no. Otra vez podría suceder lo contrario, y entonces...

El jefe se detuvo, con el ceño fruncido.

—Etá bien — dijo, — pero ahora vayamos al hecho Usted me ha dicho.

—Le he dicho que se trata de una cosa sencillísima... y voy a explicarme. El robo tiene toda la apariencia de un procedimiento tan rudimentario como torpe; pero ha sido ejecutado con maravillosa exactitud. El hombre de los cabellos rojos, finjiéndose un apasionado cortejante de la princesa, alejó astutamente las sospechas de los polizontes apostados por usted. El rumor del motor del aeroplano y el conocimiento del hecho de que cada séptima ola es más grande que las demás, han sido dos buenos elementos para el éxito. El ladrón aguardó hasta que la aparición del aeroplano coincidió con la llegada de una séptima ola, y aprovechó las dos circunstancias; el estrépito del aparato distrajo la atención del público y la ola más alta le permitió desaparecer instantaneamente, como ha podido usted comprobar. Ahora bien....

—¡Pero, entonces, él debería encontrarse aquí! ¿Donde cree usted que ha podido refugiarse? — exclamó el jefe, mientras Smith se detenía a mirar distraídamente el gentío que poblaba la inmensa playa, en toda su extensión. —¿Donde cree usted que ha podido refugiarse el ladrón? — volvió a preguntar el jefe de policía con gran ansiedad.

Smith tardó un momento en responder.

—Se lo diré tan pronto como pueda — fué su respuesta, —quizá en este momento esta mirándolo a usted...

El jefe de policía dilató los ojos, incrédulo.

—Pero... ¿qué está usted diciendo?... ¡Si no hay ningún hombre de cabellos rojos en la playa!

Smith sonrió.

—La peluca roja, la malla roja, los anteojos verdes: todo ha quedado en el mar... Debajo de la malla roja, más larga, el ladrón llevaba otra de diferente color... ¿Comprende usted ahora? Es muy sencillo pero bien pensado.

—¿Y en qué se basa usted para argiiir todo eso?

—No cabe otra explicación. Pero... aguarde... Me parece divisar allá a nuestro ladrón...

—¡¿Habla usted en serio?!

—¡Claro que sí! Y le explicaré el resto a toda prisa, porque es el momento de obrar... ¿Recuerda usted cuando el ladrón tropezó en la cuerda? No fué por casualidad, sino por cálculo... Lo hizo con el fin de sepultar los aros de esmeraldas en la arena, para esconderlos momentaneamente... Por eso las pesquisas operadas inmediatamente sobre todos los bañistas, no han dado resultado.. Ahora, el ladrón cree ha pasado el peligro, y ha vuelto al escondite para retirar las esmeraldas.. Está sentado justamente allí, en este instante, y noto que ha removido algo en la arena... y veo que introduce rápidamente algo en el bolsillo derecho de su saco... Sí; es aquel hombre vestido de azul, que está a unos veinte pasos detrás de usted. ¡Acerquémonos!...

va usted a acompañarme hasta algunas millas de distancia de aquí, donde tendré el placer de saludarle a solas. Mi mano en el bolsillo, oprime una pistola infalible, automática de doce tiros; si hace usted el más mínimo ademán para pedir auxilio, le planto una bala en el cráneo.

—Sería menester que tuviera us-

LA LEY DE LAS COMPENSACIONES



EL TULLIDO.—¡Aquí donde me véis, soy un hombre muy entero de carácter!

EL AMIGO.—¡Sí, hombre, sí! ¡Y váyase lo uno por lo otro!

El jefe de policía volvióse bruscamente hacia el punto que le indicaba el sagaz detective, y se acercó decididamente al hombre vestido de azul, que, tendido en la arena, se apoyaba indolentemente con los hombros en la cuerda de salvamento tendida a lo largo del mar para los inexpertos nadadores, mientras que su mano metida dentro del bolsillo, oprimía un objeto que el género del saco delineaba confusamente.

Smith se había quedado algunos pasos más atrás, y fingía mirar hacia otro lado.

A las primeras palabras del jefe de Policía, el hombre vestido de azul profirió en voz baja:

—¡Basta!... Ahora mismo, jefe,

ted dos pistolas — interrumpió el detective Smith, uniéndose al grupo de sorpresa, por el lado opuesto y apuntando al ladrón con el revólver. — ¡Ea, pronto! ¡Arriba las manos y saque las esmeraldas¡....

El ladrón, viéndose perdido, optó por aparentar serenidad y hasta por bromear.

Sacó del bolsillo las dos magníficas esmeraldas, y:

—Por favor, señores, no hagan cumplidos... — dijo, entregando una al jefe de policía de Fairview y otra al detective Smith. — Al fin y al cabo, no me queda más remedio que restituirlas...

—Le queda alguna otra cosa...— exclamó el jefe; y sus grilletes chasquearon en torno a las muñecas del ladrón, antes de que este pudiese hacer el menor ademán para evitarlos.

En aquel momento la princesa Zerentella salió del agua y fué a reunirse con los tres hombres.

A la vista de los aros recuperados, se puso a vatir las manos con infantil alegría.

—¡Qué hermosas son!... —exclamó poco después con entusiástico impulso. — ¡Son como el alma del mar!...

Y, después de pronto:

—En prueba de mi agradecimiento quiero regalarle una al señor jefe de Fairview y otra a su inteligente auxiliar...

—¡Pero...., princesa! — interrumpió el jefe. — ¡Nosotros no.... no podemos... aceptar un regalo de... tan inestimable valor...

Y en ese momento, Smith silabeando y subrayando lentamente las palabras, terció:

—Permítame, querido jefe, que le presente a mi ayudante, mademoiselle Dauphine, *alias* princesa Zerentella, de Spring Lake...

—¡Su ayudante!... ¿Cómo?.... ¿Qué esta usted diciendo? — exclamó el jefe estupefacto. — ¿Y las esmeraldas?

—Vidrio — contestó Smith.

—¡Maldición! — imprecó el ladrón maniatado.

—*Ma foi* — protestó la verde ninfa, — les dejo a ustedes antes de que la gente me vea en tan mala compañía.

El lobo y el murciélago

Volando de una rama a otra, un murciélago, atontado, fué a caer sobre un lobo dormido.

El lobo se apoderó de él y quiso devorarle.

Suplicó el murciélago su libertad.

—Bueno, — dijo el lobo, — te dejaré, pero con la condición de que dirás por qué vosotros, los murciélagos, estáis siempre tan alegres y retozones. Yo siempre me fastidio, mientras que vosotros jugáis y voláis sin cesar.

Dijo el murciélago:

—Me asustas. No me atrevo a hablarte. Déjame volar a mi nido y te lo diré.

Hízolo así el lobo.

Cuando el murciélago se vió en lo alto, le dijo:

—Te fastidias siempre porque eres malo, porque la crueldad seca el corazón. Nosotros estamos alegres porque somos buenos, porque no hacemos daño a nadie.

LEON TOLSTOY.

El sitio más cálido del mundo

El Valle de la Muerte, una árida planicie de California, de unos doscientos cuarenta kilómetros de largo, por diecinueve de ancho, conceptúase como el horno de la Tierra.

La máxima temperatura observada en aquel inmenso horno es de 57 grados centígrados, que supera en mucho a las del desierto arábigo, y regiones ecuatoriales africanas. Hasta a media noche el calor es tan enorme, que el termómetro marca 40 grados. Durante el verano el suelo quema como una plancha de hierro, debido al alto poder absorbente de sus componentes salinos, pues es de notar que el terreno de ese lugar de desolación es un inmenso depósito de bórax, allí acumulado por evaporación de las aguas de un lago. Este valle está a unos doscientos metros bajo el nivel del mar; explótalo desde hace muchos años un sindicato norteamericano que ha instalado un ferrocarril con el cual obtiene tres millones de toneladas de bórax cada año.

Unos hermanos originales

Por César González Ruano

Eran seis hermanos. Desde su infancia reunidos un día memorable, convinieron unánimemente que su verdadera vocación, al igual que la de otros es la de archiveros, o contables, o farmacéuticos, era la de bandidos. En efecto, Basilio, el hermano mayor, acabó de educar el espíritu de los otros cinco, viviendo todos en una maravillosa inercia. Convencidos de que cuando se posee un espíritu y una cultura adecuados para ser un perfecto bandido, a la moderna, escalar la vida por la cuerda de nudos del trabajo o la difícil cucaña del arribismo es cosa estúpida, decidiéronse, pues, a esperar en la indigencia el gran affaire que viniera a resolver cómodamente sus problemas. Eso sí; habíanselo prometido seriamente: ramplonerías, no. Robos serios, por todo lo alto. Ellos esperaban el momento propicio para poder explanar sus raras condiciones con un resultado definitivo y satisfactorio.

Y dedicábanse a la busca de una oportunidad. Hasta que un día, el más pequeño de los hermanos trajo la buena nueva:

—En la calle del Hornillo hay una casa en cada uno de cuyos pisos vive una solterona vieja y rica.

—¿Tienen mucha servidumbre? — preguntó Basilio.

—Parece que se trata de unas viejas avaras, y solamente dos de ellas viven en antiguas fámulas, sorda una y casi ciega la otra.

Inmediatamente, Basilio convocó a los demás hermanos, y les dijo:

—Habéis de saber, oh hermanos míos, que el instante ha llegado. Durante seis años, con sus noches, de inquietud y zozobra, he deseado y temido este trascendental momento. Mientras comemos, con la elocuencia del buen vino de Yepes, os contaré, oh hermanos, qué atacable plaza he descubierto.

* * *

Un lóbrego paisaje de novela rusa. Los seis hermanos, cautelosamente, han conseguido forzar la cerradura de la puerta, y se encuentran en el portal de la casa elegida. El sereno — así nos conviene — no se ha enterado de nada.

—Creo lo mejor — susurró Basilio sin levantar los ojos del acero, fiero acero de Albacete — que no hagamos fondo común de lo que recaudemos, sino que cada uno quede dueño de lo que por sí mismo se apropie. Por orden riguroso de edades, y de derecha a izquierda, nos repartiremos los pisos de la casa.

Sucedió a estas palabras un asalto en toda regla. Poníanse en ejercicio teóricos aprendizajes de seis años. Como era de esperar, dada la organización excepcional de los hermanos, al mismo tiempo, en el mismo instante, penetró cada uno en el piso que les correspondía.

Fácil le fué a Basilio amarrar y amordazar a aquella vieja, a la que sorprendió entregada a piadosas oraciones. Recorrió la casa entera, y en cada habitación le esperaba un chasco nuevo e irritante. Entre tanto, sin discreción alguna, Basilio oía a través de las paredes las voces de sus hermanos en los cuartos inmediatos.

—¡Esta tenía guardados ocho mil pesos!

—¡La mía, un dineral en joyas!

—¡He tenido que descoser los colchones; no quería sacudir la plata ni a tirones!

Basilio recorrió nuevamente toda la casa... y nuevamente se encontró defraudado. Desesperado, gritó:

—¿Cómo se entiende tacaña impertinencia? ¿Crees que impunemente se puede jugar con un buen ladrón que durante seis años con sus noches ha esperado este momento?

Pero en la actitud de la vieja Basilio veía la triste realidad: no poseía un solo centavo.

—¡Señor ladrón, yo os juro por Santa Liduvina mártir que vivo en la más espantosa miseria!

Aquello era incuestionable. Y reparando Basilio en el ridículo en que se encontraría para siempre delante de sus hermanos, después de meditarlo bien, dió unos familiares golpecitos en la espalda de la asustada vieja, y desatándola dulcemente:

—¡Perdóneme, buena señora, y escuche, que aún podemos llegar a un acuerdo. Tengo ahorrados unos dos mil pesos y pongo a vuestra disposición la mitad si salís gritando a la escalera que os he robado veinte mil pesos.

—¡Imposible, señor ladrón — contestó la vieja, — yo no puedo prestarme a tamaña impostura!

—¡Acabaremos de una vez! — exclamó irritadísimo Basilio, — Os daré mil quinientos....

—¡Imposible, os repito! ¡Dios castiga la mentira!

—¡Bien! ¡Os daré los dos mil pesos y no hablemos más!

Entonces la vieja saltó vivamente de la cama, semejante a un fantasma grotesco y lunar, y recostándose en la barandilla de la escalera comenzó a gritar desaforadamente:

—¡Favor, amigas mías! ¡Este miserrable se lleva mis veinte mil pesos en oro!

Basilio sonrió satisfecho, y contoneándose comenzó a descender por la escalera... Pero apenas había bajado unos peldaños cuando sobre él cayeron enfurecidos sus cinco hermanos y le asesinaron para robarle.

PALOS QUE CRUZAN

Por el Teniente Doserres

Ayer he sabido la muerte del Cabo R.. ¡Pobre negro! los viejos marineros han perdido uno de los suyos que se van acabando un poco todos los días como los lampazos de tanto refregar cubiertas.

Ya no le queda a esa raigambre de proeles y patrones de lancha más que una media docena de marineros a lo Uviedo para que despidan a los buques al salir a viaje y echen en sus sollados los últimos parrafitos sobre la marina antigua — sabrosos como las chatasca — cuyos buques no conocen ni de nombre mucho de los que están actualmente en servicio.

Recuerdo como si lo estuviera oyendo las reflexiones que me hacía hace ya unos diez años siendo él Cabo de Mar y yo su oficial de guardia a bordo de una Cañonera en el Rosario.

El hombre se lamentaba de que un marinero le hubiera hecho la chambonada de amarrar la boza del chinchorro directamente a la escala del tangón sin una falsa amarra para el caso que se levantara viento y fuera necesario embarcarse prestamente durante la noche.

—"Porque vea Alférez — me decía — yo sé lo que son las lanchas a nafta... La marina es cuestión de rada y armar remos yo que desgraciadamente no nos van quedando buques con vergas. ¿Qué quiere que hagamos con estos Aprendices que nos salen de la Escuela de Río Santiago calzando el 38 y que se asoman de tarde en tarde a ver el río?...

"Pensar que hasta la gente sería de los Acorazados que nos han llegado de Norte América como peludo de regalo, están preocupados en que los popeles de las lanzas usen zapato blanco para no ensuciarlas, como si hubiera calzado más limpio que la pata de un marinero.

"Y ahora que estamos solos señor, le voy a pedir un favor: que me haga sacar las jinetas o me exceptúe de la gimnasia sueca con la división, porque usted comprende que esto no es para nosotros que nos hemos prendido al andarivel del sobre con más firmeza que en una chinchada y cosido en viento un refuerzo de camiseta sin rempujo, estribando entre los dedos o agarrándose con la zurda de la relinga de pujamen.

"Me da vergüenza asistir a esa parodia de escuela de chicos que nos están endosando algunos soldados de buena fe, pero que es más aburrida que clase de banderolas y más ridícula que la situación de un marinero con "sudeste" colocándole la capa a una lumbrera a quien le saliera el sol a reírsele en la cara a mitad de la faena.

"Porque antes que todo, está la dignidad profesional y no tendrá que decirse de mí lo que se corrió del Cabo Petrasca cuando se cayó al agua una noche que regresaba a bordo "medio hecho" y lo tuvo que salvar un foguista... Si a mí me hubiera pasado eso, palabra que me tiro al agua de nuevo.

"Acuérdese señor ya que usted es joven y va a tener tiempo de verlo. Ya se nos van a acabar los triunfitos fáciles en las regatas que hemos estado robando en cualquier parte del mundo. Lo mismo con los Alemanes en Kiel que con toda una división inglesa en Malta, donde además de distanciarlos les regalamos una bolsa de oro a los bogadores que valía diez veces más que el premio. Entonces no nos afligían los Centenarios ni las regatas con dotaciones de buques extranjeros por más botes que pusieran en línea de frente con nosotros.

'En cambio ahora, desde que tenemos Acorazados, la gente le va tomando miedo al tangón y cuando por casualidad sale una dotación a ejercicio no se ven las entradas de remos como abanico y más parece que los mandaran a chapaliar agua o a matar sábalos con las palas. Es claro, si ya no se arrima a las tiras con el respeto de antes ni se da una buena instrucción marinera porque todo el tiempo es para los artilleros, con las torres.

'Lo de las evoluciones de lanchas donde un patrón se sentía Segundo; los oficiales, Comandantes maniobrando en escuadra; y los Jefes, Almirantes ordenando cambios de formaciones, es historia antigua y en desuso como los fósforos "amorfos". Y a propósito, había que ver, en mis tiempos la que se habría armado si alguno de popa se hubiera permitido el lujo de usar uno de esos aparatitos con encendedor de nafta como ya no falta quien gaste.

"Y no le digo nada si el Segundo hubiera pescado un fósforo de cera en el trancanil... eso iba a ser para acordarse, pior que si el buque lo agarrara un tifón.

"Y qué me cuenta de los compases por grados de cero a trescientos sesenta?"

—Timonel al 29 como si fuera quiniela, ¿Acaso es deshonra el decir Norte 29 al Este?

"Usted sabe que yo soy respetuoso hasta con un Aspirante, pero el otro día casi me desboco cuando el Guardia-marina me dijo: R.. al 100 y le contesto: que via dir si no tengo ganas".

"Yo ya lo tengo profetizado señor. Estos primeros veinte años son para los artilleros que por lo menos sacan brazo en la masa de carga y afinan el ojo en las alzas como lo hacíafos nosotros antes en las cofas o crucetas para bichar los faros. Ya va a ver los premios de tiro que se van a seguir ensartando como el escudo Brownn en Chile midiéndose con todas las marinas durante tres años o el de Camp Perry con los americanos del norte para que se acuerden toda la vida que no están solos en el continente. Los veinte siguientes para los Torpedistas si se llegan a armar alguna vez con submarinos porque picotearán en todas las especialiades guardando el coy en los Arsenales. Después si hay "conque" para los "radios" que se van a comunicar hasta con Marte y recibir los tops por encargo y fresquitos desde cualquier estrella, en competencia con los foguistas que andas galgueando turbinas y petróleo para no estibar las carboneras.

"Sin contar a los aviadores que nos van a ver chiquitos a todos desde arriba y van a tallar hasta que los buques, que son la mamadero de todos, los llamen finalmente a sus cubiertas...

"Nosotros yo no tendremos alce porque como le he dicho, ya no quedan barcos que crucen y al pañol llegan muy pocos tamangos del 44 como los que antes calzábamos para pisar a tierra. Sin eso, la especialidad o el "arma sin filo" de los marineros está fallando por la base...

Pobre negro R.. Si lo hubiera visto a mi regreso de Inglaterra, le habría dado el mayor gusto de su vida diciéndole, que hace un mes, al en contrarnos en una fiesta en Liverpool con Jellicoe — el héroe heredero de la gloria de Nelson que todo marino quiere un poco — le ha dicho al Comandante: "tengo el agrado de estrechar la mano al representante de una de las pocas marinas que tienen la sapiencia de usar palos que cruces en su buque escuela".

Primero se lo hubiera dicho de memoria pero en inglés para "chusiarlo". Luego en castellano lentamente y al oído, seguro de que entonces hubiera derramdo de alegría la lágrima que yo he vertido de pena por él al conocer su muerte.



—Esta combinación que me ha comprado Luis no juega nada con mi camisa.
—Ya jugará él; esa es la combinación.

Canción del camino

Tengo la dicha de un secreto
que a solas goza el alma mía,
y es su recuerdo poesía
para mi vida sin objeto.

¡Mi vida! ¿Acaso ha sido mía?
Al que la quiso se la dí
y pues jamás la defendí:
la destrozaba quien quería.

Mi alma anhelaba la ilusión
de amar el Arte sobre todo,
y así en mi vida hice de modo
que fué mi vida una canción.

Supe que el bien es la tristeza
que purifica y santifica;
y lo que más nos mortifica,
es lo que más nos da firmeza.

Ebrio de amor por la belleza
y la belleza del amor,
sin querer ver, en mi redor,
llevaba un mundo en la cabeza.

Y así cantando mi canción
voy por la vida altivo y fuerte;
porque ya sé lo que es la muerte:
¡la muerte es la liberación!

RAUL JAIMES FREYRE.

T U P Á

Por Víctor Montagne

Sobre el río Tunuyán no hay propiedad mejor cultivada que el fundo de don Félix Veiga. Media legua de tierra abarcan las viñas y los cuarteles alfalfados que circundan sus esbeltas alamedas. A lo largo de la barranca que cae a pique sobre las aguas revueltas y sonoras del río, altos y frondosos nogales mecen las copas al impulso del viento que suelta su frescor y sus caricias por toda la comarca. Allí, a poca distancia del barranco, semirodeada de parrales y vides en espalderas, se levanta el viejo caserón de estilo colonial, donde habitan los Veiga y su única hija Flora, moza bien parecida, apuesta, de aire resuelto aunque de alma sentimental y tranquila.

Flora apenas cuenta diez y ocho años de edad y vive la primavera de su vida con la libertad de los pájaros. De niñita se crió como las cabras: revolcándose en los camellones, perdiéndose a menudo en los matorrales y trepando las agrestes murallas que forman los hondos cauces secos de que está cruzada la región. Pero no por esto se vaya a creer que Flora anduvo sola, completamente sola en sus excursiones y aventuras de la niñez. Todo lo contrario, desde muy pequeñita fué la amiga y compañera inseparable de Alberto, el hijo de don Santiago Molina, compadre y viejo amigazo del señor Veiga, quien lo estima tanto como a su propia hija.

Alberto había sido un chico travieso y andariego como Flora, de imaginación precoz, muy dado a las aventuras de trepar árboles, atravesar cercos imposibles, saltar hijuelas y canales, vadear el río y dejarse ir rodando por los barrancos piruetеando, al aire las piernas, para así obtener los aplausos festivos de su amiguita, que a tales cosas no se atrevía.

Ambos montaraces eran acompañados, quieras que no, por un sirviente tonto-mudo llamado Tupá, el que con la fidelidad de un perro seguíalos paso a paso, dócil y sumiso a sus caprichos y travesuras.

Pero desde aquel entonces acá los años transcurrieron...

Flora es hoy una bella enunciación de mujer y Alberto un joven de porte guapo y caballeresco. En cambio el pobre Tupá, al cargarse de años, ha acentuado más y más su cretinismo hereditario, poniéndose feo, repelente, monstruoso. Es un tonto rematado con su cabezota boscosa y su enorme coto seccionado en dos porciones limpias de pelo y vello. Acciona impulsado por el instinto, como los animales. A igual que las bestias, su servidumbre consiste en realizar rutinariamente las tareas más pesadas y sufridas, como ser: limpiar canales e hijuelas, hacer leña, acarrear agua en dos rústicos canecones, cuidar los caballos y llevar de tarde en tarde a pastar entre los médanos pobres de hierbas, unas cuantas cabras y chivos. Y así como vigila el hato cabrío, diligentemente, del mismo modo cuida a Flora y Alberto cuando de regreso a las casas encuentra a la pareja enamorándose y paseando a solas por los caminos de la finca.

II

Entre las dos luces de la tarde que muere, es inveterada costumbre en casa de don Félix Veiga, sentarse bajo la amplia solana a tomar el fresco, mientras tanto los ojos pasean su mirada perezosa a lo largo de las cordilleras coronadas de nieve que el crepúsculo envuelve y acaricia.

Sentados en unos viejos sillones de paja se hallan don Félix, su señora doña Carmen y Flora. Silenciosos y contemplativos, ven llegar las sombras de la noche, las que, poco a poco, van ocultando y confundiendo los alrededores poblados de plantas y parralas. Pasan así lentos y largos momentos. Sobre el oscuro follaje rumorea una brisa tibia y perfumada que viene de lejanas travesías. En el cielo, alto y sereno, parpadean las primeras estrellas de la noche. Y allí cerca, arrimado a unas grandes ventanas de antiguas rejas, se eleva solitario el místico ciprés, acentuando la gravedad de la naturaleza, bellamente dormida.

De pronto, don Félix enderézase en el sillón, se inclina hacia adelante y escudriñando el sendero que lleva hasta la tranquera exclama, dirigiéndose a las mujeres:

—Ahí viene Alberto.

—Así parece, — manifiesta doña Carmen.

—A mí no me parece — repuso Flora con acento afirmativo.

—Pero m'hija, si todavía no se alcanza a ver quién es el que llega, ¿cómo te atrevés a afirmar?...

—¡Uf! si no le conociera yo las pisadas a mi Alberto... Ese que mete bulla con las espuelas no es otro que José Agrelo.

Y en efecto, como abriéndose paso entre las sombras del camino, apareció el aludido. Dió las buenas noches en alta voz y tomó asiento en una silla que se hallaba desocupada y como esperando a alguien.

El tal José Agrelo, es un mocetón jactancioso y enfático. Con estas cualidades, se comprenderá que no haya caído en gracia en el sencillo hogar de los Veiga, a pesar de su fortuna y apellido influyente que representa.

En la ocasión, apenas si ha cambiado unas cuantas frases sueltas con don Félix, que lo interroga con desgano y por decir algo, sobre los cambios bruscos del tiempo y el estado actual de las viñas y frutales.

Convidado a beber una copa de vino, "obliga" a su vez a la moza para que lo acompañe a tomar por la salud de sus padres. Flora, que ha experimentado ya sus exigencias y sabe las artimañas de que se vale para que no lo desairen, sin poder reprimir un movimiento de impaciencia levanta su copa y con voz serena exclama:

—A su salud, papá; a la suya, mamita.

—Gracias, mil gracias, hijita, — contestan a coro los padres.

José ha comprendido la actitud de Flora, y en un caso como aquél no puede aceptar sin mengua para su orgullo el intencionado olvido que se ha hecho de su persona. Así es que, después de revolverse y acomodarse en la silla, golpear las botas con el rebenque y toser dos o tres veces para disimular su turbación, dirigió la mirada a la joven y hablando entre dientes, díjole con cierta sorna y despecho:

—¡Caramba, yo que me había creído gente!

—Así ha de ser, sin embargo — agregó Flora, demostrádose malhumorada.

Pero oJsé, que era perverso y vengativo, notando que don Félix y la señora Carmen se habían quedado dormidos, o poco menos, atrevióse a sentenciar:

—Está bien... Esta la tendré en cuenta.

—¿En cuenta, dice? Ninguna tiene que llevarme usted.

—¡Ah, claro!, para eso está el otro... — manifestó José fastidiado y con ira.

—Está el que debe estar... en mi corazón. ¿Y qué hay con eso?

—Hay bastante... para un disgusto.

Llegaba a esta altura el diálogo que mantenían enconados Flora y José, cuando se anunciaron sorpresivas y tintineantes unas equilas que, allá, por el oscuro y callado camino señalaban la aproximación de una tropa de carros bodegueros. En efecto, a poco percibióse el rumor característico de esos vehículos, que por lo acajonados producen a su paso un amplio y prolongado trueno, sordo y retumbante. La nota álgida que fué extensa y sonora hasta ensordecer, mantúvose un largo rato vibrante en el ambiente quieto de la noche descendiendo su tono con tardía lentitud, a medida que la tropa se alejaba del lugar. Dejó de temblar la tierra al mismo tiempo que se apagaban los últimos rumores. La naturaleza volvió a la calma, y bajo los astros chillones tornó a pasar la brisa, el hálito del cielo fragante y puro.

Mas he ahí que de pronto turba la soledad de la noche una voz que se eelva lenta y apacible. Es una canción plena de amor y sentimiento, que como un reproche viene a golpear el alma de José y a manera de queja a herir el corazón de Flora. Ambos están mudos, expectantes, escuchando la dulce tonada que llega y dice:

"Me aconsejan que te olvide
los que no saben querer"

—Ese no puede ser otro que Alberto — exclamaron al unísono los esposos Veiga, saliendo del sueño en que se habían engolfado perezosamente.

—Muy probable — contestó José, levantándose dispuesto a retirarse.

—¡Es él! — repuso en una explosión de júbilo la moza, echándose a correr en dirección de donde venía la voz para salirle a su encuentro y volverse, como era hábito en ellos, abrazados cariñosamente, andando despaciosos bajo la fronda protectora y contemplativa de los árboles.

Y aconteció que, mientras Alberto y Flora llegaban a las casas por un camino, por otro se iba José llevando el alma amargada y nutriéndose la cabeza con malos pensamientos y perversos planes.

III

En el rústico banco de madera que se recuesta en los sostenes del viejo parral, en ese mismo banco donde jugaran sus primeras cabriolas cuando niños, Flora y Alberto se dicen hoy su amor, repitiéndose muchas y muchas veces los mismos juramentos manifestados con diversa entonación y apasionamiento. Están solos, los padres de Flora, aprovechando la confianza que les merecen "los muchachos", se han retirado a sus habitaciones dejándoles, eso sí, las advertencias de costumbre: — No se estén mucho tiempo en el sereno: no metan bulla; y usted, Alberto, no se me olvide mi saludo cariñoso para el compadre. — Y como lo harían un par de zorros viejos, se eclipsan sin ser vistos, sentírseles siquiera.

ELECTRICIDAD AMOROSA



Pero Flora y Alberto pronto olvidan las recomendaciones de "los viejos"; tanta es la ventura que sus amores les brinda. Silenciosos, con las cabezas descansando en el respaldo enrejado del banco, dando las caras al cielo, cuentan con los ojos las estrellas que se ven brillar entre el claro de las hojas del parral que los cobija. En su contemplación y arrobamiento, no han reparado en una silueta que se va destacando más y más a medida que se aproxima al lugar donde se hallan. El ruido de unas pisadas sordas y violentas, muy conocidas para ellos, les hizo volver la cabeza y mirar atentamente por bajo las cepas vecinas. Allí, a pocos pasos de distancia, vieron la silueta de Tupá, el infeliz opa, que venía como siempre, apurado y solícito, portador de la jarra llena de chicha, de un par de copas y de su vaso de lata para beber. Flora y Alberto festejaron ruidosamente la llegada de Tupá, que esta vez traía además del precioso mosto color ámbar, un gran surtido de alfajores y dulces.

—¡Cuánto nos quiere Tupá! — dijo Flora a tiempo que mordía un alfajor.

—Es verdad que nos tiene cariño —agregó Alberto.

—Pero esta noche anda malhumorado. Le veo enojo en la mirada... Y porque vino José, seguramente — siguió hablando la moza.

—Pudiera ser eso... Sólo vos lo comprendés.

—¡Uf! te aseguro que no lo puede pasar, que no lo traga. Y... a mí misma ya me está dando miedo ese tipo. Esta noche me ha dado un disgusto muy grande.

—Con no hacerle caso... ya se cansará de terquear.

Y así, entre alfajor y alfajor, se dijeron muchas cosas aquellas dos almas tranquilas y queredoras.

Tupá, sentado sobre la arena, seguía con la mirada los gestos y movimientos que Flora hacía al hablar.

Transcurrió el tiempo. La luna, que hasta entonces no había aparecido, brotó de improviso, elevándose azorada sobre los campos oscuros. La inesperada visita, sorprendió a los amantes en amoroso abrazo.

—¿Te vas?— interrogó Flora con voz dulce y tierna.

—Sí, mi bien — contestó Alberto a tiempo que con sus manos acariciábale la exuberante y hermosa cabellera negra que caía copiosa sobre sus espaldas morochas.—Acompáñame hasta la tranquerita de la barranca; saldré por allí.

—Vamos por donde quieras — contestó Flora, levantándose y echándose a andar tomada de la mano de Alberto.

La invitación también alcanzaba a Tupá, pues éste acompañaba a Flora en su regreso. Levantóse el opa, y siguió los pasos de la pareja que se alejaba por el sendero de los granados, estrecho y tortutoso camino que conducía a la puerta aludida, situada en lo alto de la barranca, junto al río y bajo un frondoso higueral. Pero Tupá no siempre sigue la misma senda: unas veces camina por el álveo del canal, que no lleva agua; otras veces se extravía largos momentos por entre los árboles; y, las más de las ocasiones ,detiénese en medio de un espacio descubierto para contemplar el firmamento, o seguir, con sus extraños ojos, su mirada sonámbula, el vuelo atolondrado de los murciélagos en la claridad lunar.

Flora y Alberto llegaron a la tranquera hablando alegremente, bulliciosos como unos colegiales. Detuviéronse un momento. Al separarse, la moza dejó en los labios de su amado un beso intenso y cálido. En aquel instante, las palomitas torcazas que dormitaban en las ramas de las higueras se ahuyentaron asustadas, y anduvieron revoloteando sobre el lugar, temerosas de posarse nuevamente.

Flora persiguió con la vista a su adorado Alberto, hasta que lo vió desaparecer en las sombras del camino. Al notar que Tupá no estaba por allí, lanzóse corriendo por un camellón, saltando, palmoteando los pámpanos y cencerrones que pendían de los sarmientos.

De súbito, al doblar un recodo, detúvose temblorosa, como electrizada ante la inesperada aparición de José Agrelo que, de pie, con los brazos cruzados, se le interponía en actitud poco tranquilizadora.

—¿Qué hace usted a estas horas, dentro de la propiedad? — balbuceó más muerta que viva la incauta joven.

—Aguaitándola, paloma, sabiendo que la hallaría sola.

—Y qué... ¿qué quiere de mí?

—Una explicación, que me la dará o me la tomaré en cualquier forma — dijo José con vivo encono, aproximándose y tomándola de las manos.

—¡Suelte! ¡suelte su atrevido! — gritó Flora, sintiéndose desfallecer.

Pero el bribón, obedeciendo a sus bajos instintos, la rodea por el cuello con uno de sus brazos y apretándola contra su pecho fuertemente, lucha afanosamente y perturbado por doblegarla. A poco, José no encuentra resistencia, pues Flora se ha desmayado, dejando caer hacia atrás pesadamente, su bella cabeza.

Apercibiéndose de ello, José sonríe con diabólica crueldad, y se regocija como una hiena, viendo extendido sobre las hierbas cuajadas de rocío el cuerpo de su presa.

Tanta es la belleza de aquel cuerpo de mujer, de aquella cara pálida que iluminan los astros, que José detiénese a contemplarla, absorto, mudo. Grande e intenso debe ser su retraimiento al no percibir el extraño ruido que produce algo así como una forma humana que anda, un fantasma que avanza sigilosamente, y que de pronto, dando un terrible rugido se avalanza sobre él y lo aprisiona entre sus miembros hercúleos.

—¡Maldición! — grita desesperado José reconociendo a Tupá.

Pero su voz se ahoga entre los rugidos formidables que vomita

aquella fiera humana en su intento de estrangularlo. Entáblase una lucha tremenda, violenta. Los cuerpos de ambos contendientes trepidan, se encorvan bruscamente, se desploman y ruedan convulsionados sacudiéndose contra los troncos y las piedras. Unas veces José, horrorizado, hace un supremo esfuerzo y se coloca sobre Tupá, pretendiendo desprenderse de tan monstruoso enemigo; pero no lo consigue y torna a quedar debajo, expuesto a las ferocidades de su contendor que cada vez se sobrepone más y más y se esfuerza en su extraviada y fatal determinación de matarlo, estrellándole la cabeza contra las piedras. Y mientras las fuerzas de José sufren intermitencias de desaliento, Tupá auna las energías, gruñe, muerde rabiosa, atrozmente, como un lobo. Para ultimarlo, le busca la garganta, revolviendo su cara de idiota, sudorosa, en el pecho ensangrentado y exhalante de José. Al fin lo puede, lo vence, doblándole el dorso, quebrándoselo como si fuera un tronco seco, e impulsado por su irascibilidad sin límites, arrastra por la barranca el cuerpo de José agonizante aún, y lo arroja al abismo donde va despeñándose hasta hundirse en las aguas tumultuosas del río.

Un grito de angustia desgarró el ambiente en ese instante. ¿Quién lo había proferido? ¿De qué garganta anhelosa se había escapado?

—¡Flora! Flora está allí, de pie en el borde del barranco, absorta, interrogante, alumbrada por la blanca luz de la luna que baña todo el valle y las montañas lejanas.

Los últimos trances de la lucha la habían vuelto en sí; pero falta de ánimo y de fuerzas no pudo acudir a tiempo para evitar aquella enorme desgracia.

Temblando de terror adelanta la moza su cuerpo en el espacio, inclina la cabeza, atento el oído, para escuchar los misteriosos ruidos que se elevan del hondo precipicio. Pero ninguna queja llega a su alma apenada. Sólo el gemido del viento se escapa de aquella garganta de la tierra, en donde los despeñaderos se multiplicaban como los dientes de una sierra.

Abatida y llorosa retiróse del lugar, caminando apenas, tal era su anonadamiento y su estupor.

Al llegar a las casas, pasando junto al horno, vió a Tupá que la miraba con una cara llena de alegría, de risa, pero de una alegría y risa monstruosa, abroquelada en una mueca triste, que le daba una expresión infernal.

Flora, pensando en el peligro que había corrido y en la inexplicable acción de Tupá, se acercó a él y con señas, ademanes y caricias lo calmó, apagándole poco a poco aquella terrible expresión de su rostro.

IV

Y cuando Flora oraba ante el viejo Cristo de plata pendiente de la cabecera de su lecho, tan exaltada y mística fué su invocación, que creyó ver en su conciencia de enamorada la justificación del acto de Tupá como un designio justiciero del poder insondable de su bondadoso Dios.

Un lobo y una leona robaron dos niñas.

El diario de Calcuta "The Statesman" publica una curiosa información que le ha macilitado el misionero Mr. Singh.

Cuenta dicho pastor protestante que unos indígenas conocidos suyos y naturales de Mindgapore, que habían ido de caza a la selva, vieron dos rostros humanos que aparecían en un agujero entre la maleza.

Estos dos rostros desaparecieron inmediatamente. Los indígenas, sorprendidos, comenzaron a cavar el agujero; pero entonces aparecieron dos lobos, que se precipitaron sobre ellos.

Los indígenas, que llevaban armas de fuego, dispararon, y uno de los lobos, que era macho, se escapó aullando.

El otro, que era hembra, colocóse a la entrada del agujero y se defendió desesperadamente hasta que lo remataron a culatazos.

Los indígenas penetraron por el agujero, que era la puerta de una caverna ,y allí en el suelo, formando un solo grupo, encontraron a dos lobeznos y a dos niñas de unos dos y ocho años, respectivamente. Estas, al ver a los indígenas, empezaron a lanzar gritos de terror y trataron de huir corriendo a cuatro patas, como si fueran animales.

Asombrados, los indígenas mataron a los lobeznos, cogieron a las niñas que se defendían rabiosamente, las llevaron a la misión de Mindgapore y se las entregaron al pastor Singh.

Los empleados de la misión no logran sino a costa de grandes trabajos hacer que se alimenten las niñas con las comidas usuales. Ambas no quieren más que carne cruda. No hablan y lanzan unos aullidos muy parecidos a los de los lobos.

Se supone que ambas niñas fueron robadas a sus madres por lobos, y la loba que murió defendiéndolas alimentó a la menor de ellas con su leche al mismo tiempo que a sus pequeñuelos.

POEMAS SINTÉTICOS

Por Arturo Orgaz

EL AMOR

Por el sendero áspero, a la vera de un furioso torrente, en un amanecer glorioso de primavera, un hombre se detuvo a observar una graciosa flor que parecía coronar la altivez de la maraña. Breve lapso estuvo así, silencioso y grave, como si esperara algún secreto mensaje de la flor. Prosiguió luego su camino y, al volver un recodo, encontró a una tímida y deslumbrante muchacha que, al acaso, recorría aquellos lugares.

—¿Qué buscas?... — preguntó él, solícito.

—No sé... nada... — repuso ella; y agregó: Sin embargo, diría que busco algo...

Y se turbó mucho; tanto, como él se sintió feliz.

—¿Pensaste encontrarme?... insistió él.

—No... es decir, no sé... — murmuró ella; y con voz apenas imperceptible, inquirió: ¿Y tú, creías encontrarme?...

Esta vez fué él quien quedó suspenso. Luego, esforzándose, respondió:

—Tampoco.... pero

Enmudecieron. La floresta se azuló. Los aires se poblaron de cantos nuevos. Y como si de tanta paz y plenitud ambos tuvieran miedo, fueron confundiendo sus anhelos en el vértigo divino de un abrazo...

LA ILUSION

Top, mi perro, se empeñó en cazar a una bella mariposa que rondaba mis geranios. Largo rato persiguió a la burlona, hizo acrobacia y gastó desesperados aullidos. La mariposa parecía, por momentos, caer en las fauces de Top, pero, en realidad, triunfaba del peligro con maravilloso arte de mujer inaccesible....

Al fin, mi pobre perro, jadeante, vino a echarse a mis pies y siguió, con inquietos ojos a la mariposa que, a la distancia, continuaba sus locos revoloteos. Poco a poco, Top se durmió, como un vencido. Pero esta vez, la mariposa, siempre traviesa y audaz, llegó hasta él y después de exhibir sus más delicadas volteretas, fué a posarsele en la noble cabeza... Pero Top siguió durmiendo, y nunca pude hacerle entender que aquello que reputó inasible, había estado junto al afán dormido...

LA HISTORIA

Días pasados, un muchacho se puso a observar, en un sitio contiguo a mi casa, un enorme hormiguero en intensa agitación. De pronto, el rapaz le asestó el pié, cegándolo. Se produjo enorme confusión, choques y accidentes en el núcleo de las hormigas. Millares, quedaron sepultadas. El pánico produjo escenas de una ferocidad desconocida.

Advertí, entre todas, a una que apartó discretamente y con gran apresuramiento escribía sobre un ínfimo papel. Decía el himenótero:

..."Todo parecía favorecer el júbilo público causado por el advenimiento del nuevo orden de cosas y los festejos populares eran grandiosos, cuando se vió una enorme plancha descender sobre nuestras cabezas. El Sumo Hormiga, sin duda, ha querido demostrar así su reprobación de los hechos consumados. El fenómeno en cuestión, que los sabios resolverán si se trató de un aborto del Espíritu Mal, de un terremoto o de un aerolito, redujo a escombros la ciudad, causando la muerte de millares de personas. Se registraron actos de heroísmo sin igual, en medio del indescriptible pánico que se extendió por todo el país. La gran Hormiga presidente pudo salvarse debajo de un resto de caparazón de un mostruo fabuloso que, según leyendas mitológicas, se llamaba: "nuez".

Todo esto pude leerlo merced a un prodigioso lente que mi abuelo, el judío Spinoza, fabricó y que conservo como un recuerdo de familia. La hormiga historiadora no pudo continuar la crónica de lo sucedido porque el montículo sobre el cual se hallaba fué tragado por la tierra...



—Tu corazón es duro como el cristal; no le hace mella nada.
—¿Por qué no has probado con un diamante?

LA LIBERTAD

En un taller de reparaciones automovilísticas, estaba internado un grande y maltrecho automóvil. Por una de las vidrieras laterales penetraba un rayo de luna que iba a besar el parabrisas, lo que al vehículo no lo conmovía en manera alguna pues es conocido el antirromanticismo del automóvil.

La rueda delantera de la derecha era particularmente original. Siempre daba que hacer. Y aunque esta vez estaba intacta, soportaba un grave conflicto: el aire contenido en el neumático disputaba con éste, iracundo y obstinado.

—Ya te he dicho — exclamaba con ronco acento — que no puedo tolerar tu opresión; soy aire y debes comprender que soy naturalmente libre.

—El hombre me ha hecho para contenerte — repuso tranquilo el neumático y agregó: Además, hay muchas cosas naturalmente libres que están aprisionadas. No te aflijas.

—Me torturas, me ahogas, eres insufrible...

—Por llevarte adentro, vivo; comprendo que reconociendo tus protestas, aceptaría mi muerte.... Es necesario que te recisnes...

—¡Nunca — rugió el aire — Te haré estallar!...

—Soy fuerte. ¡Intétalo!.

La masa de aire empezó a hacer desesperados esfuerzos y, por su parte, el neumático mantenía su pared formidable.

—Eres implacable — gimió el aire — pero tendrás el fin de todos los tiranos...

—¡Te ahogaré!... ¡Te aniquilaré! ¡No hagas fuerza!...

Prosiguió la porfía, desesperada mortal.

Comenzaba a insinuarse el alba, cuando, de improviso, estalló en el silencio un alarmante ruido. ¿Un crimen, acaso?....

Acudió el dueño del taller, encogido y sonnoliento, munido de una linterna eléctrica. El neumático estaba flácido, herido por un agujero... La masa de aire, presurosa, escapaba por la chimenea como una invisible legión de la libertad triunfante.

LOS ALAMOS

Estoy en vacaciones y distraigo mis ocios en el campo, recorriendo largas distancias por la soledad de los caminos caprichosos y llenos de paz primitiva. Hoy he llegado hasta el otro lado del arroyo, hasta la entrada misma del pueblecito serrano, cuyas blancas y diminutas viviendas reverberan al sol, como fantástico nidal de palomas.

La calle de acceso es amplia y bordeada por una poblada alameda que, desde mi niñez, me ha visto, taciturno y errátil, vagar por esos contornos.

He experimentado, hoy, al recorrer esa calle, una sensación nueva. Sentíame un fabuloso monarca en el destierro que, en la paz de la tarde, revistaba a sus únicos fieles: los rígidos e imponentes gigantes de su guardia, alineados en prenda de homenaje....

EL TRABAJO

El labriego, rodeado de sus hijos, contemplaba con deleite la mies madura extendida sobre el campo fecundo como una bendición. El silencio era religioso, la hemoción tan honda, que se ahogaban en ella las congojas de todo un año rudo y desesperado.

Era casi el medio día. Llegó al lugar un hombre altanero y solemne.

—Me debes la renta — dijo al labriego atónito —; esta tierra es mía; me debes el precio de mi señorío.

—He pagado ya a la naturaleza, a la vida, al progreso, mi tributo de afanes, vigilias, sudores y pobrezas... He cosechado, y ahí se queda "tu" tierra; yo me llevo mi trabajo.

—Detente! — rugió el señor — La justicia esta conmigo; eres un intruso. Pagarás de grado o por fuerza!

El labriego pagó. Aún no había disipado entre los suyos esa nube de inquietud que trajo el terrateniente, pues no entendían los hijos como el padre había pagado a otro el derecho de utilizar la naturaleza para hacerla fructificar; cuando apareció otro garrido sujeto, con muchos papeles y algunos soldados.

—Debes al fisco el impuesto; has trabajado....

He hecho mal?... — indagó el cuitado deudor.

—No vengo a discutir — tronó el emisario fiscal —; vengo a cobrar. Pagas?... — preguntó amenazante señalando a los soldados.

El buen hombre pagó. Descansaba ya, y llegó un tercer sujeto, de aspecto desapacible y gesto insolente.

—Vengo a que me pagues. Tu familia ha comido durante un año de mis mercancías.

—Ya ves cuán flacos y débiles están!... — gimió el labriego.

—Pagarás!...

— Cobras cuatro veces el alimento que has suministrado. Considera...

—Nada! No podrás probar tus afirmaciones; soy comerciante; tengo mis libros.

Pagó, todo trémulo, el trabajador. Quedó limpio el campo. Quedaron desnudos y hambrientos los hijos. El pobre padre creyó volverse loco. Pero triunfó. El y sus hijos se hicieron mendigos. ya nadie volvió a exigirles nada. Se los dejó en paz. Se les olvidó todo deber y toda responsabilidad. Ya no fueron hombres. Pero fueron felices en su inconsciencia de bestias anónimas, inmundas de ociosidad.

LA SIESTA

Por José Cíntora

Mi amigo me contó lo siguiente:

—Nos habíamos casado muy enamorados. Nos queríamos muchísimo. Eramos un matrimonio dichocho. Cuanto más tiempo pasaba, más apreciaba yo las excelentes cualidades de mi mujer. Era hacendosa; me mimaba y me cuidaba con el mayor esmero... No se podía pedir mayor armonía y felicidad conyugal.

Un día — y aquí entra el caso inaudito, — a la hora de comer, nos sentamos a la mesa. Eramos tres: ella, yo y... ¡el otro marido de mi mujer!... No te admires. Así como suena: el otro marido; mi mujer se había casado con otro hombre, que desde entonces ocupó mi puesto en la casa.

Yo quedé relegado a la condición de un pariente cualquiera. Seguía, eso así, sentándome a la mesa con ellos, alternaba en sus conversaciones, algunas veces salíamos los tres juntos a paseo, íbamos al teatro, al café...; pero en lo demás, yo ya no era yo... Tenía mi habitación aparte; el otro me había suplantado en el cariño, los mimos, el cuidado y las atenciones de mi mujer.

Algunas veces sentía un impulso de protesta, de rebeldía, ante aquello situación tan especialísima en que me hallaba; pero reflexionaba y me decía:

—¿Qué voy a hacer? ¡Si es su marido!...

Y así iban pasando días y días en este estado inconcebible y absurdo.

Pero lo más inaudito era que yo juzgaba todo eso como la cosa más natural del mundo; mi mujer, en el concepto moral, no desmerecía nada ante mis ojos. Encontraba yo lógico y corriente lo que pasaba. Ella no se salía un ápice de su misión de esposa amante y cariñosa... Sólo que ahora todo eso era para el otro... Y el otro, es decir, el marido de mi mujer, tampoco me inspiraba aversión ni antipatía... Era un hombre sumamente agradable, atento, correcto... Vivían completamente felices...; y yo — ¡habráse visto cosa más extraña! — También vivía contento en esta estupenda anormalidad.

Consideraba que si yo había sido antes el marido de aquella mujer ,ahora lo era el otro; y nada más justo que ella procediera con él cual había procedido conmigo: como una buena esposa...

Una tarde, después del almuerzo, me dejaron solo en el comedor y se retiraron a sus habitaciones. A poco rato se presentaron muy ataviados para salir: ella traía su espléndido abrigo, su gracioso sombrero...; estaba guapísima; él, la verdad, tenía un tipo distinguido y elegante... Hacían lo que se llama una buena pareja...

Ella me dijo:

—Vamos a dar un poseo. ¿Quieres acompañarnos?

—Sí — contesté. — Voy a arreglarme.

Fuí a mi habitación; no me faltaba más que calzarme. Tenía unos botines de color sin estrenar, y me dió deseo de ponérmelos para ir también elegante. Los ojales estaban premiosos y tardé algo en abrocharlos... Mi mujer, digo, la mujer del otro, ya desde el recibimiento, exclamó en voz alta:

—¡Vamos, hombre! ¿Cómo tardas tanto?

—Esperad un poco — grité yo, todo apurado en la lucha con los rebeldes botines...

De pronto oí abrirse y cerrarse la puerta de la escalera... No habían tenido paciencia para esperarme... Esto me indignó. ¡Qué desatención!

—¡No paso por eso! — exclamé, sintiendo ofendida mi dignidad.

Es inconcebible, ¿verdad?, que yo, que por tan graves cosas pasaba, no pudiera pasar por esa puerilidad... Pero todo es posible en el terreno de lo absurdo.

Lo cierto es que me ofendí de veras, y para hacérselo conocer a ellos decidí marcharme de la casa, de mi casa, de la casa del otro... Yo ya no sabía con fijeza de quién era la casa.

Cogí una maleta, encerré en ella las ropas que me eran más necesarias, bajé al portal, llamé al primer cochero que pasó y me fuí a un hotel.

Por la noche, cuando estaba triste y salitario en mi cuarto, oí unos golpecitos en la puerta. La camarera dijo:

—Señor preguntan por usted.

Entró mi mujer, toda compungida y llorosa.

—¿Por qué te has ido? Vuelve a casa... ¡Yo no he querido ni quiero a nadie más que a tí!...

—¿Pero y el otro? — exclamé.

—Al otro lo he despedido...

Y echándome los brazos al cuello me besó con amor...

¿Qué sentí?... Miré asombrado en torno mío... Estaba sentado en una butaca, junto a la estufa, en el comedor de mi casa.

En otra butaca, enfrente de mí, estaba mi mujer haciendo una labor de bolillos...

La miré, me miró y dijo son riendo y cariñosamente:

—¡Buena siestecita has echado, maridito mío!

—Y único, ¿verdad? — exclamé.

—¿Cómo único?...

Le expliqué el ensueño, y ambos convinimos en que no es bueno dormirse mientras se está haciendo la digestión...

Motivos marplatenses

LA RAMBLA

Son las doce y media, y el sol cae a plomo, con una tenacidad implacable, sobre el claro pavimento de la Rambla Bristol. Pero aquí el sol no asusta a nadie. Si no que lo digan estos brazos bronceados y estas epidermis al rojo vivo que vemos a cada paso. El paseo de hoy se hace muy dificultoso. Es un ir y venir ondulante de personas que a veces tienen que detenerse porque se les hace imposible seguir caminando. Abundan los trajes claros; expansivas risas de satisfacción iluminan más de un rostro juvenil; ramilletes de muchachas cruzan por nuestro lado dejando leves estelas de Origán. Y más que ningún año, las caras bonitas son tan frecuentes ahora, que los ojos van de una a otra, como inquietas mariposas en un dilatado jardín lleno de flores.

UNA SILUETA

La vimos hace dos noches, paseando con dos amigas por la Rambla. Era deliciosa y esbelta. Dieciocho años tendría a lo sumo, (¡dulce edad en que todavía el corazón de la mujer suele enternecerse de amor!). Iba vestida de gris, llevaba el sombrero del mismo color, y los brazos, bajo la esclavina también gris del abrigo, se adivinaban túrgidos y perfumados. El rostro, de un óvalo perfecto, tenía la blancura evanescente de los lirios. Y de toda su persona parecía expandirse, como una esencia exquisita, cierto aire de castidad, de delicadeza, de superior y espiritual aristocracia. Nos volvimos para verla pasar, atraídos por sus ojos ingenuos. Y, sin saber por qué, nos acordamos de "Cobardía", los melancólicos versos de Nervo. Es que él también se cruzó en su camino con una divinidad como ésta... y la dejó pasar...

CHARLESTON

Salón de baile del Club Pucyrredón. Siete y media de la tarde. Una orquesta estrepitosa que ataca el "charleston" y varias parejas que bailan sobre el encerado, nerviosas, poseídas de una especie de histerismo. La mayoría, baila esta danza primitiva con paso liso, como un chimy ligero, pero hay un bailarín, enfundado en unos descomunales pantalones "oxford", que hasta lo inverosímil. La orquesta, va "in crescendo"; la sala se hasta lo inverosímil. La orquesta, va "in crescendo"; la sala se llena de una agitación bélica insospechada; alrededor del salón muchas personas sonríen melancólicamente ante el espectáculo.

UNA MIRADA AL MAR

Mientras el paseo "chic" de la Rambla va entreteniendo, con sutiles argucias de amor, a la gente joven que va y viene, el mar, azulado a esta hora de la tarde, brama a lo lejos con un lejano tronar de tempestad. Algunas veces una pareja se aproxima a la balaustrada y queda mirando al infinito, en honda comunión con el agua.

GLAUCUS.

Barajas raras

Hace tiempo hablaron los periódicos de una adquisición hecha por la reina de España, doña María Cristina. Trátase de una baraja, toda de marfil, que usó el Príncipe Eugenio, compañero y camarada del gran duque de Marlborough en la guerra contra los franceses, a las órdenes del mariscal Villars. Todas las figuras de la baraja están pintadas a mano.

El ex emperador de Alemania jugaba con una baraja cuyas figuras son retratos exactos de reyes. Dichos retratos fueron elegidos por el mismo kaiser. Figuran en ella la reina Victoria de Inglaterra, la reina de Italia, la emperatriz de Austria, la zarina, el rey de Italia y el rey Leopoldo de Bélgica. El Papa aparece como rey de espadas.

En Birmingham se subastó otra baraja notabilísima, que alcanzó un precio mucho mayor que su peso en oro, porque según se dice no existe otra en el mundo. Cada carta está ilustrada con dibujos representando los principales sucesos ocurridos durante el reinado de la reina Ana de Inglaterra. Las figuras son retratos de los principales políticos de entonces.

Los inventos casuales

No son pocos los inventos que se han debido, más que al ingenio de sus autores, a la casualidad. Así, por obra del azar, claro está que aprovechada debidamente, se han realizado grandes fortunas. No carecerá de interés la relación de algunos ejemplos.

En otro tiempo, la tarea de explotar bien los yacimientos diamantíferos de Kimberley, en el Africa del Sur, era ardua. Las masas en que se suponía que había gemas eran reducidas a lodo. Los diamantes grandes, con una ganga proporcionalmente grande también, no daban mucho trabajo: se les encontraba fácilmente; pero con los más pequeños no ocurría lo mismo. Se tenía, pues, la seguridad de que, no obstante todo el empeño que se ponía en la búsqueda, se perdían muchos. Ocurrió cierto día que uno de los obreros maquinistas introdujo la mano en uno de los recipientes de mezcla "diamantífera", por así decirlo. Aquella mano estaba cubierta de aceite y el obrero observó que, por algo que no pudo explicarse, los diamantes pequeños se mantenían entre la grasa, en tanto que el agua con que se disolvía la mezcla terrosa, escurríase arrastrando a ésta. Semejante observación permitió idear un nuevo sistema de explotación que produjo beneficios enormes.

El incendio de una fábrica de almidón situada a orillas del río Liffey permitió notar por vez primera las cualidades adhesivas del almidón cocido, mezclado con agua. Ese fué el origen de las pastas de pegar que han sustituído en buena parte a la goma y que dan vida a una industria importante.

La invención de los tubos de las lámparas no fué menos casual. Un niño suizo jugaba cierto día con una botella desfondada. Junto a él, su hermano, llamado Argand, tenía encendida una lámpara de aceite, que el viento amenazaba apagar a cada instante. A Argand se le ocurrió entonces proteger la luz con la botella. Ese fué el primer tubo usado en materia de iluminación.

En Nuremberg, un obrero que trabajaba en cristales cortados sufrió durante su tarea un descuido, y sobre los lentes le cayeron algunas gotas de agua fuerte, que dejaron opacos los cristales en los puntos afectados. Ese fué el origen del grabado en vidrio.

El inventor del sistema automático de señales para ferrocarriles concibió la primera idea de su invento en una sesión de espiritismo realizada en un teatro. La mesita empleada en las pruebas corría de un lado a otro del escenario sin que nadie la tocase. El hombre en cuestión, que trabajaba en el teatro, investigó el caso y vió que las patas de la mesita se deslizaban por dos rieles disimulados. Comprendió entonces que la electricidad tenía mucho que ver en aquello, y tomando un trozo de cable aislado, pero con los extremos descubiertos estableció contacto entre ambos rieles durante una de las pruebas, y la mesita se detuvo en seco. Años después, trabajando de señalero, recorrió el episodio y así creó el sistema que hoy defiende tantos millones de vidas.

Hace mucho tiempo un viajero que iba por el Parque de Yellowstone, en los Estados Unidos, tropezó con un caballo muerto. Era evidente que el animal había dejado de existir hacía días, pero estaba conservado maravillosamente. Examinándolo despacio, el viajero advirtió que el caballo se hallaba cubierto de bórax, sustancia que hasta entonces sólo se empleaba para abrillantar el hilo, pero que estaba destinada a ser, gracias a ese descubrimiento casual de sus cualidades preservativas, uno de los compuestos químicos má empleados en la industria.

La superposición accidental de dos lentes, hecha por los hijos de un oculista danés, permitió a Galileo construir el primer telescopio y una casualidad también hizo que Senefelder inventase la litografía. Cierto día, mientras pulía la superficie de una piedra para trazar un grabado, la madre de Senefelder pidió a éste que le hiciese una lista de las piezas que en ese momento entregaba a la lavandera. Como no tenía un papel a mano, Senefelder utilizó la piedra para hacer la anotación, empleando tinta de sacar pruebas. Algunos días después, al disponerse a eliminar aquella escritura, se le ocurrió ver qué efecto se conseguía haciendo trazos en una piedra ligeramente atacada con agua fuerte. De ahí nació la litografía.

Los premios Nobel, tan universalmente famosos, se deben, en realidad, a un simple accidente. Alfredo Nobel ayudaba a su padre en la fabricación de nitroglicerina. Un día del año 1867 notó que un recipiente perdía y que la nitroglicerina que contenía iba a mezclarse con la arena silícea empleada para proteger los envases. Esta trivial circunstancia le sugirió la idea de preparar un explosivo de manejo fácil, cómodo y seguro, y así fué inventada la dinamita. Los Nobel hicieron con el invento una fortuna enorme, parte de la cual sirvió para fundar los precitados premios.

La invención de la hélice constituye también algo curioso. Se debe a un joven maquinista de Bolton, Inglaterra. Una noche que estaba franco, fué a pasear a un parque, y pasando junto a un sicomoro, advirtió que las semillas de éste, al caer, adquirían un rápido movimiento de rotación. Observando varias semillas, notó que las dos alas de ellas estaban dobladas en dirección opuesta. De ahí nació la primera idea de los propulsores de barcos en tiempos en que sólo se conocían las ruedas.

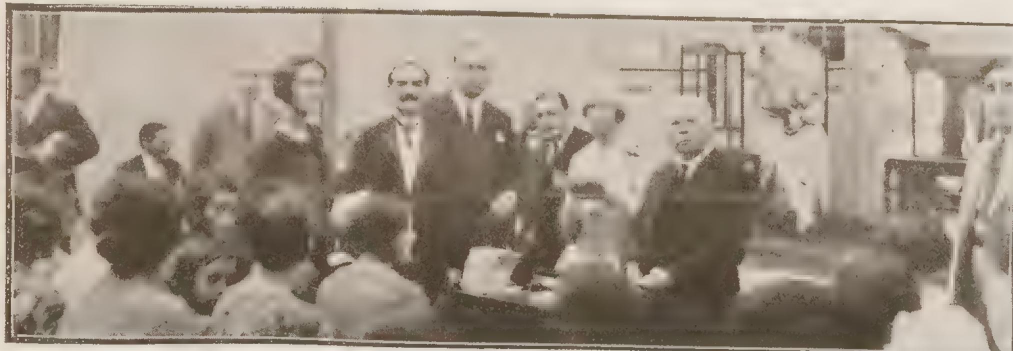
Mitin de protesta contra la intervención de Estados Unidos en Nicaragua





La intervención armada de los Estados Unidos, ocupando militarmente el territorio de la República de Nicaragua, ha dado lugar, entre nosotros, a la realización de diversos actos de repudio contra la política norteamericana.—Una de dichas exteriorizaciones la constituyó el mitin, que congregó, en Florida y diagonal Sáenz Peña, una gran muchedumbre de manifestantes.—Reproducimos en la parte superior un grupo de los oradores que hicieron uso de la palabra durante el acto, y en la inferior, un aspecto de la multitud, escuchando los vehementes discursos pronunciados.

Liga Patriótica Argentina





Fiesta con que la Liga Patriótica Argentina clausuró los cursos del año en la escuela gratuita para obreros que sostiene en la calle Cabildo 549, acto en que se entregó al maestro Antonio Díaz la medalla de oro con que le obsequió la institución con motivo de cumplir sus bodas de oro con la enseñanza.—Arriba: el presidente de la Liga, doctor Carlés y otras personas, durante la realizacin de la fiesta.—Abajo: vista parcial de la concurrencia.

La captura de Lacoy



José Llacoy, el tristemente célebre asaltante, compañero de los Antía, al llegar al Departamento de Policía, procedente de Neuquen, donde fué capturado. Le acompañan el subcomisario Urruchúa y otros funcionarios policiales.

Fiestas patronales en el pueblo de Olivos





Con asistencia de las autoridades provinciales y locales realizáro nse las fiestas patronales de Olivos.—A la izquierda: el gobernador de la provincia de Buenos Aires, doctor Vergara, el arzobispo de La Plata, monseñor Alberti y el intendente municipal, señor Atilio Deprati, ocupando el sitio de honor en el banquete servido en el Hotel Carapachay.—A la derecha: un aspecto de las mesas.



El gobernador de la provincia, doctor Vergara, y otras autoridades, durante el paseo náutico realizado a bordo del "Vigilante".



Las señoras del gobernador y del intendente municipal, acompañadas de otras damas que también tomaron parte en la animada excursión fluvial.

Demostración al escribano señor Falchi



Con motivo de cumplir sus bodas de plata profesionales, el escribano público señor Carlos Falchi, fué objeto de una afectuoso homenaje, consistente en un banquete campestre servido en su honor en una quinta de Morón.—Vista parcial de los comensales.

De Tucumán



La señorita Otilde A. Vaca y el señor Salvador Heredia Luna, después de la consagración de su enlace.



MARPLATENSES



Doctor Gregorio Kaminsky y su señora.





Señora Dolly H. de Díaz y su hijita Lily.



Señora de Barbosa y su hijita.



Doctor Felipe Cora Elisetch y su señora María Teresa Fernández.





Rosaura, Roberto, Horacio, Inés, Rodolfo y Mercedes Janza.



Cuchita García Valdivia.



Señor y señoritas de Chegovia.



Señora de Sassenus y su hijito.



Señorita Zulema de las Mercedes Diego Arbó.



Sin estar en Turquía, hay quien se siente sultán.



Nuestra colaboradora, señora Clarisa G. de Diego Arbó.

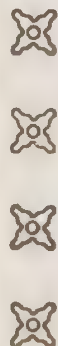




Elda Sara Teijeiro.



Señorita Ana Weinstein.





Niño de Pinto.

(Fots. Bonnin).

SOCIALES



ENLACES.—Señorita Carolina López Torres con el doctor Félix R. Escobio.





Señorita María Agueda Alcain con el señor Agustín Jauriguibitia.



Señorita María Amalia Villas Cutiellos con el Sr. Carlos Alberto Araujo.



Señorita Victoria Teresa Rizzi con el señor Angel C. L. Livraga.





Señorita María Narcisa Gil con el señor Amilcar Torre.



Señorita Lola López con el señor Manuel Pallos (hijo).



Srta. Alicia Posadas, recientemente comprometida con el Sr. J. R. Martínez

GENTE MENUDA



Perlita Rodríguez Fernández



Niños de Gallone, Saitta y Yangrasso.



María Angélica Otaño.



Rosario Carmen D'Aguese.



Elba y Marta Trincherri.



Agueda A. Esteban Urraca.

Actualidades cinematográficas



Betty Blythe, como protagonista, con Herbert Langley de "Amor gitano", película de Herbert Wilcox, que desde el sábado exhibe Artistas Unidos.



Eva Novak, protagonista con Cullen Landis y John Elliot, de "A 70 millas por hora", film que desde el último viernes ofrece la General.



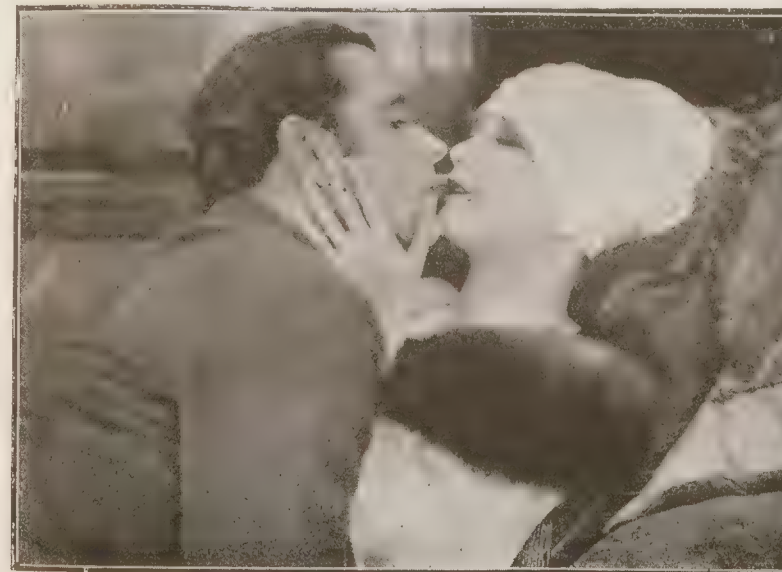
Evelyn Brent, en una escena de "Ordenes secretas", film del cual es protagonista con Harold Goodwin, y que Glücksmann exhibe desde el domingo último.



Escena de una de las películas cómicas, de las cuales es protagonista el divertido bebé Snookums, que en breve dará a conocer la Universal.



La conocida bailarina y actriz de cine Ann Pennington, que aparece en películas Fox, enseñando a bailar el charleston a un jefe apache, en Arizona.



Edmund Burns y Jetta Goudal, tan celebrada últimamente, en una escena de "París a media noche", film que Glücksmann, en su programa extra, presenta desde anteayer



Escena de "El tercer botón de la chaqueta", film que interpretan Flobelle Fairbanks, Larry Kent, Francis Bushman y Mildred Harris, que la Corporación exhibe desde el domingo pasado.



Cómo veranean nuestros intelectuales



Fumigando un rosal.



Doctor Rodolfo Gorlero Pizarro.



En tren de poda en su jardín.

El doctor Rodolfo Gorlero Pizarro, clínico de sólida reputación, es uno de los médicos jóvenes más difundidos y activos.

Veranea en su hermosa quinta en Muñiz, pero eso no le impide atender su consultorio de la capital y sus salas de hospitales. Escritor flúido y psicólogo de nota, es colaborador permanente de ''La Razón'', de la ''Revista Médica'' y de otras publicaciones de importancia. Educado a la inglesa, en su ''farmhouse'' de Muñiz, el médico y el literato, se convierte en un fructicultor y floricultor poco común, por su versación en la materia. Dedica una buena parte del día a sus cultivos predilectos y trabaja a la par de sus jardineros en el arte difícil de cosechar lo mejor de lo mejor. Sus duraznos de variadísimas clases compiten con los más selectos y sus flores, particularmente los rosales, son dignos de figurar en los escaparates más acreditados. El doctor Gorlero Pizarro hace ''clínica'' en su jardín y no se retiraría tranquilo a descansar por la noche, si antes no hubiera tomado la ''temperatura'' a sus invernáculos, observado la ''irrigación'' de sus plantaciones y pasado revista al ''jardín de infantes'' de su granja modelo, previniendo sus crías de raza para cualquier cambio atmosférico durante la noche.

Pero aún le queda tiempo para hacer vida social en su simpática ''Villa Nélida'', nombre de su distinguida esposa, y para mantenerse al día, en los progresos de la ciencia médica que cultiva con la virtud de maestro.

En su compañía se pasan momentos deliciosos y quien lo visita en su quinta, lleva consigo recuerdo perdurable de su exquisita cultura y de la belleza sana de su residencia, en la cual, con rara inteligencia ha agrupado, sin desentono y sin exceso, todo cuanto pueda desearse para vivir en refinado ''confort'' y plácidamente lejos del bullicio mundanal y sólo a una hora de la metrópoli. Allí no se echan de menos, ni las playas ni las sierras.



Un frente del edificio de la quinta ''Villa Nélida''.



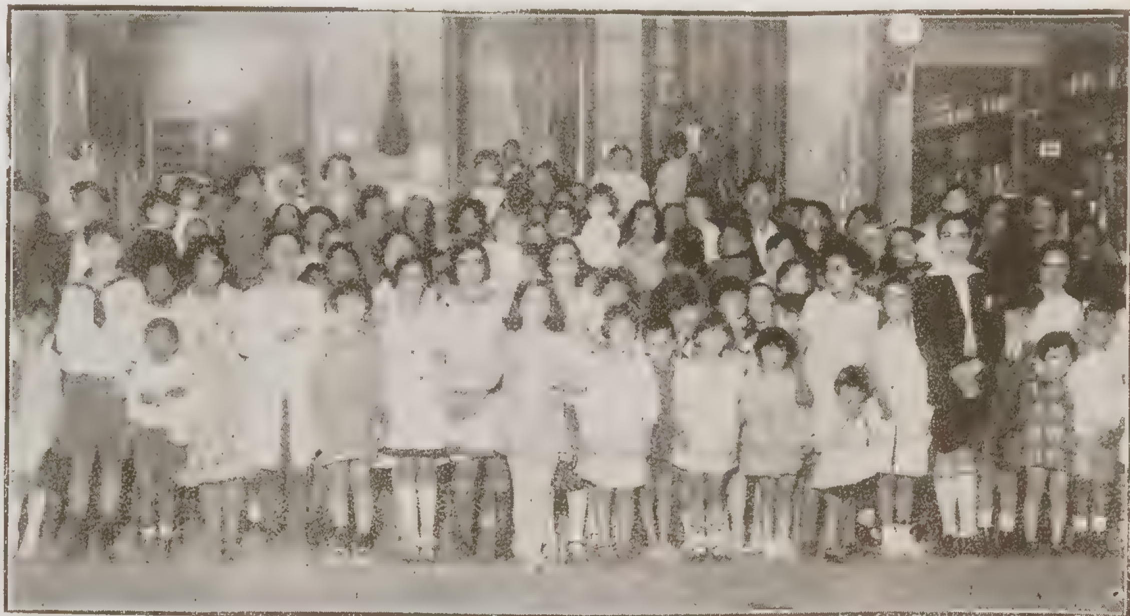
El doctor Gorlero Pizarro, con su familia, en su residencia de Muñiz.

Vida literaria



La escritora argentina señorita Sofía Espíndola, que ha marchado a Montevideo, con objeto de dar algunos recitales poéticos, declamando composiciones de autores argentinos y uruguayos.

DE MONTEVIDEO. -- Una declamadora precoz



La pequeña recitadora uruguaya Irma E. Lecot Palomeque, momentos antes de la inauguración de un espléndido Arbol de Navidad, que regaló a los niños pobres, a quienes protege con el producto de sus notables audiciones.



DE CACHEUTA



Señora Eva de Iribarne y su hijita Eva.



Un cuarteto alegre.



Señoras Damiana R. de Cangiani e Isabel G. de Bejarano.



Señorita Jacquelina Stegman.



Niños de Sierra, Grau, Sarmiento y Castillo.



Señor Norberto Zaravalle.



Cuatro bañistas encantados de las bondades de las termas.



Profesor señor César Mayr.
(Fots. Bejarano).





Doctor Roberto Doynel.





Nuestro corresponsal, señor Eliseo Bejarano y su esposa.

FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



La oficialidad del buque escuela ruso "Tovarisch", durante su visita al nuevo edificio de la Federación Agraria Argentina, acompañada por el vicepresidente de la institución, señor Traverso.



Oficiales y cadetes del "Tovarisch", disponiéndose a tomar el tren en la estación Rosario Norte.





Match de cricket entre Marylebone Club y Plaza Jewells.—A la izquierda: el team de Marylebone Club, que obtuvo el triunfo.—A la derecha: componentes del equipo de Plaza Jewells, vencido en el encuentro.



Público aglomerado frente al domicilio de la señora Adelina B. de Miniussi, durante el reparto de juguetes que esta señora hizo entre los niños.



Cosme Saavedra (x), ganador de la carrera ciclista Rosario - Santa Fe, y el corredor Oliva, que ocupó el tercer puesto, en la redacción de "Reflejos".



ENLACES.—María Isabel Olaechea - Miguel C. España.



Esperanza Córdoba Révera - Francisco Salmerón.



Algunos de los concurrentes a la demostración tributada al señor Santiago Balgorria, con motivo de su reciente jubilación.

(Fots. Flores Toledo).

El retrato del nene

Por Rafael Delgado

Julio era bueno. Todo lo noble y levantado le era grato; pero le perdía una cierta vanidad, muy recóndita y disimulada en él. No le gustaba parecer bueno; creía que eso era impropio de su sexo, como señal de afeminación, como el rebajamiento de las energías y de la entereza de un hombre, y en charla con sus compañeros, más de una vez contó lances y percances mentidos, en que él se hacía figurar como protagonista de más de una aventurilla amorosa, en las cuales él había hecho alarde de habilidad y experiencia. Necesitaba que sus amigos y compañeros supieran que no era él tan tímido y bondadoso como lo suponían. Y lo que al principio fué historia inventada, se convirtió poco a poco en realidad. Pronto no fué para Inés el mancebo respetuoso y delicado, el idealista melancólico, el soñador lleno de pasión. Más de una vez se estremeció la muchacha al oir en boca de su amante frases atrevidas, juicios acerca de los demás, que delataban en el mozo ideas amplias en punto a moralidad y rectitud. Julio las emitía penosamente, le dejaba dolorido y rebajado ante sí mismo; pero fatalmente volvía a ellas hasta que fueron en él cosa común y corriente. Desde entonces mudó de carácter. Le tentó la cantina; dejóse arrastrar a malos sitios, y al volver de una parranda, a la hora en que se apagaba la luz eléctrica débil, agotado, enfermo de alma y de cuerpo, bajo la excitación fatigante del alcohol, algo, en lo más íntimo de su ser, le decía: "Vas mal, ¡vas por muy mal camino!... ¡Qué dirían tus padres!... El, colérico contra el buen consejer que tan severamente le hablaba, se complacía, despechado, en recordar los pormenores de la juerga, y hacía esfuerzos para sentirse orgulloso de su nueva vida, muy pagado de su hombría juvenil, y fuerte y vigoroso para seguir adelante en aquel camino por donde iban y transitaban tantos jóvenes y tantos compañeros.

Los libros dormían olvidados en un rincón. Escribía poco a sus padres, pretextando exigencias del estudio, y siempre aquellas cartas, breves, brevísimas, terminaban con peticiones de dinero. ¡Siempre dinero... más dinero! "Con lo que le mandaban no podía vivir. Necesitaba ropa, calzado, libros nuevos: el profesor había señalado otro texto que costaba muy caro..."

La chica arregló las cosas como pudo: se vistió, salió para la casa de sus amigas y en una esquina tomó el tranvía, hasta llegar al punto en que Julio la esperaba. ¿Adónde iban? Saltaron del carruaje como dos hermanos y siguieron a lo largo de la calzada, bajo los árboles cubiertos de hojas nuevas. Ella, tímida y asustada. El, afable y placentero. Ocurriósele a Julio entrar en un panteón. Allí visitaron la capilla y se pasearon entre los sepulcros. Hallaban plácido y misterioso encanto al hablar de su amor en aquel recinto de la muerte, a la hora en que el sol caía, renovando en las cordilleras las pompas purpúreas de la aurora, cuando en árboles y vallados cantaban los pájaros, y las flores marchitas de los sepulcros despedían sus últimos aromas.

De pronto Inés se sintió sobrecogida de espanto: pavor de muerte le heló la sangre.

—¡Vámonos, Julio, vámonos!... ¡Tengo miedo!

Estaban solos. Los sepultureros conversaban con unas mujeres a la entrada de la necrópolis. Nadie los veía.

—¡Vámonos, Julio...! — repitió la doncella.

Julio, sonriente, la estrechó fuertemente entre sus brazos, y luego, tomando entre sus manos la cabeza de Inés, miróla fijamente, con mirada triste y melancólica al principio, y luego, ardiente, aguda, penetrante como una hoja damasquina.

—¡No, no! — exclamó imperiosamente.

Y la besó en la boca. Un beso de fuego, prolongado, subyugador...

Inés se estremeció como una sensitiva, apartó dulcemente a su amante y... apareció bañada en llanto.

Julio tuvo en aquel momento una compasiva sensibilidad. No dijo una sola palabra y abrazó a la joven, que reclinó graciosamente su cabeza en el pecho del mozo.

Después de un rato de silencio, sólo turbado por las palpitaciones del corazón de la doncella, Julio dijo en tono cariñoso:

—¡No llores, Inés! ¡Me haces mucho mal! ¡No llores!

Y con un par de besos secó los ojos de la pobre muchacha.

El sol se había puesto, dejando en el horizonte una gran franja de rojizas nubes.

Vibradora y piante cruzaba sobre el cementerio y sobre la enamorada pareja una bandada de gorriones, rumbo a lejanas eras.

En la aguja dorada de la capilla encendía el sol occiduo un dardo incandescente.

—Mira... — dijo Inés más tranquila. — ¡Cuántos pájaros!

Y agregó riendo:

—Vámonos... ¡tengo miedo!

Inés llegó a su casa ya muy tarde. Doña Carmen la esperaba impaciente e inquieta. La joven se disculpó de su tardanza, diciendo que sus amigas la habían detenido; que no volvió sola, pues Claudia, la vieja criada de las López, la había traído. Julio la dejó en la calle próxima, y antes de decirle adiós le dió una cita para el próximo domingo. Volverían al panteón y pasarían alegremente la tarde. El sitio, aunque triste, era hermoso, y si ella no quería entrar otra vez en el fúnebre recinto, se irían a campo traviesa a lo largo de la calzada.

Inés ofreció acudir a la cita con toda puntualidad; pero antes; para que él no la esperara en vano, si ella no podía ir, en una cartita, en la del sábado, se lo avisaría. Como siempre: a las cinco de la tarde lo buscaría la criada en el café más cercano.

Esta criada era la confidente de los amores de Inés; pero ni a ella, mereciéndole como le merecía tanta confianza, le comunicó la escapatoria de aquella tarde.

Inés tenía resuelto no acudir a la cita. Algo en el fondo de su conciencia le reprobaba lo que había hecho.

—No, — se dijo la doncella, — no iré. Julio es muy bueno, pero cualquiera podría verme y venir con el chisme. No, que me escriba; que hable conmigo a la salida de misa, donde al paso, sin que nadie lo advierta, él me da su carta todos los domingos y recibe la mía.

No fué.

Esa noche despertó varias veces muy apenada. Tuvo pesadillas. Soñó con la calzada, con tranvías que iban y venían, con ciclistas que pasaban cerca de ella rápidos como un relámpago, con un grupo de ebrios que, al encontrarse con ellos, se rieron y dijeron algo que disgustó a Julio, y que ella no entendió. Algo malo, sin duda.

Volvió a dormirse y volvió la pesadilla. Inés soñó que estaba sola en el panteón; que vagaba perdida entre los sepulcros; que se abrían de par en par las puertas de la capilla, y que las figuras todas de los cuadros con que están decorados los muros del templo salían una por una, pálidas, demacradas, exangües, cadavéricas, arrastrando larguísimos sudarios. El cementerio estaba oscuro, y las vidrieras de colores de las ojivas centelleaban con luces rojas, azules y violadas. Los espectros llevaban a su amante e iban en busca de ella... Acongojada, ahogándose, como si pesara sobre su pecho la losa de una tumba, despertó Inés. Tuvo miedo, mucho miedo, y encendió la luz. Ahí cerca, en el tocador, en una copa, estaba la rosa que había traído, una rosa pálida, muy olorosa y reanimada, cortada por su amante en el sepulcro de un judío, sepulcro extraño, con inscripciones incomprensibles, —en hebreo, al decir de Julio, — y en el cual no se alzaba enhiesta y protectora la cruz de Jesucristo.

—No iré, — repitió Inés, — no iré.

Y aspirando el aroma de la cercana flor se quedó dormida.

Fueron y vinieron cartas, pero ella no concurrió a las citas del mozo. Este, muy disgustado, le escribió diciéndole mil cosas. La acusó de infidelidad. "El era pobre y por eso le despreciaba. ¡Así pagan las mujeres a quien bien las quiere! — decía. — ¡Así malogran ilusiones y disipan esperanzas!

El mancebo terminaba su carta con frases sombrías y amenazadoras... Si ella no le quería, si le olvidaba, si no concurría a la cita, se volaría la tapa de los sesos.

La pobre niña leyó aquella carta y se echó a llorar.

Concurrió a la cita, y no solo a esa, sino a otras muchas. Pretextaba ir de visita a casa de las López (que al fin no venían nunca a casa las tales amigas ni hablaban

nunca con doña Carmen), y de medio día en adelante acudía a la entrevista, y luego Julio la dejaba en las cercanías de su domicilio.

—¡Son hermanos! — exclamaban algunos al encontrarlos.

¡Qué grata que llegaba hasta allí la música del paseo, a la cual se mezclaba el silbido agudo de la locomotora, y a veces, traído por el viento, el vocerío de los que llenaban el hipódromo.

Esa tarde Inés estaba triste.

—¿Qué tienes? — le decía Julio.

—Nada.

—¡Nada! ¿Y estás llorando?

Inés no hablaba. Apenas atendía la conversación de su amante, cuyos besos le parecían fríos, y cuyos brazos rechazaba como si fueran a ahogarla.

—¿Qué tienes?—suplicó el mozo.

—¡Nada!

Montó en cólera Julio, impacientado por el silencio de la joven, y díjole tales cosas, que la pobre muchacha rompió a llorar, y entre sollozos y lágrimas, exclamó dolorida:

—¡Pues lo diré!

Era hora de salir. Iban a cerrar el panteón ya; el tranvía había pasado y era preciso irse.

En el camino, en el momento en que los concurrentes a las carreras se alejaban alegremente y suntuosos carruajes desfilaban hacia la ciudad, donde por todas partes encendía sus estrellas la luz eléctrica, Inés, reclinada en un árbol, y como temerosa de su vida, confesó...

¡A qué decirlo! Lo que la esposa confiesa sonriendo; lo que en el hogar bendecido por Dios es un fulgor de aurora, y que para Inés era llanto, angustia, oscuridad de noche tempestuosa, duelo y aflición.

—¿De veras? — exclamó Julio con noble orgullo. — ¿De veras?— repitió con un arranque de alegría.

Pero de pronto, tomando el brazo de la joven e impulsándola hacia adelante, murmuró:

—Ya pensaré lo que debemos hacer.

Y echó a andar al lado de la joven, abatido, cabizbajo, mudo...

Llegó el tranvía, montaron en él y tomaron asiento cerca de la entrada, uno al lado del otro. Julio encendió un cigarrillo. En el otro extremo del coche venía una joven rubia, vestida elegantemente, y cerca de ella el esposo, un muchacho apuesto, gallardo, de carácter alegre. Enfrente una niñera, una muchacha guapa, que traía en el regazo un niño blondo como un haz de trigo, que dormía serena y dulcemente.

¡Con qué envidia contempló Inés el simpático grupo! ¡Con qué tristeza le miraba Julio, a cada instante más sombrío!

Despertóse el nene, y despertó llorando. Tomóle la madre, le llenó de besos, y, meciéndole, le acalló poco a poco.

—¡Duerme, ángel mío... duerme! ¡Pobrecito! ¡Tu cama te espera!

Inés se inclinó hacia su amante y en voz muy baja le dijo:

—¡Julio ! ¡Julio!

El pensativo mozo se volvió sobresaltado:

—¿Qué quieres?

—¡Mira...! — Y con una señal le mostró a la joven madre que, con el mayor cuidado, abrigaba al rorro.

—¡Bonita mujer! — respondió Julio, tornando a su meditación interrumpida, a su abatimiento invencible.

Frío de muerte, que le llegaba hasta los huesos, sintió la joven. Suspiró profundamente, y dos lágrimas, que brillaban como dos diamantes, rodaron por sus mejillas.

Al separarse, díjole el mancebo:

—Ahora, ¡hasta dentro de quince días!... Me examinaré el día 15. Al domingo siguiente nos veremos. ¡Es preciso estudiar...! El jurado está bravo... Cuídate y no dejes de escribirme. Yo tal vez no pueda ponerte ni dos renglones... Estaré muy ocupado... ¡Adiós!

Retiróse Julio a su cuartucho, preocupado y calenturiento. Tiróse en el lecho y dióse a meditar en el problema aquel de tan difícil solución y que de pronto, cuando menos se lo esperaba, aparecía terrífico. ¡Qué ideas y sentimientos tan diversos se agitaban en el alma del mozo! La primera impresión había sido grata, gratísima, hasta le había arrancado un grito de júbilo. Pero, después... después... ¡ay! ¡Cuántos temores!, ¡cuántos recelos, cuántos remordimientos...!

Aquel corazón extraviado por el mal ejemplo, embriagado por el vino de las pasiones juveniles, tan caluroso y tan incitante, entraba repentinamente en el sendero recto, tornaba a la razón. Su conducta le parecía a Julio indigna de un caballero, de un hombre bien nacido; pero ya no era tiempo de entregarse a esas meditaciones. Lo hecho, hecho estaba, y no había remedio. El deber aconsejaba salvar el buen nombre de Inés... ¿Cómo? Era muy sencillo... ¡Casarse! ¡Pero y con qué! Estudiante de segundo año, no contaba con más recursos que la exigua pensión que mensualmente recibía de sus padres, pensión que a veces llegaba tarde y no siempre completa. El primer año no faltó nunca, ni el segundo; pero en éste, venía a veces incompleta, lo cual decía bien claro las dificultades pecuniarias de sus padres. Bien sabía Julio los apuros de su familia. Más de una vez le habían escrito que fuera económico; que procurara reducir sus gastos, porque el gobierno había retirado la pensión; que si las cosas seguían así, si los negocios no mejoraban, tendría que volver a su provincia y allí entrar en una oficina para ganar algo y esperar que los tiempos fuesen más prósperos. "¡Qué carrera ni qué abogacía! — escribía la madre. — Ya estamos viejos. Tu padre cada día decae más; yo de todo me canso. Mejor será que vuelvas al lado nuestro. Yo quiero verte, hablarte, tenerte cerca de mí, en la mesa, en todas partes; saber que descansas en la pieza contigua a la nuestra..." Y la santa mujer terminaba dando a su hijo media docena de buenos consejos que enternecían al muchacho, pero de los cuales ninguno era seguido.

Meditaba Julio en su vida pasada y la comparaba con su vida actual. El había llegado con el corazón sano, sin que en él hubiera nada malo, y ahora se sentía podrido, enfermo. Había huído para siempre de su alma aquella dulce y benéfica tranquilidad generadora de plácido sueño; su alma, antes como lago limpidísimo, le parecía ahora hedionda charca, en la cual rebozaban todas las malas pasiones y todos los vicios, como cerdos perezosos e inmundos.

¡Quién pudiera volver a aquellos días felices, a los placeres inocentes de los primeros años juveniles, a los amigos de la tierra nativa, a la vida sencilla del hogar! Aquella vida brillante y tentadora, con la cual soñaba al llegar a la ciudad, ¿qué había sido? ¡Mísera existencia de estudiante, llena de privaciones y de amarguras! Al principio, fastidiosa y monótona; después traída y llevada por malos sitios; la tertulia en la cantina; la orgía ridícula en la tienda próxima; la crápula diaria, el trasnoche seguido; el beso y la caricia de la meretriz callejera; ¡en fin, fango y miseria !Y ahora, ¿qué haría? ¿Huir? ¿Escaparse a su provincia y decir a sus padres que estaba enfermo y permanecer allí, en la estancia de su tío, meses y meses? El quería a Inés, ¡pobre muchacha! pero una boda era imposible. El todavía, por poco que valiera, podía ordenar su vida, estudiar, doblar el curso, cosa muy hacedera, y recibirse, y luego... Luego se establecería, y entonces vendría, arreglaría todo y se casaría. Una idea le asaltaba, una idea cruel, injusta, pero que era preciso tener en cuent . ¿Era la conducta de Inés garantía suficiente para lo futuro? ¡No! ¡El lo vería! Si la muchacha se conducía bien, él sabría cumplir con sus deberes. Así correspondía a un caballero.

Pero había algo más inmediato en qué pensar. ¿Qué haría? ¿Obligar a Inés a dejar a su tía y a huir con él? Esto le repugnaba. Si llevaba las cosas por ese camino no sería fácil evitar un escándalo... ¿Y qué vida le esperaba? Una vida de miseria y de hambre, cuyas consecuencias eran horrorosas y patentes. El trabajaría, buscaría empleo; pero ¿qué sabía hacer? ¡Nada! ¿Para qué servía? ¡Para nada!

Aquella fué una noche de horroroso insomnio. Maldijo el día en que conoció a Inés, y al recordar uno por uno los pormenores de aquella historia amorosa, sintió asco de sí mismo. ¡Cuán odiosas le parecieron aquellas citas, aquellas cartas, aquellas entrevistas en el panteón y en aquel cuarto del hotel, frío, inmundo, donde había caído, rendida por el amor y la palabra halagadora, la virtud sin mancha de la pobre doncella! Si doña Carmen llegaba a saber lo que pasaba, acaso abandonaría a Inés. De los pocos bienes de su padre nada era suyo. La tía era la heredera; de modo que para la infeliz mucha-



—¡Mujer! ¿Ahora con un vejete verde?
—Sí; me he metido a "vegetariana".

La zorra y el cuervo

Atraída una zorra por el olor del queso que un cuervo picoteaba tranquilamente sobre la copa de un árbol, estuvo imaginando la forma de apoderarse de él, y fué como sigue:

—Buenos días, señor cuervo — le dijo: — ¡qué hermoso estáis! ¡Qué negras y relucientes tenéis las plumas! ¡Qué gentileza en vuestro porte! ¡Lástima que no tiviérais buena voz, en cuyo caso las aves os proclamarían su rey!

El cuervo, que desde el principio de la arenga se había hinchado de tonto, abrió su pico para probar que también cantaba, y dejó caer el queso sobre las uñas de la zorra. Esta, comiéndoselo con ansia, le dijo:

—Voy a indemnizaros de la pérdida que acabáis de tener, amigo cuervo, haciéndoos una observación muy útil: todos los aduladores van en busca del queso.

cha no había más porvenir que la miseria. Doña Carmen la despediría. Ocurrióle ir, hablar con la señora, y leal y noblemente descubrirle todo. Que le esperaran; ¡él concluiría la carrera, trabajaría, y todos vivirían felices! Esto era lo cuerdo, lo racional. Si doña Carmen no aceptaba esto. ella respondería de todo, y él habría cumplido con su deber.

¿Y sus padres, qué dirían? ¡Qué pesar tan horrendo para ellos! No; había que ocultarles aquella desgracia. No debían saber nada. En fin, se dijo para concluir, vencido por el sueño y cuando se oía al par que la voz de las campanas llamaban a misa en el templo cercano, la diana del cuartel vecino. ¡Las cosas difíciles se resuelven por sí solas!

Un día y otro pasaron... Inés escribía a diario. Exigía en todas sus cartas una resolución de Julio.

Volaba el tiempo: ya él se habría examinado, podía ir a ver a sus padres, hablar con ellos, volver y arreglar todo. "Me llevas con ellos; seré buena hija; los cuidaré, los amaré como tú, más que tú, y allí, aunque no te vea yo más que cada año, allí te esperaré. No creas, — agregaba Inés con un arranque de orgullo, — que pido esto para mí... ¡Ya sabes por quién lo deseo!"

Julio se apartó de sus amigos. A ninguno quiso confiar lo que le pasaba y huía de sus compañeros. Pasó el período de exámenes y no puso un pie en la clase.

Las cartas de Inés eran cada día más exigentes. En ellas rogó, suplicó y cuando las lágrimas y los ruegos no bastaron, y Julio rehusó a la joven una y otra entrevista, para lo cual agotó todos los pretextos, la joven vino amenazante.

"¡Eres un villano, un mal caballero! Desgraciada de mí que dí oídos a tu amor. No supe con quién trataba. ¡Si te hubiera conocido...! ¡Me asombra tu cobardía!"

En obsequio de la verdad, Julio no procedía con premeditación. El problema le preocupaba, pero no encontraba la solución conveniente, y dejaba correr el tiempo. A veces, para divagar sus pensamientos se iba al teatro o al café. Volvía ebrio y dormía hasta las diez de la mañana.

"¿Qué haces, en qué piensas? ¿No tienes sangre en las venas? — escribía Inés. — Esa conducta tuya abre entre nosotros un abismo y hace imposible toda felicidad". — "Espera", — contestó Julio.

Inés se cansó de esperar, y una tarde recibió el mancebo un papel tan duro y terminante, que el estudiante montó en cólera.

"Si hoy no resuelves, mañana lo sabrá todo mi tía. Pero no diré tu nombre. Quiero hacerte el favor de evitarte molestias".

Julio, irritado, no contestó. Inés no volvió a escribir.

Así pasaron tres semanas.

El mozo pasó una tarde por la casa y la encontró vacía. En los balcones había papeles que decían "Se alquila".

Entró, preguntó a los porteros por la familia, y no le dieron noticia exacta de doña Carmen ni de Inés.

"Dicen que se fueron para... ¡no sé qué parte! Nosotros somos nuevos aquí...

Fueron inútiles todas las investigaciones de Julio. Pero, ¡ah!, las López sabrían de Inés. Fué a visitarlas y aquella casa también estaba vacía. Ni quien supiera de ellas.

Julio se examinó en enero y corrió al lado de sus padres. Necesitaba amor, cariño, consuelo; la atmósfera límpida y saludable del hogar paterno, la luz de las virtudes de sus padres. Allí se enfermó. Ese año no volvió a la capital. Sano de cuerpo, pero muy enfermo del alma y de la conciencia, pasó allí seis meses. Regresó y se instaló nuevamente en su cuartito, tan lleno para él de dolorosos recuerdos. ¿Qué sería de Inés? ¿Qué de su hijo? Hizo más y más activas investigaciones. Si daba con Inés procuraría hablarla; de rodillas le pediría perdón; escribiría a su padre, que era tan bueno, y todo quedaría arreglado: se casarían, y con esa honrada resolución vivía, pensando siempre en el fruto de aquellos tristes amores.

Todo fué en vano. Encontróse cierta vez a la criada, y le preguntó por sus amas. Nada sabía. Doña Carmen la despidió una noche y ella no volvió a verlas.

Concluía el año. Julio acababa de examinarse y se disponía a hacer la maleta para irse a ver a sus padres. El buen anciano estaba enfermo y le llamaba con insistencia. Debía salir al día siguiente, y volvía de hacer algunas compras.

Al entrar, el portero le entregó una carta. ¡Era de Inés! ¿De dónde venía aquella carta? La había dejado en la portería un hombre desconocido.

Con ansia febril abrió Julio la carta. Entre dos cartones, atado con una cinta azul, venía un retrato, el retrato de un nene muy gracioso. En el reverso de la fotografía Inés había escrito: "Tu hijo. Se llama como tú".

¡Qué niño tan lindo! ¡Qué ojitos tan hermosos! ¡Los ojos de la madre! En aquella carita risueña descubrió Julio, desde luego, algo del rostro de su padre, el buen anciano que no sabía que era abuelo, que no lo sabría nunca, y que enfermo, achacoso, próximo a bajar al sepulcro, suspiraba por el regreso de su hijo.

El retrato era malo, como hecho en un pueblo, por algún aficionado o por un fotógrafo trashumante... ¡Pero el nene era tan hermoso!

Julio regresó en febrero. Al otro día de su llegada tomó el retrato, se fué a una fotografía y mandó hacer una ampliación. Aunque el retrato era deficiente, el talento del artista supo mejorar la fotografía y ahí está, en el cuarto del mancebo, en marco dorado, arriba de la humilde mesa, llenando de alegría a cuantos le miran y haciendo soñar con delicias domésticas y gracias infantiles a cuantos contemplan aquella boquita risueña, aquellos ojitos vivarachos y aquellas manecitas hoyosas.

¿Y doña Carmen e Inés? ¡Sábelo Dios!

Cuando algún amigo, de los pocos que tiene, le pregunta a Julio:

—¿Y quién es ese nene?

Julio responde:

—¡Un sobrinito!

Y dice para sí, tristemente y con los ojos preñados de lágrimas, quedo, muy quedo, como si temiera oir la voz de su conciencia:

—¡Un remordimiento!

CONVALECENCIA

Para el poeta Félix B. Visillac.

Qué placidez en todo. ¡Cuánta paz me circunda!
Gracias, hermana, gracias; me siento ya tan bueno!
Aquello no fué nada... Mi corazón sereno
otra vez de apacible tranquilidad se inunda.

Qué calma resignada de dejadez! Me siento
flotar sobre la vida como una nota extraña.
Todas las cosas hablan de paz, y un sentimiento
de bien para los hombres mi pensamiento baña.

Y ese mal que me hicieron, por favor, no lo nombres.
Qué quieres? Así somos... Vuelve a tender tu mano
llena de amor y unge la culpa de los hombres
igual que un loto pone su nieve en el pantano.

Y sé dulce y sé buena con el pobre menguado
que no es bueno por falta de una fe que lo done;
Jesús perdonó siempre la culpa del pecado:
tú, ámale conmigo y que El le perdone.

Cuidemos del rebaño que en nuestra fe nos queda
y las otras ovejas ya vendrán al aprisco;
pon tu regazo a ellas como un plumón de seda
y dales el cariño del hermano Francisco...

Por qué te apesadumbras por mi dolor? Discurre
como un rumor de aguas debajo de mi tienda.
Y no te intranquilices, porque *todo concurre*
y el MAL y el BIEN caminan, por una misma senda.

Y por favor, no nombres el dolor que tú has visto.
Es a veces tan dulce la unción de un mal ajeno!
Y al fin, él fué el madero, y es mejor ser el Cristo...
Gracias, hermana, gracias; me siento ya tan bueno!

ROGELIO SOTELA.

GUSTAVIO RICCIO

-|- ENERO 6 DE 1927.

Sensible pérdida para las letras argentinas, constituye la muerte de este joven poeta.

"Un Poeta en la Ciudad", único libro que publicara, lo señaló como uno de los valores positivos de la nueva generación. La crítica vió en él, unánimemente, a un verdadero poeta, dueño de su técnica y poseedor de un generoso espíritu que lo hacía hallar motivos poéticos en los temas al parecer menos poeticos de la vida diaria. Su vena humorística y su corazón sensible, se aliaban de tal modo que pudo realizar una poesía original, rica en imágenes. Basta enumerar sus temas: "A un buzón de un barrio céntrico", "El carbonero y yo", "Parque Goal", "El vendedor de globos", "Elogio de los albañiles italianos", "El burrito del verdulero"...

Muere muy tempranamente y cuando anunciaba otro libro en el que seguramente su caudal poético había encontrado nuevos medios de exposición: "Gringo Puraghey" (cantos de gringo). En esta obra, el poeta canta sus impresiones del Paraguay, país en donde estuvo un tiempo y donde dió conferencias con el fin de hacer conocer la poesía argentina contemporánea.

Reproducimos una de las composiciones más características de su manera sentimental y humorística, la que arrancamos de su libro "Un Poeta en la Ciudad":

A UN BUZON DE UN BARRIO CENTRICO

Viejo amigo Buzón, petizo y ñato,
me inspiras compasión
clavado en la pared. ¡Lugar ingrato
para tu ministerio de Buzón!

Me imagino el dolor y la tortura
de nutrirte con cartas comerciales,
catálogos ,facturas, memoriales...
¡Qué opinarás de la literatura!

Buzón hermano: Yo en verdad te digo
que tengo el más cristiano y puro móvil:
cuando venga el cartero en automóvil
y te meta la llave en el ombligo
y te cambie él estómago de trapo;
le gritaré: Cartero, ¡por favor!
lléveselo al suburbio, que su boca de sapo
no conoce las mieles de las cartas de amor!

La luna se formó de la tierra

¿La discutidísima hipótesis de Wegener debe subsistir o ser desechada? Esta interesante teoría de un geólogo austriaco explica la historia geológica de la Tierra de una manera más sencilla que ninguna otra.

La hipótesis de Wegener, sobre el movimiento de los continentes está detallamadamente desarrollada en su libro: *El origen de los continentes y océanos.* Someramente expuesta, diremos que Wegener cree que los continentes existentes no son más que las partes desgajadas de un primitivo supercontinente. Hace más de 50 millones de años, un acontecimiento mundial hizo que se rompiera este inmenso continente en muchas partes. Estas partes de rocas, los continentes actuales, flotando sobre la roca más densa de abajo, se separaron poco a poco en el transcurso de los años. Algunos de ellos continúan aún deslizándose, entre ellos Norte América, con un deslizamiento lentísimo hacia Occidente.

Asegura Wegener que la hipótesis del desplazamiento continental se le ocurrió al contemplar un mapa de la tierra en 1910. Quedó impresionado al fijarse en la congruencia de ambos lados de las costas del Atlánco. Si antes de continuar con la explicación de esta hipótesis, nos detenemos a observar un mapa mundi o, aún mejor una esfera terrestre, quedaremos igualmente sorprendidos al observar la coincidencia que despertó la nueva teoría de Wegener.

En efecto, las dos Américas presentan una costa peculiarmente curvada a la que se puede adaptar y encajar, como las piezas de un rompecabezas, las costas de Europa yAfrica. Para Wegener, no hay en esto meras coincidencias. Afirma que estas dos áreas continentales formaron una inmensa, extensión de tierra primitivamente.

Cuando Wegener lanzó esta teoría fué calificada "simplemente como una agradable y atractiva teoría" Ultimamente todos los teólogos y teofísicos del mundo la estudian en serio.

La parte más esencial de cualquier teoría es, sin duda, la exposición de la causa que motivó todos los acontecimientos que explica; sin embargo, Wegener se refiere sólo ligeramente a la causa original que pudo producir el gran acontecimiento de dividir en trozos el primitivo inmenso contienente. Se limita a afirmar que tuvo lugar. Han sido el estrólogo William H. Pickering, director del Observatorio de Mandevielle (Jamaica) y Emeribus, profesor de Astronomía de la Universidad de Harwares, los que han facilitado la teoría del desgajamiento, y, especialmente, Pickering concibió esta teoría tres años antes de que Wegener lanzase la suya.

Hacia el año 1907 o antes, Pickerin fué también sorprendido, como lo fué más tarde Wegener, por la congruencia de las costas continentales a ambos lados del Atlántico. Dibujó un mapa para ilustrar su idea, que publico conjuntamente con un artículo sobre una nueva teoría del desgajamiento de las masas de tierra, en el *Journal of Geology.* La causa de este rompimiento, creía Pickering, y aun sigue afirmándolo, fué el nacimiento de la Luna de la Tierr, hace unos 12.000 millones de años.

En su aspecto astronómico la teoría del origen de la Luna esí explicado es aceptada por la mayoría de los astrónomos.

"Figurándonos una Tierra caliente, sólida, elipsoidal, dice Pickering, con un interior más o menos sólido que da vueltas alrededor de su eje, una vez en cuatro o cinco horas, tendremos una representación de nuestro planeta, aún sin luna, como es concebido por un astrónomo". Por este tiempo, una planeta menor, pasando relativamente cerca de nuestra Tierra movida por un movimiento muy rápido de rotación, impulso la fuerza de gravitación lo suficiente para arrancar ¾ de la corteza de la Tierra. Por millones de años, este material rodeó la Tierra de una manera semejante al anillo que podemos observar alrededr de Saturno. Después, el anillo se replegó formando la Luna.

Cuando sucedió la catástrofe que originó el nacimiento de la Luna, la Tierra debió quedar con un vacía. La corteza exterior de la Tierra es más ligera, menos densa que la parte interior, sobre la cual, de conformidad con la teoría isoxtática, flota. Se sabe la densidad de la Luna, que corresponde casi exacmente a la de la corteza de la Tierra. S¿ formó, pues, la Luna de esta parte exterior de la cortera de la Tierra?

El mapa del hemisferio oceánico de la Tierra, debido al profesor Pickeringer, da una gran idea de esta hipótesis. "El volument de la Luna — dice — equivale a un sólido cuya superficie fuese igual a la de todos nuestros océanos continen-
Cuando las ¾ partes de la corteza
millas. La inferencia es sencilla.
tales y con una profundidad de 3
exterior de la Tierra fueron arrastradas fuera de ella, lo que quedó pudo pudo romperse en dos. Habiéndose roto por el acontecimiento inesperado, y nadando sobre las rocas más densas debajo, se separaron poco a poco como pedazos de hiello".

A la Luna, dice el profesor Pickering, debemos los seres humanos nuestra existencia. La Luna, que, mirada con un telescopio se nos aparece como un preciosa burbuja de plata, que silenciosa y ligera flota por el espacio no es más que un pedazo de nuestra Tierra, la cual, siguiendo la teoría astronómica, acabará por venir dentro de millones de años.

"Es verdad, dice Pickering, que debemos nuestros continentes a la Luna, pero aun más, le debemos nuestro cuerpo humano. Si la Luna no se hubiese formado o hubiese arrastrado toda la corteza terrestre, nuestra Tierra estaría envuenta por los océanos, como probablemente ocurre con Venus ahora, y nuestra raza no hubiera alcanzado más inteligencia que la de los grandes peces de los océanos".

CANCIÓN DE AMOR

Las manos se cogen de las manos y los ojos se quedan en los ojos... Así comienza la historia de nuestros corazones...

Es noche de marzo, noche de luna, y el duce olor del henna va en el aire. Caída está mi flauta y olvidada, y tu guirnalda de flores está sin terminar...

Este amor nuestro es sencillo como una canción.

Tu velo color de azafrán me embriaga los ojos.

La corona que me hiciste, de jazmines, me llena el corazón, como la alabanza... Jugamos a dar y a no querer dar, a mostrar y a volver a esconder. Sonrisas, timideces, dulces luchas inútiles...

Este amor nuestro es sencillo como una canción.

No tiene este amor misterios más allá de lo presente, ni anhelo de alcanzar imposibles, ni sombras tras el encanto, ni buscas en la sima de la oscuridad.

Este amor nuestro es sencillo como una canción.

Las palabras no nos llevan al silencio eterno, ni levantamos las manos al vacío, más allá de la esperanza. Sólo dar y recibir... Ni hemos exprimido la alegría hasta sacarle el vino del dolor...

Este amor nuestro es sencillo como una canción.

RABINDRANATH TAGORE.

POR QUE LA MATO

Por Carlos Díaz Dufóo

Y fijando en ella sus grandes pupilas de felino, aquel impasible, que parecía haber absorbido los desalientos de muchas generaciones, tuvo un gesto trágico. Sus labios temblaron un momento, convulsivamente, y por su frente cruzó una sombra siniestra.

Luego, sacudiendo con energía la cabeza:

—¡Te mataría! — dijo, y su voz resonó con estridencias metálicas.

Ella lo miró asombrada, y, cosa rara, anormal, inconcebible, por primera vez lo encontraba hermoso.

Aquel hombrecito vacilante, de color oscuro, mirada como perdida en un sueño lejano; aquel ser débil, asido a la vida por un hilo invisible, de quien la juventud había huido antes de tiempo; aquel triste compañero que alumbraba tenuemente su existencia ansiosa de todos los grandes cuadros de luz, de todas las ráfagas que pasaban, de todas las palpitaciones y de todos los frenesíes, se alzaba ahora transfigurado por el dolor, engrandecido por la ira, inflamado por la pasión.

Y con un ademán de soberbia rebeldía, aquel vencido se irguió bruscamente, y a sus ojos se asomó el reflejo de una voluntad inquebrantable.

¡Ah, era tierno y terrible a la vez el espectáculo de aquel eterno martirizado, presa de una inextinguible angustia, que bebía amargamente la vida, frente a una crisis suprema retorciendo su pobre cuerpo en un espasmo nervioso, extendiendo sus manecillas trémulas, mientras que por su faz cadavérica, fatigada e indecisa, surcaba un salvaje deseo de acudir al obstáculo y eliminarlo fríamente, sin compasión, sin misericordia!

Y toda su existencia acudió a su memoria; toda una vida gastada estérilmente al lado de aquel hombre taciturno y dulce, al mismo tiempo, sonámbulo del amor, perseguido por extrañas inquietudes, envuelto en impalpables sombras, con una vaguedad nostálgica en las horas de más completo abandono, con una huella indeleble de sufrimiento, con una tortura reiterada, continua, "morbo" que se agitaba en su espíritu de ave inquieta.

¿Cómo había unido su juventud triunfal y osada a aquella visión temblorosa y frágil? ¿Cómo el rayo de sol se dejó ganar por la niebla? Lo recordaba bien ahora. Fué al principio un capricho pueril, una fantasía baladí; un "diletantismo" malsano, mezcla de curiosidad, de temor, de ironía, ¿quién sabe?, algo que se escapó más tarde de su análisis, fino e incisivo.

¿No había, cuando niña, torturado a los pájaros? ¿No había sentido un placer punzante y exquisito al desgarrar el corazón de su primer enamorado? ¿Por qué?... ¡Ah! es muy hermoso el camino cuando el sol esparce a bocanadas su roja sangre por las arterias del universo y en las ramas de los arbustos ha prendido guirnaldas la primavera que pasa; es muy hermoso el avanzar entonces, arrullados por todas las canciones que han recogido, bajo sus arcadas, las frondas; acariciados por todas las promesas y los juramentos que el aire arrastra en su ala, buscar esos mil ojillos invisibles que os contemplan; ir adelante, con la boca sedienta de todos los besos y el alma ansiosa de todas las sensaciones. ¡Y adelante siempre! ¡Siempre adelante! ¡Espíritu jamás repleto, deseo nunca colmado, ansia infinita!...

Vivir todas las vidas, amar todos los amores, gozar todos los goces, palpitar en todos los gérmenes de la eterna, inacabable existencia, panteísmo inconsciente, en los comienzos; ansia delirante, después, que agitaba su buena dicha de vivir, para derrochar la vida, hacerla correr locamente, porque, ¿acaso valdría la pena, de otro modo, de ser vida?

Ser amada es tener constantemente un ser en adoración, un esclavo a quien dar los latigazos, sin pensamientos, sin Dios, extático, mudo, inmóvil, con los brazos tendidos en actitud de súplica, sin una protesta, sin una rebeldía.

Y cuando el "Holandés errante" — ahora recordaba cómo le había llamado al conocerlo — se cruzó en su camino, aquella incorregible curiosa se sintió atraída por el picante atractivo de estudiar aquella alma que — decía ella, — tenía algo de luz de luna.

¡Pobre hombrecillo, de rostro asustado y tímido, movimientos torpes y ojos apagados! ¡Qué fácilmente fué arrastrado por la caudalosa corriente! ¡Cómo cobijó sus tristezas bajo el manto flordelisado de aquella soberana! ¡Pájaro que se retrata en el lago, insecto que hace brillar el sol, gota de rocío disuelta en el pétalo de una rosa!

Y después... cuando las vísperas de la boda, una observadora (¿sería acaso un observador?), la preguntaba:

—Pero, ¿le quieres?

—¡Ah! ¿qué importa — dijo ella, — si él me quiere?

¿Amar?... ¿No valía más ser amada?

Y fué amada tristemente, sin explosiones, sin gritos de pasión, sin entusiasmos, amada por un esclavo extático, mudo, inmóvil, a quien ella marcaba con cicatrices.

¿Cuánto tiempo duró aquel drama silencioso y taciturno? Meses... años... ¡qué sabía ella!

Lo que sí sabía es que una mañana, frente a aquel hombre inquieto y sobrecogido, lanzó brutalmentes esta provocación:

—¿Y si te engañase?...

—Te mataría, — contestó él. Y después de un corto silencio, se alejó lentamente.

¡Matarla! ¡Ah! ¡Entonces sí lo amaría, lo adoraría de rodillas, su última mirada sería para él, su postrera palabra, su nombre!... ¡Y la atracción del abismo se apoderó de ella, una atracción contra la que es vano luchar, un vértigo de sentir una sensación exquisita, incomparable, más fuerte que la misma muerte!

¡Matarla! ¡Matarla! Y bien, ¡sí! Por experimentar una vez el deleite supremo de sentirse amada de tal suerte, iría resueltamente al peligro, con la loca alegría de la que acude a la primera cita de amor, como la que espera al amante soñado.

¿Cómo fué? Cínicamente, sin preliminares, sin titubeos, se dejó caer en el fondo de la falta... de la falta que iba a redimirla para el amor.

Y esperó, palpitante, ansiosa, poseída de un goce que cantaba en su ser un himno, esperó el momento supremo, cuando, después de haber trazado con temblorosa mano las dos líneas de un anónimo, vió abrirse aquella puerta y el relámpago de un disparo...

Luego, la sensación de que se le iba la vida, y, como una visión ya casi lejana, la pálida cabeza de un hombre que fijaba en ella sus grandes ojos de felino.

Y cogiendo aquella cabeza entre sus manos, con esfuerzo supremo, la besó febrilmente.

—¡Ah, te adoro!... — murmuró como en un éxtasis.

EL NIÑO

En la calle, a mi alrededor, esta limpia tarde de domingo, juega un niño, demostrando, por sus movimientos, una alegría casi salvaje. Tiene la cara hecha un coral, tal es su loca inquietud. Grita, corre, salta, tumbándose clownescamente...

Hace un momento, con una débil hoja de cartón, fabricó un barquito muy gracioso y lo botó a un gran charco de agua, que había quedado detenida, después de la lluvia de esta tarde. El niño ponía un entusiasmo sin límites en su juego con el barquito de cartón. Lo hacía viajar ¡quién sabe hacia qué países!, por ese tranquilo océano de la calle, empujándolo con una varita de mimbre — motor que le imprimía bruscos movimientos. — Pero el niño, de súbito, como si le hubiera resultado monótono sólo hacer viajar su barco, arrojó lejos la varita de mimbre y cargó a aquél con dos negros puñados de tierra mojada... Un segundo no más, la nave resistió el peso de la carga, y después se hundió silenciosamente en el pequeño mar, apacible bajo el cielo azul...

* * *

Ahora veo que el niño se divierte con un nuevo juego que, si no fuera por el intenso regocijo que experimentara cuando con la débil hoja de cartón fabricó su barquito y lo botó al agua, diría yo que, para él, es el mejor, el más querido de los que ha tenido esta tarde: Del bolsillo de su delantal de brin ha sacado una pequeña flauta de madera pintada, y, sentado en pleno suelo, le arranca gorjeos interminables que, se ve, le arroban el alma. Sopla y sopla en la flauta y cada vez es más claro su gozo... Parece que sueña, porque entorna los ojos y le ilumina la cara una placidez angelical...

¡Hoy es un mundo la felicidad del niño, y ese mundo de felicidad lo constituye sólo esa humilde y minúscula frauta de madera pintada! Yo he pensado entonces, que si de pronto enmudeciera la voz de su instrumento, eso causaría la tragedia más grande de su vida.

¡Niño desconocido que juegas a mi alrededor: yo quisiera que nunca te fueses de mi lado; que estuvieses siempre junto a mí con tus risas, tu flauta y tu barquito de cartón! ¡Contemplando tus juegos; acariciado por tu limpia alegría; oyendo las resoluciones que dicta tu inocencia, el alma se me vuelve una flor, de tranquila y un agua llegando a una boca sedienta, de santa; tengo una nueva voz para decir el nombre de las cosas bellas; oigo una revelación milagrosa que me dice que soy poeta puro!

¡Niño desconocido que andas a mi alrededor: mezclado entre tus juegos, estoy mejor que entre los hombres! El trato con ellos, ¡muchas veces me desintegra; tu deleitosa alegría, me acerca a Dios!

JOSE Ma. OLMOS CARDENAS.

UN PASEO

Por Enrique A. Carrillo

¿Te acuerdas "darling", de Barberini, nuestro profesor de canto? ¿Te acuerdas de su largo sobretodo raído, color café, de sus barbas amarillas e hirsutas, del interminable Cavour que oprimía entre sus negros dientes y de la expresión desolada de su rostro cada vez que, por mortificarlo, tú, la más "taquine" de las mosquitas muertas, emitías una nota falsa? Paréceme verlo, enarcando las espesas cejas, blanqueando los ojos, llevándose a la melena las velludas manazas y exclamando con lastimero acento:

—¡Má va male, signorina, va male, per Dío!

¡Ay, Annie! Al recordar los acontecimientos de la tarde de ayer, al hacer ante ti, con afligida contrición, mi examen de conciencia, yo también tengo la convicción tristísima de haber dado una nota falsa y levantando al cielo mis dos manojos de azucenas, también me digo:

—¡Va male, va muolto male, signorina!

¡Gladys, "per Dío", pon pronto remedio al mal que te amaga, si preciso es, huye vergonzosamente, pero no desafines!

¡Gladys, reprímete, como dicen en una zarzuela, porque estás en camino de cometer un disparate!

¿Cómo ha sido esto? ¿Qué extraño y desconocido agente ha paralizado mi voluntad, ha anestesiado mi energía y me ha impulsado a proceder con el aturdido desvarío de una colegiala? ¡Cómo! ¿Veinte años de experiencia, de viajes, que son "la escuela de la vida", según dice papá, sólo producen ese lamentable resultado? ¡Gladys, en verdad te digo que, a pesar de tu avanzada edad, de tu aplomo, de tu trastienda y de tu ciencia, no eres sino una pava, la más insignificante, la más insípida, la ridícula y la más sosa de las pavitas.

En fin, voy a relatarte los hechos, para que aprecies por ti misma.

Ayer estaba convidada a un paseo en burro, que los jóvenes de Trapisonda ofrecían a las familias del lugar. Con el objeto de asegurar la asistencia de una docena de niñas, se había invitado a cincuenta; y la previsión de los organizadores no resultó fallida, pues ascendió a quince el número de las muchachas.

Mucho me hice rogar para ir, porque, en realidad, días ha que me siento indispuesta con fuertes jaquecas decaimiento general, y una abrumadora sensación de fatiga física. Tanto insistieron mis amigos, sin embargo, que cedí. ¡Desgraciada de la que cede una vez! ¡Plugiera al cielo que me hubiese mantenido en mis trece y no me hubiera movido de la terraza de mi rancho, donde paso las horas de calor, hundida en una mecedora, entre blandos cojines, dormitando a ratos, soñando despierta u hojeando mis "magazines"!

Lucila vino a buscarme a las once de la mañana. Merced a algunas discretas indicaciones mías, en lo que a la indumentaria atañe, la gentil personita de mi nueva amiga se va transformando y embelleciendo con rapidez. ¡Qué bonita estaba ayer, con su vestido de piqué blanco y su sencillo "canotier"! El espejo me advirtió, en cambio, que yo me encontraba algo delgaducha y desmejorada. A la plaza de la iglesia (que era el punto de cita), nos dirigimos, escoltadas por Miss Sparklets, que enarbolaba una enorme sombrilla verde y se hallaba envuelta en un espeso y amplio velo blanco, que la asemejaba a una sacerdotisa de "La Africana". A las doce del día, después de los apretones de manos y los cumplidos de ordenanza, iniciamos el desfile, en animado pelotón, bajo las lenguas de fuego de un sol abrasador.

Rebenque se había ofrecido para escogerme una buena caballería. Según dice, ha conocido tan crecida cantidad de burros en lo que lleva de vida, que el carácter, bastante complejo, por cierto, de esto cuadrúpedos, no presenta para él dificultades ni secretos. Y, en efecto, el borriquito que me designó era un simpático sujeto, de ojillos maliciosos, pequeña estatura y renegrida piel, cuya benignidad nativa no se desmintió un solo instante, y que marchaba con paso lento y aire cogitabundo, rengueando un poco de la mano derecha, por efecto, sin duda, de algún antiguo y mal curado reumatismo. En cambio, el perverso Rebenque hizo montar a la desgraciada Miss Sparklets en un macho bravío de aviesas intenciones, que la arrojó media docena de veces y que se entretuvo en internarse por entre los más agrestes matorrales, a pesar de los gimoteos y aspavientos de la pobre vieja, que nunca se había visto en más duro trance, y cuya desesperación no tuvo límites cuando, al dar una inesperada vuelta de campana, expuso a las burlonas miradas de la sociedad trapisondina los más imponentes juanetes y las más entecas pantorrillas que han contemplado ojos humanos.

A Cardoso le había tocado en suerte un fuerte animal, veloz como una locomotora.

En vano trataba de contenerlo, tirándole vigorosamente del ronzal. Al cabo de poco tiempo, marchaba a la vanguardia, entre Lucila y una de las Eses, y seguido de cerca por Perengánez, que montaba a la inglesa, con polainas de cuero y knickerbockers.

Rebenque se acercó a mi vera y se encargó de darme charla. Gladys — díjome — yo soy el buen amigo, que espera modestamente su turno, que se aleja cuando la discreción lo indica y que se presenta cuando conviene y no importuna. Represente usted para mí, Gladys, un nuevo y seductor aspecto de ese Eterno Femenino, por quien yo profeso fervoroso culto. Usted, como Lucila, como otras cuyas imágenes siempre vívidas conservo en la memoria, significa para mí la encarnación de un ideal avariciosamente acariciado, el fugaz fantasma de la dicha soñada, que pasa al lado mío sonriendo y que yo no trato de coger, temeroso de que sólo quede entre mis manos el polvillo de oro de sus alas efímeras. Pronto, de seguro, emprenderá usted viaje a sus lejanas comarcas de neblina y humo, y entonces ocupará usted en el relicario de mi espíritu, un lugar entre mis melancolías predilectas. Ea, Gladys, la veo a usted tristona y distraída: yo soy el amigo de confianza, cuyos consejos se aprecian y no se siguen. La ruta es larga; nuestros rucios, grandes perezosos, y la soledad del campo nos rodea. Vamos, Gladys, hágame sus confidencias, porque, o mucho me equivoco, o se halla usted en uno de esos peligrosos cuartos de hora en que la voluntad más firme se aniquila y en que, por una loca corazonada, una mujer dispone de su porvenir y de su albedrío.

UN BUEN FISONOMISTA



—¡Caramba..., si es Amelia!...

Inútil fué cuanto dije para convencer a Rebenque de que estaba viendo visiones y de que no había motivo para tener semejante debilidad de mi parte. Oyóme meneando la cabeza, mientras una sonrisa incrédula se dibujaba en sus labios burlones; y como al fin le manifestase que cometía una impertinencia al mezclarse en asuntos que no le concernían, me respondió, con acento de sinceridad que agradezco:

—No insisto, amiga mía. Sólo deploro que atribuya usted a curiosidad indiscreta y ligera lo que es interés afectuoso. Pero, a riesgo de atraerme su enojo, permítame que le dé un postrer consejo. Antes de adoptar cualquier resolución, medite usted mucho. No se deje usted seducir por engañosos mirajes. Considere que, por educación y por raza, pertenece usted a una humanidad distinta de la nuestra; que son muy hondas las simas que nos separan y que sólo un amor muy sólido y muy profundo puede salvarlas. Mañana, cuando desaparezca la perturbadora influencia de un clima enervador y unas costumbres a que no se hallaba usted habituada, podrá parecerle una niñería lo que hoy tal vez se halla a punto de estimar com definitivo e indestructible. Sea usted para todos lo que es para mí en particular: una visión clara y fugitiva, que no se borra con el tiempo de la mente y que, más tarde, en las horas morosas en que el alma se vuelve hacia el pasado, surge de los rincones oscuros de la memoria y alumbra nuestras lobregueces con el destello de su sonrisa.

¡Pobre Rebenque! Sus sanas advertencias llevaban el sello de la sabiduría y así pude comprobarlo demasiado pronto. El almuerzo fué servido en una huerta, a la sombra de un emparrado, y se compuso de una gran cantidad de esos platos criollos, copiosamente condimentados, suculentos y grasos, que aquí tanto agradan, y cuya abundancia exagerada origina, por lo general, esos prematuros desarreglos orgánicos y esa fofa y abogatada inflación que en muchas personas se advierte. Justo es decir, sin embargo, que algunos de ellos tienen grato sabor y atractivo aspecto; y que una "causa" amarilla y jugosa, rodeada de frescas lechugas, salpicadas de negras aceitunas y menudas tajadas de huevo duro y coronada por hermoso ají-rojo, es un manjar exquisito y que grita: ¡cómedme!

Así pareció entenderlo Rebenque, que se instaló a mi diestra y que,

olvidando las sentimentales disquisiciones, impregnadas de melancólica ironía, a que se había entregado durante la caminata, no dió punto de reposo al trinchante e hizo los honores a las viandas con asiduidad y complacencia notorias. Zorobabel, sentado a mi izquierda, se atiborraba en silencio, con aire lánguido y expresión amartelada, a mis bromas respondía con gemebundo acento, que él antes no era así, que había sido muy jovial y decidor; pero que desde hacía poco tiempo... (pausa), desde hacía poco tiempo sentía una tristeza muy grande... (suspiro y caída de ojos) que no sabía si era neurastenia y que yo acaso... (engullendo con desesperación un trozo de camote), que yo acaso tenía en mi poder el remedio para sus males (mirada flechadora, mano en el corazón y trémolo final). Una orquesta de mandolines y guitarras, oculta tras de una cortina de árboles, acompañaba con su exasperante rasqueteo estas cursilerías, que ya mi vecino me había declamado en veinte ocasiones diferentes.

La fatalidad perseguía a Cardoso, a quien correspondió un asiento en la otra extremidad de la mesa. Junto a él, Lucila sonreía, y su rostro, encendido por el calor y por el dedillo de champaña que chispeaba en su copa, ostentaba el alegre resplandor de una alborada. Al verlos charlar animadamente, con cierto abandono afectuoso que por primera vez mostraban, sentí — ¿por qué? — una súbita y punzante contrariedad y un mustio desabrimiento. ¿Por qué, Annie? No quiero, "no quiero" comprenderlo. "It was ridiculous!"

Terminada la merienda, se inició un improvisado baileteo, al que yo me entregué con frenesí, deseosa de aturdirme y olvidar mis preocupaciones. Un vals cadencioso me transporta y embelesa; y cuando en brazos de Pepe Equis, Domingo Enríquez o Rafaelito Vista-Alegre, me lanzo en el torbellino de la danza, saboreo una embriaguez divina y siento que, nuevo Mercurio, en las plantas me brotan alas.

Cuando emprendimos el regreso a Trapisonda, la paz y el suave encanto del crepúsculo descendían sobre los campos y los corazones. Entre sanguinolentos arrebatos, el sol agonizaba y se hundía en las ondas azules del Océano. La tristeza infinita de las horas que huyen se infiltraba en el espíritu, sobrecogido ante el inefable desfallecimiento de la luz y el misterio cercano de la noche. El cielo era de un límpido color de violetas, y sobre él se deslizaban, con ondulaciones vagorosas, nubes que el Poniente teñía de matices varios y cambiantes. Como una góndola de oro, bogaba una, agitando triunfalmente su velamen purpúreo. Otras, pequeñas y apiñadas, ascendían con sosegado vuelo, desde el ensombrecido horizonte hacia el cenit, como una bandada de ilusiones que van a realizarse. Otra, transparente y albísima, semejaba un velo de desposada. Una más, redonda y encendida, parecía un flotante bouquet de rosas. De tiempo en tiempo, como en un paisaje japonés, una negra golondrina describía una inmensa zeta en el espacio. De pronto, faro de amor, milagro de belleza, presagio de ventura, emergió Venus en la celeste altitud y desató sobre nosotros sus hebras de oro flúido y tembloroso. Y tras de ella, las demás estrellas, vírgenes pensativas, asomaron una a una a sus ventanas y posaron sobre el Universo su mirada dulcísima. ¡Oh calma vespertina, cuán sutil y delicioso es el veneno que derramas! En la atmósfera demasiado cálida, henchida de aromas demasiado intensos, mi alma era una pira ardiente, que elevaba como un clamor su llama solitaria.

El más caprichoso de los seres es el burro. ¿Pues no se le antojó al que yo cabalgaba, sanar como por ensalmo de su reumatismo y darse a correr por esos prados con agilidad de cabra? Sólo se tranquilizó cuando se ajuntó al de Cardoso, con el que a las claras simpatizaba. Con trotecillo travieso, pusiéronse ambos a la vanguardia y en breve tiempo quedó muy atrás el resto de la comitiva. Miss Sparklets, que ejerce en la actualidad sobre mí una vigilancia que ya me irrita, me llamó con insistencia ,agitando su sombrilla verde. Luego, la perdimos de vista.

Durante largo rato, Cardoso y yo marchamos en silencio. Yo había acumulado un sordo rencor contra él. ¡No haberse acercado a mí en todo el día! No, no eran celos: tengo demasiado orgullo para ser celosa. Pero sus coqueterías con Lucila me desagradaban.

Al fin, rompiendo un mutismo que se hacía embarazoso, formuló él no sé qué observación absurda, y al punto mi resentimiento se desvaneció, trocándose en una repentina necesidad de confianza y de amistosas efusiones. Cediendo a ella, le relaté mi existencia toda, más aventurera que la de una encomienda postal. Evoqué los recuerdos de la niñez (sin referirme a Jim, sin embargo), y todas esas lejanas remembranzas, que ornan y engalanan las soledades del pasado. Le hablé de Violett, la hermanita rubia que voló a regiones más puras, desde donde me contemplaba sonriente, saludándome con el batir de sus alitas blancas. También le hablé mucho de tí, la otra hermanita, la hermana de elección, que por la ternura me dirige y por la sumisión me domina. Le dije cuáles eran los defectos de esta sociedad en que vivo, que más me extrañan y me chocan, y cómo, a pesar de todo, ella había influído en mi espíritu, abriéndole nuevas perspectivas y descubriéndole ignorados modos de sentir y de juzgar. Y él, a su vez, me contó su infancia sin goces, en el internado de un colegio, entre compañeros toscos y vulgares, que se mofaban de su distinción nativa y que se vengaban con mil mortificantes triquiñuelas de los triunfos escolares que alcanzaba. Después, sólidamente preparado, había descollado con prontitud entre los miembros de su generación y, atraído por los lauros de la diplomacia y la política, se había especializado en esos ramos, conquistando posición importante y espectable.

Entretanto, había caído la noche, y el silencio volvió a sellar nuestros labios. ¡Cuántas cosas, sin embargo, se decían nuestras almas!...

Y aquí viene mi crimen, Annie, mi crimen gordo, que tú sola vas a conocer. ¡Cómo se resiste mi pluma y cuán subido rubor pinta mis mejillas y cómo me laten las sienes! Baja la pantalla, Annie, cuando leas esta página, y pon boca abajo mi retrato, que de fijo está sobre tu mesa. ¡Cataplún! ¡Allá va eso!

Con una rama arrancada de un arbusto fustigaba yo a mi asno. Cardoso, jugando, sin duda (no Gladys, no, no fué jugando), cogió el otro extremo de la rama, y así seguimos durante un tiempo. Luego... luego su mano avanzó algunos centímetros y rozó la mía. Y transcurrió otro rato. Y por fin, la mano atrevida se posó sobre la mía y la presionó suavemente. ¿Por qué no protesté? ¿Por qué no me aparté? ¿Por qué mi voluntad se aniquiló de súbito? ¿Será hipnotizador Cardoso? ¿Y por qué, sobre todo, al sentir esa presión extraña, un bienestar doloroso, — ¿comprendes? — me embargaba a tal punto que yo misma sentía los latidos de mi propio corazón? ¡Oh, qué traidora es una noche de estío y qué débil el ánimo de una mujer! Nada recuerdo de esos minutos inolvidables (no te rías, no hay contradicción en esto). Sólo sé que las estrellas me parecían más grandes. ¡Cuán triste resonaba, en la espesura, el humilde y monótono gemir de los grillos! El viento y el follaje sostenían grave y pausado coloquio. Una hoja, tostada y retorcida por el sol, se desprendió de un árbol y me besó en la nuca, causándome un gran calofrío. El lejano tañido de una campana me hizo pensar en la muerte. Y la mano imperiosa, segura ya de su dominio, oprimía la mía de tal modo, que no sabía yo si ella era la mía o si la mía era ella. Las luces de la ciudad se acercaban. En un huerto ladraron unos perros. ¡Centinela alertaa! — gritó una sombra en el torreón adusto. Un tranvía pasó, que casi nos atropella. ¡Trapisonda! La mano se retiró y un hondo suspiro — que no fué mío — se deshizo en el aire.

En la puerta de mi casa nos despedimos. ¡Qué descontenta estaba de mí misma! A Cardoso le hice una fría reverencia. Lucila, más pálida que nunca, puso en mi rostro un ósculo glacial. Rebenque me lanzó, a través de su monóculo, una mirada inquisitiva. ¡Impertinente!

Miss Sparklets me siguió regañando entre dientes. A mamá, que me pedía noticias del paseo, le contesté de mala manera, y como ella me observase de que eso era "very unkind", estallé en sollozos.

¡Yo, que no lloro sino cuando me conviene! Sin pronunciar las buenas noches, subí a mi aposento, dí vuelta a la llave y me tendí en la "chaise longue".

No he podido dormir. Por la ventana entreabierta divisaba el mar sombrío lleno de lamentos y de rugidos, y el malecón solitario, por el que un solo hombre ha paseado sin descanso hasta altas horas de la noche.

Hoy no he bajado al comedor. ¡Tengo una jaqueca horrible! Toc, toc, toc.

Alguien llama a mi puerta:

—Gladys, "little" Gladys, ¿quieres un poco de tisana?

Es mamá. ¡Qué inflexiones tan melodiosas tiene la voz de la madre!

—No, viejecita, no quiero nada. Ya estoy mejor. Déjame dormir un rato.

Y ahora, Annie, dime lo que debo hacer. Dentro de mí, todo está oscuro... ¡Annie, sabia Annie, experta Annie, provecta Annie, aleccióname, aconséjame, ilumíname! Y si acaso mi flaca voluntad se doblega y mi blanca mano se tiende de nuevo, para ligarse a "la otra" por la vida, entonces, amiga incomparable, surge ante mí, como en los cuentos de hadas, exclamando: "¿Quo vadis, Gladys?"

"¿Quo vadis?" Por de pronto, a tomarme una oblea de antipirina, porque una legión de ratones me rebulle en el cerebro y me roe el adarme de sesos que me queda.

Tu infortunada.

GLADYS.

¡Con igual moneda!...

(Para mi distinguido amigo D. Pedro Cabral Esteves).

Ante la villanía de aquel hijo—
Que halagarle debió con regocijo
Y tenderle, solícito, la mano,—
En vez de atribularse, el pobre anciano
Se irguió y, en tono reposado, dijo:

"De la ruindad de su alma es fiel reflejo
"Su ingratitud, que me dejó perplejo...
"Será infeliz por su perfidia innata:
"¡Si llegase a ser padre, cuando viejo,
"Le tratarán como él a mí me trata!"

R. DE ITURRIAGA Y LÓPEZ.

La tortura de Satuncho

Por Arturo Alezzandrini

A la señorita Rosa Romeu, mi primer maestra, aquella diminuta mujercita que, pacientemente, cariñosamente, me inició en los balbuceos del alfabeto; con la más profunda admiración por su obra silenciosa, abnegada y noble de educadora, le dedico este cuento.

Satuncho era conocido en la comarca del valle Fronda, por el apodo "El Tristón". La gentes del lugar habían rebautizado al mozo con tal pseudónimo, ateniéndose al temperamiento apático, o, para mejor decir, displicente de aquel curioso personaje.

A veces era pasto del comentario de los lugareños. Se discutía socarronamente su modalidad:

—Es un pobre diablo — expresaba uno.

—Es un buen hombre — corregía otro.

—Inofensivo, inofensivo — solemnizaba alguien.

—Téngase cuidado de estos desconocidos — repetía el párroco.

Es bueno hacer notar que para aquel párroco carilargo, pelirrojo y ventrudo, eran desconocidos todos aquellos que le habían negado la oportunidad de dejarse disecar sus historias íntimas.

Bien; ¿qué ocurría, entonces, en el mundo interior de Satuncho para que la vecindad lo hiciera víctima de sus chanzas y pazguaterías? ¿Qué recóndita luz comunicaba a sus pupilas aquel brillo enigmático, aquel fulgor inquieto de llama fátua? ¿Qué misterio era aquel que cobijaba detrás de su eterno silencio? Un silencio curioso — si los hay — puesto que no era el grave de los trágicos, ni el estertórico de los agonizantes, ni el hierático de los potentados, ni aún el natural de los mudos. La voz de Satuncho era poco conocida por aquellas gentes; en cambio, en todos palpitaba el recuerdo de su mirada serena y sugestiva a un tiempo, como un rayo de una, penetrante, además, como un estiletazo.

Sabíase de él, sin embargo, lo muy poco que habría leído en su vida, tan poco que apenas si podía deletrear las leyendas de letras enormes que servían para anunciar industrias en los carteles de la estación, pero llamaba la atención la originalidad de alguna que otra reflexión que se le había oído.

Vivía Satuncho en una pocilga de lotas herrumbrosas que asimilaba sol y aguas pluviales por los innumerables agujeros. La vivienda, incrustada en un baldío del andurrial norte del villorrio, en los días soleados tomaba el aspecto de una monumental caja de cobre, cuya brillantez reflejada ofendía a veces las retinas.

Satuncho ganábase el sustento transportando a domicilio los equipajes y encomiendas que traía el tren, una vez por día. Terminada su breve misión se metía en la cabaña, ubicábase frente a un agujero y perdía las horas observando el plano silente de los campos, cercados allá, en el confín, por las faldas feraces de las sierras. Luego cambiaba de lugar y, en la misma forma, escudriñaba los ires y venires de los habitantes del pueblo: chiquillos, adultos, ancianos. Nada ni nadie escaba a sus ojos de lince.

¿Qué era aquel hombre: un filósofo, un decepcionado, un penitente, un simple haragán, un perseguido por la ley o un histérico vulgar?

Nadie sabía nada sobre ello, a no ser que el tren la había abandonado en el andén, como si fuera valija, una cosa cualquiera. Ni mal ni bien vestido, con indumentaria humilde, con rostro de resignación. De ahí en adelante Satuncho fué a sumar un morador más en aquel medio ambiente hosco y hermético de gente de aldea.

Los días corrieron invariables, monótonos, ventiscos unos, apacibles y claros los otros. Erase aquel un domingo, un domingo de pueblo, bullanguero y pintoresco. El verano imbuía en las cosas el influjo de su calentura secular, dorando los pastos, enervando a los ganados, agrietando los caminos polvorientos que se internaban en el poblado, por direcciones indistintas, a manera de tentáculos deformes e inmóviles. Satuncho decidióse entonces a recorrer los prados afiebrados, como lo hacía en los días de fiesta, huyendo, quizá, del alborozo con que los chicuelos festejaban el día en que no "había escuela", de las mozas ataviadas con sus mejores percales, de los motivos, siempre invariables, de las acordeones de los vecinos y de los canes que se contagiaban rompiendo a ladrar unos, a aullar los otros. Caminada lentamente, luego de un rato se detuvo, miró el cielo diáfano, suspiró con cierta amargura y rompió, por fin, el mutismo de su garganta:

—Mangacha, Mangacha, ahora que nadie me oye, más que ese gran amigo azul, que ese cielo bueno y estas pobres matas moribundas, borrachas de sol; ahora puedo gritarte con toda mi rabia: Perra, mala mujer, todavía te llevo clavada en mi pecho, como una maldición. ¿Porqué me atormentas si ya no te quiero? ¿Qué es esta angustia? ¿Donde nace? Ni el agua que corre por las faldas con saltos de corzuelas, ni el bullicio de los pájaros, ni al mansedumbre de las majadas, ni el silencio de los campos, ni la vida del pueblo, ni nada en el mundo me hace olvidarte... aunque ya no te quiera. Lo sé, lo sé; no te quiero por que ya no te recuerdo con amor, sino con dolor porque eres mi sombra y no mi luz, porque sufro, porque ahora recuerdo solo tu carne, tus piernas, tus caderas, tu vientre, recuerdo eso, tu pobre y miserable carne. Ya no pienso más en tus ojos, ni en tu modo de ser, ni en tu risa, ni en tus gestos... por eso no te quiero... pero estoy apenado. ¡Cosa rara!.

Así era, Santucho ya no amaba a la Mangacha de sus lamentaciones; no, la deseaba. Ví ese huerfano de placeres carnales, como sabía ofrecerselos aquella mujer, y era este el motivo de su tiranía íntima. Era este el tonto, el torpe motivo de su extraña modalidad.

Bien es cierto que la había querido. Mangacha fué para él la primer mujer, podría decirse la única. La había conquistado a base de sacrificios y jugándose la vida en lucha leal, en dos ocasiones, disputándosela a otros tantos pretendientes. Nunca se supo cómo y porqué apareció muerto Solano Suárez, en el bajo de los Talas, y fué otro misterio la muerte de Ceferino Rueda, en el camino de la "pulpería" del "gringo" Spaventa. A los dos cadáveres se les encontró con cuchillo empuñado, por lo que se supusieron, los hechos, consecuencias de los llamados duelos criollos. La verdad era que Santucho sabía defender con el mismo arrojo y lealtad que los caballeros de la edad romántica. Vivieron juntos algunos años, trabajando en un puesto de la cabaña "Los Tamarindos", de don Santos Marañon. Un día llegó a la cabaña el niño Alberto, flamante doctorado en derecho, en la Capital, quien iba a tomarse unas breves vacaciones. Para festejar el acontecimiento, don Santos juzgó oportuno la realización de una fiestita. Invitó a los conocidos y también la peonada dió sus vueltas en el patio de la casa solariega. Allí conoció a Mangacha el niño Alberto. Los ojos garzos, la boca fresca, el cuerpo armónico, sinuoso, flexible, la belleza agreste, el donaire invitante de aquella mujer bonitilla y tropical interesaron al joven abogado. Lo demás es fácil de suponer. Santucho se enteró, al cabo, de la traición de su Mangacha. Quiso matar a los dos... pero ellos no sabían pelear... no sabrían defenderse. ¡Oh, si ese niño Alberto hubiera sido capaz de pulsar un cuchillo! Pero qué... y el no era un asesino. ¿Qué hacer? Por último resolvió alejarse para siempre de aquellos lugares, asqueado, vencido sin haber luchado. Y allí quedó su alma, entre las cuatro paredes de la choza, donde había vivido unos años, como las tórtolas en la apacibilidad de los montes.

Continuó vagando el torturado, hasta tropezar con una osamenta pútrida, mal oliente y repugnante en la cual los gusanos y las aves rapaces dábanse un banquete pantagruélico. Algunos cuervos y caranchos, recelosos, graznaron al inoportuno y volaron para posarse a poca distancia. Satuncho se detuvo. Aquél espectáculo ingrato en la soledad, le impresionó. Sus meditaciones sobre la carne frente a esa otra carne avivaron los resortes de su filosofía mental. Su rostro comprimió una mueca incierta. Al cabo de una prolongada y muda expectación la escena hízole sonreir torpemenete.

—¿Y esto es lo que hace sufrir? ¿Eso es la carne?... Una cosa que termina pudriéndose.... y que todos se la disputan, primero los hombres, después los gusanos...

¡Vaya una guarangada más grande!.

Satuncho se volvió. Su andar era ligero. Su faz perdió la gravedad que la caracterizaba, sus ojos perdieron la brillantez enigmática y los labios se le crisparon para vomitar un silbido caótico, interminable, de una musicalidad improvisada; mientras continuaba presuroso camino al pueblo, donde los acordeones de los vecinos y los canes formaban el concierto de siempre.

CREPÚSCULO

Huye el día. La sombra de la noche
acaricia a la tarde que declina.
Las rosas, del rosal de mi vecina,
exhalan su perfume con derroche.

El viento se ha dormido entre las flores.
Una estrella titila inmensamente,
y del día que expira dulcemente
mitiga una fontana los ardores.

Los pájaros retornan a sus nidos.
Las campanas modulan sus tañidos
en medio de la villa solitaria.

Y allá, junto al arroyo que reposa,
se levanta la luna majestuosa,
entre verso, entre canto, entre plegaria...

ENRIQUE S. MIGLIORELLI.

Música

Editado por la casa Alfredo Perrotti, hemos recibido un bonito shimmy para piano, titulado "*Cacheuta*", obra original del compositor Alfonso Amato.

Dadas las características de la composición musical que nos ocupa, es indudable que obtendrá gran aceptación entre los cultivadores del género, puesto que puede considerarse como una feliz producción llamada a figurar junto a las piezas que han obtenido más boga en el repertorio de esta índole.

El pacto de suicidio de los esposos Royce-Garrett

Aún se recuerda con terror la macabra manera como puso fin a su vida la baronesa Sofía Royce Garrett, quien para cumplir sus designios se arrojó al vacío desde la cima del Hotel Everglades de Miami, que es un edificio que tiene la friolera de 20 pisos. Estremecida aún la ciudad por hecho tan espeluznante, se descubrió al día siguiente de la tragedia, que el barón Royce Garrett, esposo de la suicida, se encontraba entre la vida y la muerte, porque instantes después de cumplida la determinación de su esposa, él había intentado ahorcarse, no habiéndolo logrado gracias a la rapidísima intervención de unos huéspedes del aristocrático hotel.

Las pactos de mutuo suicidio, entre personas que se quieren, aunque no es cosa muy común, no por eso dejan de acontecer, siendo un estado de morbosidad que se califica como uno de los más extraños e incomprensibles.

Cuando menos, desde hace siete años, la mayoría de la policía mundial, no registraba en sus archivos un caso similar al presente, no obstante de que a causa de las tristes condiciones por que atraviesa en los momentos actuales la humanidad, el suicidio es uno de los recursos más comunes para librarse de tanta miseria y dolor como en nuestros días agobia a los hombres. Y si raro es el hecho, en el supuesto de personas desdichadas, más raro es en el matrimonio Royce-Garrett, que estaba formado por dos esposos felices, ricos, jóvenes y llenos de capacidades para luchar con todo éxito en la vida.

Sofía, una de las víctimas de la revolución rusa, nunca llegó a verse en el estado de muchas de sus amigas y camaradas de la nobleza moscovita, que radicadas hoy en París, han tenido que dedicarse a sirvientas y otros oficios humildes para poder subsistir.

El pacto trágico-romántico de los esposos, para poner fin a sus vidas, no ha podido ser comprendido sino hasta el momento en que el barón agonizante ha explicado como él se originó en medio del terror de las macabras escenas de la revolución rusa. Para el matrimonio, con el derrumbe de Rusia venía el derrumbe del mundo, pues según ellos, en Moscovia todo está por hoy arruinado y destruído. De consiguiente, la vida resultaba tan inútil que mejor era abandonarla. Fué entonces que celebraron su convenio para suicidarse simultáneamente, a los siete años de la fecha del acuerdo.

En 1917, la baronesa que era la hija única de una antigua, adinerada y aristocrática familia de San Petersburgo, debutó en la escena con el nombre de Vera Lavrona, triunfando en el papel de Lakme en la Opera Imperial de la capital del reino de los zares. Fué la hora más brillante y feliz de su vida. Una nueva gran estrella había aparecido en el cielo del arte, pero nadie se dió cuenta de ello, porque en esos momentos todos los ojos estaban vueltos hacia un incendio formidable e inesperado que acaba de estallar: la revolución.

¿Quién iba a preocuparse del arte cuando las turbas se desbordaban amenazantes por las calles de Moscú y Petrogrado? Vera, con sus padres esperaba de un momento a otro ver la mano fuerte de la autoridad que pusiera fin a los motines. Pero, por el contrario, el populacho se organizó y comenzó a entregarse al asesinato y al saqueo sin que nadie fuera capaz de controlarlo.

No sólo la nobleza y los oficiales del zar en aquellos días, eran calificados de aristócratas, sino todo aquel que disfrutara de riquezas o situación destacada, lo cual era razón suficiente para condenarlo a la pena capital. La fortuna de Vera y su familia desapareció bien pronto entre las garras de los foragidos. Y pobres, desamparados y perseguidos esperaban huír de la ciudad cuando los bolcheviquis hicieron irrupción en el hogar, asesinando ante sus ojos a una de las sirvientas. Felizmente, el padre de Vera estaba ausente, por lo que madre e hija fueron llevadas ante el tribunal popular.

Para salvar la vida de su padre, Vera tuvo que improvisar un enternecedor discurso; pero más que sus palabras y el relato de su limpia vida, lo que le valió, fué su hermosura y juventud. Sin embargo, no pudo escapar a una prueba terrible. Uno de los miembros del tribunal que había leído la historia de la Revolución Francesa, recordó a sus camaradas el caso de la hija del marqués de Sonbreuil, la cual fué obligada, para probar su lealtad a la causa triunfante, a beber una copa de sangre caliente de aristócrata. Los camaradas aclamaron tan brillante idea y quedó decidido que Vera debía probar en el mismo sentido de la joven francesa.

Tres horas tuvo que esperar Vera para poder someterse al terrible suplicio. Tres horas que fueron una agonía sin nombre, hasta que al fin, un desarropado bolchevique le presentó la temida copa repleta de sangre tibia: la sangre de un noble que acababa de ser asesinado. El padre de Vera, de sólo contemplar el espectáculo, se sintió gravemente enfermo; pero la muchacha, dando muestras de un gran amor paternal, no vaciló, y apuró el rojo contenido. Inmediatamente, en medio de las más frenéticas manifestaciones de entusiasmo, fué puesta la familia en libertad.

Aquella misma noche durmieron en las afueras de la ciudad, aunque siempre estrechamente vigilados por los espías. Al día siguiente pudieron escapar de la región yendo su padre a enrolarse al primer ejército blanco que se estaba formando para combatir a los rojos. Vera ingresó a un hospital de sangre, comenzando desde entonces su vida de romanticismo y tragedia.

Al aparecer un día Vera en un hospital para dar un concierto a los heridos, supo que un paciente de alta alcurnia, que debía sufrir una seria operación, había expresado su deseo de oírla cantar. El nombre no le era desconocido, se trataba del poderoso Barón Michael Royce-Garrett, muy conocido antes de la revolución por su destacada situación, y después de ella, por sus notables hazañas y su valentía inaudita que lo habían convertido en un casi héroe.

Vera consintió en cantar en presencia de aquel hombre, porque consideró una obra de caridad el acceder a la solicitación de un moribundo. Su estado era tan grave, que nadie creía que pudiera terminar la operación con vida. Sin embargo, y con gran asombro de todos, el barón soportó 16 intervenciones quirúrgicas más, que fueron necesarias para sacarlo de entre las garras de la gangrena que la estaba devorando.

En el trascurso de esas 16 intervenciones fué que Vera y el Barón iniciaron sus relaciones amorosas. Pero la situación del momento era tan complicada que era imposible adoptar medida decisiva alguna. La resolución vino a base de genuinas supersticiones rusas, es decir, a base de la teoría moscovita, de que la mala suerte se disipa forzosamente en un período de siete años.

Se casarían y esperarían el plazo aludido. Si las cosas cambiaban, si ambos volvían a su antiguo esplendor, rescataban sus riquezas y su posición social, y si su patria se restauraba, continuarían viviendo hasta el fin natural de sus días; si no sucedía lo deseado, se suicidarían simultáneamente.

"El éxito en siete años o la muerte" fué el mutuo juramento a la hora de casarse; juramento que pronunciaron cuando se celebraba el matrimonio según el ritual de la iglesia ortodoxa rusa.

Y comenzó desde ese instante la gran partida entre el matrimonio y la muerte, cada día más sensacional puesto que la muerte jamás dejó de tomar posesiones estraté-

UN BUEN ALMA



El.—¡Cuánto siento que no esté mi mujer aquí, para que pudiera ver por ella misma el amable recibimiento que me hacen ustedes!...

MAXIMA

Nunca digas que has perdido alguna cosa, sino siempre dí que la has restituído. Cuando tu hijo o tu mujer murieren, no digas que has perdido a tu hijo o a tu mujer, sino que los has restituído a quien te los había dado. Pero cuando se nos haya quitado alguna heredad, ¿habremos de decir también que la hemos restituído? Puede ser que pienses que no, porque el que te ha despojado de ella es un hombre malvado, como si a tí te tocara, por cuya mano vuelve tu posesión a quien te la dió. Por lo cual conviene que mientras la tienes a tu disposición, la tengas por extraña, no haciendo más caso de ella que el caminante hace de las posadas en que se aloja.

EPICTETO.

gicas, en el tablero del destino, para el jaque-mate final. Conocemos todos con más o menos certeza y detallismo la condición en que ha quedado la nobleza rusa y la indiscutida imposibilidad del restablecimiento de la monarquía en la tierra de los zares. Desde que los últimos fragmentos de los ejércitos blancos se retiraron a Crimea y en esa península fueron absolutamente aniquilados, toda esperanza para la nobleza moscovita se disipó para siempre. Y entre esos fragmentos se encontraban el padre de Vera, su esposo y madre. El padre pereció en la lucha y la madre a consecuencia de una epidemia. El matrimonio pudo escapar penosamente, después de haber afrontado los peligros más espeluznantes.

La etapa final se ha desarrollado en Estados Unidos, en Florida, en la ciudad de Miami, recientemente destruída por un espantoso ciclón. El matrimonio sufrió la pérdida de cuanto le restaba y lo que es más, el único hijo que tenían, pereció en la catástrofe. El hecho ocurrió a los siete años exactos del convenio, y según las supersticiones rusas, las decisiones de la suerte no podían ser más claras: el último mate de la muerte se mantenía firmemente definido en el tablero del ajedrez de sus vidas.

El barón se encontraba en el club, donde según posterior declaración concurría por última vez. Esa noche debía suicidarse con su esposa. Pero ésta violó el pacto y se adelantó. Cuando se hallaba jugando al billar, vió en grandes caracteres en la primera página de la edición vespertina de un diario, la noticia de que una señora que aún no había sido identificada, acababa de arrojarse desde la cima del hotel Everglades que tiene 20 pisos. El barón continuó jugando impasible, con la seguridad absoluta de que su mujer acababa de adelantársele.

Ya de noche, muy serenamente se puso a vagar por el bosque que circunda a la ciudad en busca de un árbol apropiado para dar cumplimiento a su compromiso. En un sitio oscuro, apartado y tétrico encontró lo que deseaba, procediendo inmediatamente a colgarse de la rama que en su concepto ofrecía mayor resistencia. Al colgarse, se colocó un papel en el pecho que decía: "Como hemos vivido, así morimos; juntos y felices".

Después de un lucha tenaz con la muerte, el barón al fin ha salvado la vida. Llevado ante el tribunal, fué absuelto de culpabilidad por el suicidio de su esposa; pero al tratarse de su delito, por atentar contra su vida, hubo enorme divergencia entre los miembros encargados de sentenciarlo.

Por fin, imperando más la piedad que la dureza de la letra escrita, se le condenó a que empeñara su palabra de honor de que no atentaría contra su vida. El barón recapacitó. Sin fortuna, sin esperanza de recobrarla ni de recobrar su pasado esplendor, sin hijo, si esposa y con la grave deuda moral contraída con la muerta, de partir de este valle simultáneamente con ella, el barón quedó anonadado ante la petición que se le formulaba, y sólo atinó a decir en medio de la enorme confusión que lo agobiaba: "Pero qué haré si me quedo en este mundo?

El vino de los feligreses.

En muchos pueblos de Francia subsiste la costumbre de ofrecer a los párrocos y a los sacristanes, con ocasión de la Pascua, huevos, bollos y otros presentes por el estilo.

En 1922, el cura de un pueblecito del Mediodía tuvo la idea de resucitar la antigua costumbre de la ofrenda del vino. Después de anunciárselo a sus feligreses, hizo llevar de puerta en puerta un tonel. El tonel, como en los viejos tiempos, iba en un carro engalanado, tirado por bueyes.

La cosecha fué óptima. El carro se detenía ante todas las casas, y cada feligrés echaba en la barrica un litro o dos de su mejor vino.

Lleno el tonel, volvió a casa del cura. Se le llevó a la bodega, y se le dejó reposar.

Algunos días después, el párroco, agradecido, convidó a su parroquia.

—Quiero que probéis mi vino, el vino hecho con toda la mezcla de todos los vuestros.

Bajó con los feligreses a la bodega, acercó un jarro a la espita, y ante el estupor de todos se reprodujo el milagro de las bodas de Canaán, sólo que al revés. En el vaso que cada cual sostenía, fué vertiendo el cura un chorro de limpia e insípida agua.

¿Qué había ocurrido?

Los feligreses se miraron unos a otros, y la verdad no tardó en saberse.

Cada uno de ellos, ante el tonel del párroco, había tenido la misma idea y se había hecho el mismo razonamiento: "Entre cien litros, lo menos, de vino, no hay quien note un litro de agua".

Pero como ni uno solo dejó de pensar así y de proceder con arreglo a su pensamiento, entre todos prepararon para el párroco aquel "delicioso licor" de que el tonel estaba lleno.

Descarrila una locomotora y se detiene ante una cuna.

En los alrededores de Brindisi, la locomotora de un tren descarriló cerca de la casa de un guardaagujas.

Tres coches de viajeros, arrastrados en el descarrilamiento volcaron. Resultó muerto un viajero y otros diez y siete, heridos graves.

La locomotora, rotos los enganches, continuó su camino y se precipitó sobre la casa del guardaagujas, derribando un muro, y no se detuvo hasta la alcoba, a algunos centímetros de una cuna, donde dormían plácidamente los tres hijos del empleado, que de esta manera se libraron milagrosamente de una muerte espantosa.

VENCIDOS

Del próximo libro "Rutas de Ensueño".

Tanto se odiaban los dos
Con rencor de muerte lleno
Que olvidándose de Dios
y de la ley caballera
Al calarse la visera
Su moharra bañó en veneno
El uno, y el otr en pos
La bañó en ponzoña y cieno.

Al golpe de rudo embate
Ambos caen desarzonados
Y de atroz lanzada heridos:
Los corceles espantados
Huyen, mientras doloridos
Sienten los dos caballeros
Derribados en la arena
Que una garra de la muerte
Se introduce en cada vena.

Dice el uno—pues yo muero
Te salvaré soy cristiano:—
Se le acerca y al veneno
Sangrante su boca vuelve;
Sorbe y devuelve la sangre
Por ver si salva al hermano
Sorbe sangre y la devuelve.
—También soy cristiano yo
Su rival clama, y aun riñen
Pero de amor, pues que tiñen
Ambos su afiebrada boca
Con sangre del adversario
Que envenenó la pasión,
En la excelsa emulación
Que un amor tardo provoca
Para salvar al contrario.

Dos cadáveres se hallaron,
Dos caballeros tendidos
Cuyos costados heridos
Ardiente sangre manaban,
Y uno y otro aún se besaban
Los dos del amor vencidos.

ALFONSO DURAN.

El caballo y el cerdo

Tomaba un cerdo el sol, en un hediondo estercolero, cuando acertó a pasar cerca de allí un caballo enjaezado para la guerra. Marchaba el alazán golpeando impaciente el suelo y henchido de orgullo. El cerdo levantó la cabeza y díjole con gruñona socarronería:

—Sólo un loco como tú puede alegrarse de caminar en busca de la muerte.

El caballo paróse y replicó con el más profundo desprecio:

—Tienes razón que es una locura el caminar a la muerte; por eso me da lástima que te engorden para ser degollado. Pero, muerte por muerte, tras de la mía puede quedar un nombre glorioso; tras de la tuya no queda más que un poco de tocino.

Matrimonio difícil

Por Gastón Vincernnes

Hace seis meses, Constantino Tinople leyó en un diario el siguiente anuncio:

"Viuda distinguida, sin hijos, doce mil francos de renta, treinta y dos años, agraciada, desea matrimonio con caballero distinguido, de cuarenta a cincuenta años, parecida situación económica. Dirijirse a las iniciales A. B. C. Oficina 68 bis. París"

—¡Mi ideal! — exclamó encantado —. Voy a ponerme enseguida en relación con la viudita. No dejemos escapar esta ocasión.

Y en el mismo diario, Constantino Tinople, hizo publicar el siguiente anuncio, que la joven viudita leyó con alegría:

"Caballero, cuarenta y dos años, buena presencia, veinte mil francos de renta, desea matrimonio con viuda distinguida, sin hijos, parecida situación económica. Dirigirse a P. P. T. Oficinas del periódico".

—¡Esto es lo que yo quiero! — exclamó la viuda —. Voy a escribirle enseguida, no sea que no haya leído mi anuncio.

Y el mismo día y a la misma hora, aquellas dos almas gemelas se apresuraron a expresar en un pliego perfumado la delicadeza de sus pensamientos, la belleza de sus sentimientos, la pureza de sus intenciones y el refinamiento de su inteligencia.

La carta que recibió al día siguiente Constantino terminaba así:

"...Quedamos, querido señor, en que le espero en mi casa el jueves de la semana próxima, de dos a cuatro, calle de Aumale, 128. En vez de A. B. C., pregunte usted a la portera por Elena Parmentier. Su alma hermana, *Elena*".

Y la carta que recibía al mismo tiempo la bella y tierna Elena terminaba así:

"...Quedamos, distinguida señora, en que la aguardo en mi casa el jueves de la semana próxima de dos a cuatro, calle del Tobiac, 1 a la misma hora. Voy a escribirle dijo:

Este último, después de haber leído con el mayor interés la carta de la viudita, dijo:

—¡Caramba! es la persona que he citado el jueves en mi casa y

—¡Caramba! Es precisamente el mismo a quien escribí ayer. Por lo visto había leído mi anuncio.

ahora mismo previniéndole que estoy a su disposición y que, en vez de aguardarla aquí, la iré a visitar a su casa, como me dice en su amable invitación. Será más galante y... ¡quién sabe!...

Elena, por su parte, después de haber leído con el mayor interés la carta de Constantino Tinople, ¡Qué coincidencia! Pero tengo que escribirle inmediatamente previniéndole que iré a verlo a su casa.

Y el mismo día, a la misma hora, las dos almas hermanas, se apresuraron a escribirse para aceptar su recíproca invitación.

La carta que recibió Constantino, loco de alegría, al día siguiente, terminaba así:

"No se moleste usted, pues, amable caballero; tendré un verdadero gusto en ir a su casa el jueves, aceptando su amable invitación. Y esperando impaciente el momento de conocerle, etc., etc., *Elena*"

La carta que recibió Elena, loca de júbilo, al día siguiente, terminaba así:

bis. En vez de P. P. T., pregunte usted a la portera por Constantino Tinople. Su alma hermana, *Constantino*"

"No se moleste usted, pues, distinguida amiga; tendré un verdadero placer en ir a su casa el jueves, aceptando su amable invitación. Y esperando impaciente el momento de conocerla, etc., etc., *Constantino*".

Constantino y Elena se hicieron entonces la misma reflexión al recibir la carta que a cada cual iba destinada.

¡Y yo que le he dicho que iré a su casa! — se dijo él.

—¡Y porqué le he dicho que iré a su casa! — se dijo ella.

Y como en cuestión de guardar las conveniencias sociales eran ambos muy meticulosos, creyeron conveniente, para evitar toda confusión posible, escribirse de nuevo para prevenirse mutuamente que esta vez se aguardarían en su domicilio respectivo.

En suma que desde hace seis meses la señora viuda distinguida y el caballero de buena presencia sostienen un cambio diario de correspondencia, pues a la hora en que escribimos estas líneas no han podido ponerse de acuerdo en el día y hora de su próxima entrevista.

RITORNELLO

Por Xenia

Marta habíase quedado inmóvil frente al espejo, abstraída en sus pensamientos, su mano oprimía convulsivamente el peine y la profunda arruga vertical que se dibujaba en su frente cuando una emoción, una pena, la turbaban, ahondábase bajo el terso cutis como una herida.

No podía olvidar las palabras con que su cuñada Amelia había encendido su amarga desesperación. ¿Cómo retener ahora el amor de Mario, que parecía apasionadísimo por aquella cantante de la Opera? Sencilla criatura, Marta no poseía las seducciones de esa brillante mujer; todas sus gracias, todas sus virtudes eran ingenuas y límpidas como florecillas del prado, como aguas de arroyuelo, y ahora su sueño venturoso y secreto de felicidad iba a desaparecer, a esfumarse en la nada!

Amelia había sorprendido el dulce misterio de su amor y clavaba en su corazón el veneno de sus insinuaciones, sin que ella pudiera hablar, ni tampoco callar, para no descubrirse, ni descubrir su dolorosa emoción...

Las horas se detuvieron para ella. De nuevo volvió a sonar en sus oídos la música apasionada de Tristán e Isolda, que estremecía su alma y su cuerpo, y que la noche anterior vibró en su corazón como nunca, porque la desesperada súplica de sus notas, era su propia desesperación, su armonía de inconsolable tristeza, era la que roía su alma, y las lágrimas que no vertieron sus ojos, entonces bajaban ahora, lentas, por sus mejillas. Después, en un impulso repentino, al contemplarse tan bella en su palidez de flor enferma, los azules ojos brillantes de fiebre, dejóse llevar por la rebelión potente que se alzaba en su pecho, y terminando rápidamente su tocado, salió a la calle.

La mañana de otoño abríase con luz esplendorosa en el aire un poco frío; y en el cielo, serenísimo, era el sol un enorme brillante.

Marta respiró con ansia, y la frescura mañanera le dió alegría y embriagó su alma. El rápido rodar del auto, que se deslizaba, silencioso por la Avenida Quintana, no le daba tiempo a reflexionar y su rostro sereno no reflejaba la lucha que en su interior se libraba. Descendió junto a una casa de apariencia lujosa, de muchos pisos. Tuvo un pequeño movimiento de inseguridad al trasponer la puerta, mas se rehizo y subió rápidamente los pocos escalones cubiertos por una espesa alfombra.

Frente a una puerta en cuya placa dorada se leía el nombre de Mario Valenzi, la joven oprimió el timbre nerviosamente. Pasaron unos instantes, volvió a llamar y, en el silencio que reinaba, comprendió que no había nadie en el departamento. Entonces: ¿dónde estaba Mario a esa hora? ¿Y su valet? Después de esas mudas interrogaciones, miró a su alrededor y al verse allí delante de la puerta de la casa de un hombre, que no era nada suyo, ni padre, ni hermano, ni siquiera su prometido, creyó que se había vuelto loca y con un miedo próximo al terror, bajó corriendo la escalera y una vez en el auto, tapóse el rostro con las manos mientras la vergüenza, la angustia de esa humillación, no por oculta menos grande, tiñeron de rojo sus pálidas mejillas. Tiritaba entre sus pieles, y una congoja profunda laceraba su pura alma. ¡Ella, Marta de Sanz, había ido a la casa de Mario, el hombre que más fama de galante tenía en su círculo de relaciones! Escondía, bajo su aparente frivolidad, el manantial turbulento de su querer y he aquí que una frase insidiosa, habíale hecho desbordar!

Un poco calmada, después de los amargos reproches que hiciérase a sí misma, pensó que tal vez no fuera verdad lo que Amelia había dicho, que tal vez ella se equivocaba también. Y cuanto más ahondaba en esta duda, más se convencía que la locura que había cometido no tenía ninguna razón de ser, como todas las locuras que sin ello, no serían tales...

Aquella tarde, Marta paseaba su impaciencia entre las visitas que llenaban el salón de su cuñada.

Mario no aparecía, y la inquietud, la inutilidad de su desesperación, ponían alternativamente, livideces y sonrojos en su rostro. En vano quería calmar los pensamientos atroces, inhumanos, que mordían su corazón, que la hacían desconocerse en la furia de sus sentimientos próximos a estallar. Olvidada su vergüenza ante el paso dado ese mismo día, lamentaba en su extravío no haber hallado a Mario y ya sin control sus ideas, tejían los más absurdos planes.

Todas esas turbias sensaciones, disimuladas bajo la máscara de su sonrisa y la dulzura de sus miradas, dejábanle un sabor de hiel en la boca, desordenando su cerebro.

Poco después, abandonó el salón.

* * *

Todo había quedado atrás, muy atrás, lejano como un paisaje soñado. Y era que su alma, atrozmente herida, contaba por eternidades las horas desde que en una revista ilustrada leyera la partida de la compañía lírica de la Opera, y, entre los pasajeros del mismo vapor, el "Giulio Cesare", el nombre de Mario.

Siete días interminables, siete noches pobladas de fantásticos deseos atormentadores, habían dejado una huella profundísima, imborrable, en su espíritu.

Como el agua que escapa de entre los dedos que en vano quisieran retenerla para saciar la sed, así había desaparecido la anhelada dicha, y su alma echó lejos de sí, las muertas esperanzas que la enloquecían con su irrealidad.

En esa hora oscura de su vida, su corazón perdió las alas del ensueño, las ternuras todas que guardaba. Niebla en el alma, que llenaba de sombras el mundo todo que la rodeaba, niebla que cegaba sus ojos y su corazón, dejándola rezagarse, perderse en sí misma.

* * *

Dolor y Amor (los inseparables) no cuentan el tiempo con la medida común de las semanas, los meses, los años.

Los dichosos hacen de un día un minuto, los infortunados, de una hora, un siglo. Y para el amor que se arraiga con raíces indestructibles de fatalidad, son siempre las horas, aquellas, aquellas de las dulces palabras, de las adoraciones casi divinas, en que la ternura se abisma tan hondamente dentro de las almas, en que casi se detiene el latido del corazón.

Son esos recuerdos los que no pueden arrojarse del cerebro, en que se incrustan tenazmente.

Cambiar de mirajes, ir de ciudad en ciudad, rodearse de alegre compañía, bailar, reir, reir, siempre persigue el amargo ¿para qué? La voz misteriosa y oculta de la pasión no apagada, aumenta su tono, llama a sí el alma y, la estruja sin piedad, le dice: ¡nunca olvidarás! Así golpeaba la voz del recuerdo en la vida aturdida de Marta, matando sus ficticias alegrías.

Tres años creyera bastante para ahogar la desesperación de su amor, despreciado con la doble afrenta de la huída vergonzosa y del silencio, y sin embargo, la sola presencia de Mario hízole sentir su corazón como tocado por una mano cálida.

Ante sus ojos ardientes, de mirada turbadora, con fulgores del sol de Meodiadía, ante su morena y bella cabeza que acariciara con la imaginación en sus sueños felices, quedaban perdidas sus angustias, vago, muy vago, el rumor de sus dolores, el martirio de su soledad, y la peregrinación sombría de sus deseos insatisfechos, huérfanos del buen amor.

Nunca supo con qué palabras contestó las que Mario murmuró entonces a su oído. ¡Perdón, Amor, Belleza, Eternidad!

Trozo de verdadera Vida era ese instante en que su cabecita rubia descansó en el fuerte pecho del amado, y al levantar los ojos se sorprendió de que en el cielo lucieran con el mismo fulgor las mismas lejanas estrellas a las que en noches desoladoras, contara entre sollozos sus tristezas que no tendrían fin jamás!

Pero, ¿quién conoce el ajeno corazón? ¿quién el suyo propio?

LA ROSA

En tiempo de los antiguos dioses vivía en la ciudad griega de Corinto una doncella preciosa llamada Rodanta. Era soberanamente bella y su casa muy visitada por reyes y altos señores deseosos de su amor.

Huyó de ellos Rodanta, refugiándose en el templo de Artemis, la blanca diosa de la pureza. Siguiéronla allí sus adoradores, que ayudados por las gentes de Corinto rompieron las puertas del recinto sacro. Ofendida Artemis por el ultraje convirtió a Rodanta en una encantadora rosa, que aún vive teñida por el carmín que encendió las mejillas de la doncella cuando su hermoso rostro sufrió la mirada de sus perseguidores, que quedaron convertidos a su vez en las espinas que defienden los encantos de Rodanta. --

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 16 — U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ „ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ „ 8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAPEL Y TINTA

Una poetisa de once años. «Flores de primavera», por Emilia Ester Zamora. Prólogo del doctor Raimundo R Meabe.

En este librito, se han reunido los primeros versos de una niña de once años. Al comentarle, sería impropio adoptar la actitud del crítico. Se debe entrar en él con simpatía y, a buen seguro, que nuestra alma entonces aspirará el aroma poético que de sus páginas se desprende. Más que de versos, éste es un libro de poesía. Encanta el candor de las emociones que esta niña precoz ha puesto una debajo de otra, en forma de verso, agregándoles la música melódica de las rimas. Y se ve cuánto de anunciador hay en sus páginas frescas, como flores del alba, a las que aún el sol no ha besado y en cuyos pétalos tiembla el rocío de la noche ensoñativa.

¡Qué felicidad ser tan niña y ya poder volcar en la página los anhelos superiores del espíritu!

Necio sería predecir. No sabemos qué destino le espera como poetisa a esta criatura precoz. Sus versos nos hablan ya de un organismo sensible a las vibraciones del cariño y la belleza, dotado para trasmitirlas a los demás. Aguardemos. Y entre tanto, más que a la misma poetisa, aplaudamos a los mayores de ella que, con noble entusiasmo, han reunido sus primeros versos en este manojo fresco y lindo. A ellos toca la tarea de formar ambiente alrededor de esta alma privilegiada y suavizar las asperezas con que la realidad de la vida estruja a los que han nacido con el don del canto.



Emilia Ester Zamora

Emilia Ester Zamora, en plena niñez, se abre a la ilusión de cantar. El hada Belleza la ha hecho su ahijada. ¡Cúmplase su feliz destino que parece arrancado de un legendario cuento infantil!: Este es nuestro voto.

CANCION A LA MADRE

Desde el cielo oscuro,
La cándida luna
Envía sus rayos
A la blanda cuna.

Junto a ella la madre
Vela el tierno sueño,
Entonando un canto
Al niño pequeño.

Meciendo la cuna
Canta su canción,
Y acaricia el rostro
Con ferviente amor.

Y dice en su canto:
"Duérmete pequeño
Que tu madrecita
Vela por tu sueño".

"Duérmete nenito
De mi corazón;
Duérmete mi vida,
Duérmete mi amor".

Emilia Ester Zamora.

«Sol de otoño», por Bartolomé Galindez.

Desde el año 1918, en que dió a la imprenta su primer volumen, "Poemas modernos y exóticos", siendo todavía un niño, Bartolomé Galíndez ha continuado cultivando la poesía con cariñosa dedicación, habiendo publicado con el que recientemente ve la luz, seis libros de versos, sin sumar aún treinta años de edad. Tal fecundidad no ha sido en desmedro, desde luego, del valor de sus composiciones, que por el contrario valen cada vez más.

Con un exquisito gusto en la elección de los temas, Galíndez nos ofrece ahora con "Sol de otoño", como lo hiciera con su libro anterior, "Naturaleza", un volumen de preciosas poesías que acreditan más y más su personalidad de poeta artista, trovador de las cosas delicadas y exquisitas, catador de puras y finas emociones que expresa en bellos versos que son un regalo para el oído y otro regalo para el alma. Su sensibilidad es cada vez más refinada y jamás concibe una composición en que un grito estentóreo quiebra la línea de su manera poética siempre suave, de su estilo puro y terso, oliente a ingenuidad infantil. Sus gritos se apagan en sus labios, disolviéndose en haces de rumores dulces, que dan una impresión de palabras dichas al oído... Porque esto son en realidad los versos de Galíndez: frases susurradas al oído, que el poeta suelta delicadamente, como si siempre que cantara hablase con la amada.

"Sol de otoño" reafirma la excelencia de este celebrado portalira, que goza de merecido prestigio entre los poetas jóvenes.

La cría de leones en California

Todos conocemos la ciudad californiana de Los Angeles, como "la capital de las estrellas", pero hasta ahora no nos habíamos enterado de que allí se dedican un par de señores a la cría de leones.

El matrimonio Gay ha establecido en la ciudad del cine una granja modelo y única en su género.

Es, en efecto, la sola del mundo en donde se cría a biberón los que cuando sean mayores llevarán el nombre de "reyes del desierto".

La granja de los "Félix Leo" no cuenta con menos de doscientos pensionistas". Contarlos no es cosa difícil; reconocerles ya es otra cosa.

Los leoncillos, lindos cachorros, son todos iguales; pero su estado civil se lleva exactamente como las genealogías, los "pedigree" de los perros de caza y los caballos pura sangre.

El matrimonio Gay ha resuelto el problema por medio de la antropometría (que los antropos nos perdonen la palabra).

Cada recién nacido es sometido a la operación de imprimir sus huellas digital y... nasal.

Los cachorros pasan su gruesa zarpa sobre una capa de negro de humo, y luego, el hocico. Patas y boca que quizá algún día se tiñan con la sangre de un domador, porque, como habrá podido figurarse el lector, todos estos felinos están destinados a las casas de fieras y a los circos.

Cuando hayan crecido, la libertad de que ahora gozan se reducirá a la jaula que se les destine.

El matrimonio nodriza que cría estos animales en la ciudad de Los Angeles no los prepara para el circo; sólo se preocupa de que se nutran bien, se desarrollen fuertes y robustos, para que mañana puedan recibir la educación complementaria que les permita presentarse en público como leones de la buena sociedad.

Como la granja de los señores Gay está en el centro peliculero más grande del mundo, es probable que estos leones o por lo menos algunos de ellos estén destinados a la pantalla y tomen parte en los episodios de alguna película más o menos trágica y espeluznante o en algún "film" altamente cómico. Y aquí conviene decir que casi todos los animales salvajes que vemos en el cinematógrafo son, durante la impresión de la película, completamente inofensivos, gracias a una copiosa serie de inyecciones que los hace completamente mansos.

El matrimonio Gay no conserva los leones solamente durante la lactancia, sino después, cuando ya ha empezado la alimentación de carne.

Los cachorros de león mudan la voz bastante prematuramente; a los primitivos maullidos suceden pronto los rugidos, cada vez más terribles a medida que aumenta el desarrollo.

Un viajero acostumbrado a toda clase de emociones decía que un día que acampó en Los Angeles, cerca de la granja de los Gay, cuya existencia ignoraba, se despertó sobresaltado a media noche por los rugidos de aquellas fieras, que sentía a pocos pasos de donde él estaba. El terror que experimentó fué el más grande que jamás había sentido.

RADIOTELEFONÍA

SOBRE LAS ONDAS HERTZIANAS

Es bien sabido que toda la trasmisión de radio, se efectúa por medio de las llamadas ondas hertzianas, pero la mayor parte de la gente ignora no sólo su constitución, sino la forma de generarse y su propagación.

Vamos a tratar de dar aquí una idea de esto, tratando el punto en una forma sencilla y accesible a la mayoría de las personas, aun cuando no estén claramente versadas en asuntos eléctricos y sobre todo explicar claramente lo que se entiende por longitud de onda, que la mayoría confunde en una forma lamentable, debido especialmente a su denominación en metros.

El primero que descubrió estas ondas, es como ya hemos dicho otras veces, Hertz, y de ahí su nombre de hertzianas, el cual efectuó el descubrimiento citado, notando que cuando hacía saltar chispas de una pequeña bobina entre dos bolitas de metal, algunos elementos eléctricos que se hallaban en sus proximidades anotaban efectos eléctricos, lo que daba la idea de que, además del fenómeno de la producción de la chispa, se producían otros que podían propagarse a través del aire; los experimentos posteriores permitieron conocer mayormente a estos fenómenos, hasta el punto actual en el cual el conocimiento que se tiene de ellos es verdaderamente completo, sobre todo en cuanto respecta a la generación de las tales ondas.

En efecto, se pudo comprobar que cada vez que salta una chispa se producen las ondas hertzianas, pero no en una forma continua sino que es lo que podríamos decir de una sola vez y que una vez que la chispa ha terminado de saltar, el fenómeno de producción de ondas cesa instantáneamente; por ello se buscó la solución que mejor pareció, que era la de la producción continua de chispas, con lo cual por consecuencia, se obtenía una fuente permanente de ondas de radio.

Ahora bien, era cierto que las ondas se emitían, pero existía el grave inconveniente de la enorme confusión que ellas representaban, puesto que no se sintonizaban las ondas, es decir, no se conocía bien el concepto de longitud de onda.

¿Qué es la longitud de onda? En su más simple expresión viene a ser el largo de un período, pero ello es completamente ininteligible para la mayoría de las personas, por ello trataremos de ser más claros.

Para que se produzcan las ondas hertzianas, se necesitan, aparte de otros muchos elementos indispensables, un condensador y una bobina; éstos son los que dan la frecuencia que tendrá la onda emitida, es decir, como se trata de corrientes alternadas, el número de veces por segundo que esta corriente cambiará de sentido o polaridad.

La corriente de alumbrado tiene comunmente 50 períodos, pero las corrientes de radio industriales alcanzan cifras elevadísimas, que van desde 30.000 períodos por segundo hasta 20 millones, es decir, que el cambio de polaridad en un segundo ocurre 20 millones de veces! Para obtener una frecuencia cualquiera comprendida entre los números citados, es necesario que tengamos una cierta cantidad de inductancia comprendida en la bobina y que esta medida por el diámetro y el número de vueltas de la misma y por otra parte por la cantidad de capacidad que tiene el condensador que está colocado en el circuito de sintonización, estas dos cantidades nos dan la medida de la frecuencia que tendrá la onda que se emitirá.



Sin embargo, se preguntará el lector, las ondas se miden en metros, a lo que responderemos: ante todo, que esa denominación es equivocada al punto que ya no se la usa en ningún trabajo científico ni comercial, pero que ella deriva de lo siguiente: se sabe que las ondas hertzianas recorren el espacio con la velocidad aproximada de la luz, o sean 300.000 kilómetros por segundo más o menos, pero como en ese mismo tiempo ocurren variaciones de polaridad como se indicó anteriormente, las ondas recorren en cada cambio de período un cierto número de metros que es lo que se llama longitud de onda.

Así, por ejemplo, se dice que una onda tiene mil metros de longitud, cuando tiene una frecuencia de 300.000 períodos por segundo y que tiene cien metros cuando su frecuencia alcanza a 3.000.000.

Como en el último tiempo se empezaron a emplear las ondas cortas de pocos metros y que son las que tienen mayor número de frecuencias, se vió la dificultad de expresar estas cifras en sus números verdaderos, pues la cantidad de ceros hacía engorrosa la operación, escritura, etc., y por ello se recurrió a hacer una medida que se denominó kilociclo, es decir que un kilociclo tenía mil ciclos, por lo tanto la onda de cien metros tiene 3.000 kilociclos.

Una vez que se vió la forma de generar ondas de frecuencia determinada, se perfeccionaron los métodos de trasmisión y poco a poco el primitivo trasmisor a chispa, que aun se usa en algunos barcos, se fué dejando de lado y aparecieron no sólo modificaciones muy felices de los mismos, sino que se comenzó a utilizar lo que se llamó la onda sin amortiguar o continua.

La división de las ondas amortiguadas o continuas, merece una ligera explicación, que aun sin entrar en el terreno matemático, nos dé una idea del asunto.

Cuando se produce una descarga eléctrica entre los dos elementos que forman el chispero de un trasmisor de chispa, se produce una onda que en el primer momento de la descarga tiene el número de frecuencias que le marcan, la cantidad de inductancia y capacidad que tiene el circuito de sintonización, pero en los instantes siguientes, esta frecuencia va variando a medida que pasa el tiempo hasta que en un cierto momento se paraliza completamente, una vez pasada la acción producida por la chispa y no vuelve a su primitivo valor, hasta tanto una nueva chispa vuelva a reproducir el proceso; por ello las ondas producidas por este medio se llaman amortiguadas, porque en cada momento después de la chispa las ondas van amortiguándose.

En cambio, con los métodos modernos de producción de ondas, tal como el de lámparas y cristal y aun con algunos antiguos como el de trasmisión con arco voltaico, las ondas se mantienen siempre con la misma amplitud, porque las oscilaciones están siendo reforzadas continuamente y de ahí la denominación de ondas continuas que se les aplica.



El escultor Marmolina encuentra una aplicación práctica a su estatua "La primavera".

Algunas palabras de Edison sobre el radio

El mago de la electricidad está hondamente interesado en mejorar la radiotelefonía para lograr que la voz se produzca con más naturalidad.

—Los "magna-voces" — dice — necesitan también mejorarse mucho. Hoy por hoy estorban, en cierto modo, la clara recepción y restan naturalidad a las voces. En el futuro serán más pequeños que ahora; probablemente no serán mayores que la boca abierta de una persona; y serán construídos de tal manera que registren tres distintas modalidades de sonidos: bajo, mediano y alto.

—Algunos fanáticos del radio creen que las antenas deben estar lo más alto posible de la tierra. Si usted tiene un buen aparato, y lo trabaja correctamente, funcionará igual teniendo la antena debajo de la tierra. Recientemente se hizo el experimento de llevar un receptor al fondo de una mina de carbón de Pensylvania y los resultados fueron los mismos que si hubiera estado fuera.

—El gobierno de EE. UU. no autoriza más estaciones transmisoras. Eso está muy bien hecho. Uno de los mayores obstáculos de la radiotelefonía consiste en la profusión de estaciones. La orden del futuro será: menos estaciones, pero más poderosas. Cinco y seis estaciones en una ciudad, en mi opinión, es demasiado. Solamente las mejores y más potentes sobrevivirán dentro de algunos años, y todas estarán unidas unas con otras de manera que en caso de emergencia nacional pueda el país mantenerse alerta y si se hace necesario, se movilizará el ejército por radio.

Odisea de algunas reliquias célebres

El público no sospecha la odisea que sufren a veces el cráneo o el corazón de un gran hombre antes de quedar guardados definitivamente en un museo.

Los cráneos del filósofo Descartes, del músico Choron, de Careme. de Wurmser y del mariscal Jourdan, llegaron a los museos franceses gracias a un coleccionista de esas piezas macabras, un fanático del sistema de Gall, José Dumoutier,, quien acompañó su donativo con documentos comprobatorios de innegable autenticidad.

Durante cuatro años se expuso a la curiosidad pública en el museo, el cuerpo de Turenne, al lado de fósiles fantásticos y animales disecados.

En 1800, el Primer Cónsul ordenó que se transportara el cuerpo a los Inválidos.

Los revolucionarios de 1793 fueron los que habían turbado el reposo del gran capitán, sacándole de su sepultura en la abadía de Saint-Denis.

Como si la justicia inmanente debiera tener siempre su hora, se sabe que las cenizas de Marat fueron arrojadas a un caño de desagüe y los huesos de Robespierre no tuvieron una suerte más envidiable.

Barras ha contado en sus "Memorias" que había asistido a la apertura de la fosa en donde había sido depositado el cadáver de Luis XVI, después de la muerte de Robespierre, y ordenó que arrojasen cal viva sobre el cuerpo del infortunado monarca. Luego, como expiación, se sepultó allí el cuerpo de Robespierre a fin de colocar a la víctima sobre su verdugo.

Cuando recogiéronse los que se creían despojos de Luis XVI, el antiguo director señaló esa particularidad, y como prueba de su aserción indicó el detalle de que Robespierre llevaba siempre las hebillas de sus zapatos de metal diferente al de los botones que adornaban sus pantalones.

Se encontraron, en efecto, hebillas de plata y botones de oro. Pero la equivocación no trascendió al público, y lo que queda de Robespierre continúa descansando bajo el mármol del monumento expiatorio de la calle de Anjou en unión de los restos del soberano guillotinado.

También durante la época revolucionaria robaron el cráneo de uno de los pontífices más grandes de la humanidad.

Algunos aviñoneses, testigos de la violación de sepulcros de 1793, han narrado que al abrir el mausoleo del Papa Juan XXII encontraron el cuerpo perfectamente conservado en el ataúd de plomo que lo encerraba y los hábitos pontificales apenas tenían los colores deslucidos. Los iconoclastas que esperaban encontrar rico botín, engañados en su ambición, dispersaron a los cuatro vientos los restos del Pontífice. Se dijo que una mujer había recogido la cabeza, pero no se supo a dónde fué a parar después.

Los actos de vandalismo se multiplicaron tanto durante la revolución, que sería en vano citarlos a todos. He aquí, sin embargo, un episodio que la mayoría de los historiadores ha pasado por alto.

Mientras era comisario en el Mévre, el futuro jefe de policía, Fouché, dió orden a la municipalidada de Bazoches para que le entregasen las campanas de las iglesias y el plomo de los ataúdes, a fin de fundirlas y hacer con ello balas y monedas. Todo el mundo trató de complacer al feroz procónsul, pero no se sabe cómo, una caja que estaba enterrada bajo las gradas del altar, en un nicho especial, escapó a los ojos de los profanadores. Aquella caja contenía el corazón de Vauban.



En 1880 se practicaron nuevas investigaciones y al saber que se había descubierto la preciosa reliquia, el emperador ordenó que la llevasen a los Inválidos.

El depositario de la reliquia la había confiado a un brigadier llamado Roubot, quien debía llevarla al castillo de Vauban, en donde se hallaban reunidos varios personajes esperándola.

Durante el trayecto, Roubot, que creía haber puesto la caja de ploma en una de las pistoleras de la silla, advirtió que ya no estaba allí. Volvió atrás, registrando el camino que había seguido, pero sin hallar nada. Por fin, encontró la caja que creía perdida en el pesebre de la caballeriza en donde había ensillado su caballo. Y por circunstancias que no son aún conocidas, sólo cuatro años más tarde se transladó el corazón de Vauban a los Inválidos.

Los avantares del corazón de Voltaire, aunque bien conocidos, merecen ser relatados.

En 1861, circuló una noticia que puso en revolución al mundo literario. Decíase que los herederos del Marqués de Villete habían entregado a su abogado, además de la suma de cincuenta mil francos por sus honorarios, una voluminosa valija llena de escritos inéditos de Voltaire. Tratábase, en realidad, de una cajita conteniendo algunos sobres, varios originales de Voltaire, y cartas del gran Federico de Prusia.

La misma caja contenía el corazón de Voltaire, una corona y diversos objetos que habían servido para su apoteosis.

Allí también se encontraba el testamento del escritor, en el cual éste legaba su corazón a su sobrina, madame Denis, quien lo entregó a madame de Villete, aquella a quien el autor de "Cándido" había llamado bella y buena.

¿Qué se iba a hacer de la molesta víscera? Unos propusieron ofrecerla a la Academia Francesa, quien no se apuró mucho a aceptar el regalo.

La Biblioteca Imperial le ofreció asilo y allí fué llevado solemnemente por el Ministro de Instrucción Pública.

Se ignora y se ignorará siempre adónde ha ido a parar el corazón de Buffón y en qué lugar descansa el cuerpo de Diderot.

Buffón sucumbió en el jardín du Roi de madrugada del 16 de abril de 1788. Aquella misma mañana fué embalsamado por los cirujanos Portal, Beltz y Girardeau. Estos prepararon cuidadosamente el corazón y el cerebro que fueron encerrados en urnas de cristal.

Buffón había manifestado el deseo de que se entregase su corazón al geólogo Faujas de Saint-Foud, pero el hijo de Buffón sólo consintió en que le entregasen el cerebro.

En cuanto al corazón, M. Nadanet de Buffón, sobrino-nieto del naturalista, opina que la urna fué incluída entre los objetos que se vendieron en Monftard y Parco, en provecho de la nación sin que nadie tratase antes de averiguar lo que contenía. Y no ha llegado a saberse qué se hizo de la urna y de la preciosa víscera.

Respecto a Diderot, sus huesos desaparecieron cuando la instalación de caloríferos en la iglesia de San Roque.

En lo que atañe a Moliére, sus tribulaciones póstumas darían argumento para un cuento y estilo Hoffmann.

Existe, en la Biblioteca de la Universidad de París una curiosa reliquia en un cuadrito: es un fragmento minúsculo de un hueso que hubiera sido imposible determinar a no ser por una nota que permite identificarla y que dice así:

"Según un decreto de la Convención Nacional, el cuerpo de los grandes hombres que honran a la Francia fueron exhumados y trasladados a la Casa de la Moneda, en donde sus huesos debían ser convertidos en vidrio calcáreo para ser transmitidos a la posteridad. Se habían empezado los ensayos cuando llegó la orden de devolver los cuerpos a su sepultura. La mandíbula de Moliére quedó en el laboratorio de química.

Donado por M. Darcel, director general de los ensayos, 15 de junio de 1839".

Al reverso del cuadro se lee:

"Este pedacito de la mandíbula de Moliére ha sido ofrecido a M. Dury por ser el más digno de poseer esta preciosa reliquia, 11 de noviembre de 1869. Vandermarq".

El cráneo de Goya y el corazón de Byron no se han encontrado nunca.

Cuando Missolinghi fué tomada en 1828 por los turcos, la iglesia de San Espiridión donde estaba la urna que contenía el corazón de Byron, fué arrasada completamente y nunca se supo adónde había ido a parar la preciosa reliquia. Según el historiador Blaye la urna fué robada por un soldado turco creyendo éste que allí dentro habría un tesoro inapreciable. Pero al ver lo que contenía, la destrozó furioso y tiró los pedazos a la calle.

TEATROS

FUE APLAUDIDO "EL CIRUJA", EN EL SMART.

Un melodrama bien construído y matizado de graciosas escenas cómicas, bien colocadas en el curso de la obra, nos parece "El Ciruja", que firmado por los señores Juan A. Caruso y Alberto Ballerini ha sido puesto en escena en el Smart, por la compañía veraniega que dirige el actor José Casamayor.

En piezas de este jaez, que no tienen pretensiones artísticas, puesto que el melodrama es una como exageración del drama, los autores no tienen otra misión que la de preparar debidamente los efectos, de suerte que lleguen al público como consecuencia de una aparentemente lógico desenvolvimiento de la acción. Hay que admitir que en este caso, los señores Caruso y Ballerini han estado acertados en la ejecución de su trabajo, que se desenvuelve con ponderable discreción, bien realizado el proceso.

Además, con un propósito plausible, si no pintado acabadamente los personajes principales de la obra, éstos aparecen con perfiles humanos, correspondiendo destacar en este sentido el tipo de "La tana", correctamente interpretado por la señora Teresa Puértolas, que le infundió vivo relieve.

El asunto de "El Ciruja" es de poca monta, ya que se refiere a la odisea de una buena muchacha caída en manos de un sujeto que la asedia con propósitos inconfesables, quien resulta muerto al cabo por la honesta mujer.

Aparte de la nombrada actriz, en la versión de "El Ciruja" sobresalieron las señoras Senisterra y O'Connor y los actores Casamayor y Fiaschi, a cargo de papeles de alguna responsabilidad.

El público sancionó un éxito para la pieza de Caruso y Ballerini, la que parece destinada a largo cartel en el Smart.

MANUEL RICO

El conocido actor de este nombre, que ha venido actuando en la compañía de revistas del Maipo, ha renovado su contrato con esa empresa por el corriente año, con lo cual se mantiene la presencia de un artista muy celebrado en el escenario de la calle Esmeralda.

ARTURO DE BASSI

El popular compositor Arturo de Bassi acaba de regresar a la patria en el Antonio Delfino, después de una larga estada en Europa, cuyos principales países visitó en rápida jira.

Con De Bassi se incorpora al mundo de nuestra farándula una figura musical de primer orden, ya que nadie ignora el sinnúmero de obras que se deben a la inspiración de este laborioso maestro, perteneciente a una familia de músicos.

DE ROSAS EN CANARIAS

Ya de vuelta, después de actuar en Europa más de un año, la compañía Rivera - De Rosas ha llegado a las islas Canarias, debiendo dar funciones en Santa Cruz de Tenerife y otras plazas, antes de embarcarse para Buenos Aires, adonde se le espera en el mes de marzo.

El estimado actor Enrique De Rosas, que ha trabajado en escenarios españoles, franceses e italianos, obteniendo señalados éxitos de que se hizo eco el cable, vuelve dispuesto a probar una vez más sus desvelos artísticos, ya que todos sabemos que De Rosas, pese al gusto estragado de gran parte de nuestro público en estos últimos tiempos, se ha batido como un espartano por elevar el nivel artístico de la escena nacional, cultivando siempre el buen teatro.

NORKA ROUSKAYA

Estas palabras raras corresponden a la violinista y bailarina que trabajó años atrás en nuestra capital y que según noticias cablegráficas se encuentra ahora en Portugal.

Parece que la Rouskaya, que es una buena artista, se dispone a cruzar el charco del Atlántico, para llegar de nuevo a nuestras playas, animada del propósito de ofrecer interesantes espectáculos coreográficos, que en Lisboa arrancan ditirámbicos sueltos a los cronistas lusitanos.

Recordamos que Norka es una linda mujer y una inteligente artista, y en los años transcurridos ha debido progresar en forma que se expliquen los elogios de los portugueses y de los que no lo son...

MUÑOZ SECA TRIUNFA CON UNA CARICATURA DE LA OPERETA VIENESA

El rey del astrakán, cuyo mejor éxito fué la caricatura del clásico drama español que escribió con el título de "La venganza de don Mendo", acaba de obtener en el teatro Comedia, de Madrid, otro gran suceso cómico, al estrenar "Los extremos se tocan", en colaboración con Pérez Fernández.

Véase cómo comenta el estreno de la nueva pieza de Muñoz Seca el "A. B. C.", de la capital española:

"Los extremos se tocan", obra escrita en feliz consorcio con Pérez y Fernández, su perfecto e idóneo colaborador, es una encontrada caricatura de la opereta, como lo fué, respecto al drama "La venganza de don Mendo", su producción gemela.

"Los extremos se tocan", opereta sin música, pero con cantables y evoluciones, es una deliciosa parodia del género vienés, que el público rió con alborotado regocijo, y haciendo repetir varios "números", tan graciosamente caricaturizados en la letra y en el juego escénico, que daban la impresión de responder a un acierto de la supuesta situación musical.

"El mismo asunto que sirve de pretexto para acoplar estos momentos musicales: dúos, concertantes, tercetos y la inevitable romanza de la flor — no le falta a la obra para semejarse a lo que imita, más que un desfile de "señoritas del conjunto" por el pasillo de butacas — responde a la loca arbitrariedad constructiva de la opereta. Es ingeniosa aquella teoría del "paralelismo", que une de por vida a dos personas, nacidas en un mismo día, en los mismos gustos, aficiones, sentimientos y enfermedades. Ello da lugar a toda suerte de cómicos episodios, en realidad muy divertidos; mas el público, engolosinado con aquella novedad de los cantables sin música, esperaba la situación, saboreándola anticipadamente.

"¡La opereta sin música! ¡Quién sabe si éste será un camino para el porvenir!

Precisamente en estos días un innovador como Max Reinhardt, el famoso "metteur", ha creado la ópera hablada. La obra, que se titula "Victoria", consiste en una serie de recitados y de "ballets" acompañados en sordina por un piano colocado en la escena. Así las palabras tendrán un valor mucho más importante que el de la música, reducida a un leve sonido. Esta tentativa, coronada por el mayor éxito, va a tener inmediata realidad en Nueva York.

"¿Tendremos que parodiar la frase histórica diciendo: "Músicos, a defenderse?".

"Porque una opereta sin música que gusta y entretiene tanto como "Los extremos se tocan", y una ópera como "Victoria", casi a cuerpo limpio, es para preocupar a los compositores de uno y otro género.

"Los extremos se tocan" tendrá larga y fructífera vida en el cartel, que se prolongará indefinidamente en cuanto Muñoz Seco y Pérez Fernández entreguen los cantables a un músico y la comedia se transforme en opereta, y entonces si el músico acierta, "Los extremos se tocan", se tocarán en todas partes."

MUSICA EN EL AVENIDA

Se anuncia para el jueves 27 el debut de la compañía lírica italiana del maestro Arturo De Angelis. Si la altura de la cubeta mercurial no se opone, es de esperar que el nombrado músico, buen organizador de conjuntos canoros, realice una temporadita exitosa en el escenario que desalojarán en estos días los zarzueleros de Manolo Fernández. Amén.

L AMAIZANI PARA el PORTEÑO

Después de larga gestación empresaril, erizada de detalles más o menos revisteriles, ha quedado definitivamente resuelto el traslado de la compañía de Rando que actuaba en el Hippodrome, al antes escenario maravilloso del Porteño.

Como Roma, el Porteño ha tenido su grandeza y ahora cruza por su decadencia, la cual podría trocarse en opulencia si el público, veleidoso como una mujer, tuviera el caprichoso propósito de volver sobre sus pasos y tornar a los escenarios bataclánicos que ha abandonado, con el mohín del amante rico que deja una bella mujer porque sí.

Azucena Maizani, esa flor revisteril que ha sido la más perfumada de la temporada del Hoppodrome, trepará a la categoría de estrella única en el Porteño, pasando así de la pista al escenario.

Salvo contingencias, la nueva temporada se iniciará en la fecha que se lanza esta edición y el debut coincidirá con los estrenos de "En el Porteño no hace calor" y "De la pista al escenario", nuevas producciones que han sido concebidas por los autores en forma que desde el primer contacto con el público se impongan compañía y obras. Los que intervienen en esta nueva intentona de restaurar la revista en el teatro que la popularizó, creen no fallar. Falta saber qué dirá su majestad el público, que es el anónimo personaje que manda en el teatro y a quien no se le engaña siempre así no más.

BLANCA AL GENERO CHICO

Ha quedado resuelto que este año la popularísima actriz Blanca Podestá dedicará su actividad artística al teatro por horas. Alippi será director del conjunto.

DESCANSO DE UN MES

El Nacional, o sea la catedral del género chico criollo, se dispone a cerrar sus puertas el 31 del actual, para reabrirlas el 1 de marzo, inaugurando otra temporada.

Es el anual descanso de un mes que concede Carcavallo a sus artistas. Al reaparecer la compañía, ésta presentará nuevos elementos con los que se propone la empresa reforzarla.

Desde ahora, puede descontarse que el Nacional volverá a ser este año una de las salas más concurridas, como lo viene siendo de largo tiempo atrás.

TERMINO LA MARRONE

La compañía italiana que dirigía en el Marconi o, para mejor decir, que encabezaba la actriz señora Marrone, se ha visto en el caso de poner término a su temporada, acosada y vencida por la canícula. La Marrone deja el recuerdo de algunas interesantes versiones de los dramas y comedias que interpretó con acierto.

GRAN SPLENDID

Las grandiosas producciones cinematográficas que diariamente se pasan en esta hermosa sala, acaso la más amplia y la más prestigiosa de la capital, atraen las familias de calidad que forman el público de este cine. Los apellidos más aristocráticos pueden encontrarse entre la concurrencia y la elegancia de las damas pone una nota característica en las funciones, que son verdaderas reuniones sociales.

La empresa anuncia para esta semana admirables películas de las marcas más renombradas.

CAPITOL

Pese a los rigores de la estación, este cine sigue siendo bastante concurrido por las personas que gustan del espectáculo peliculero. Con frecuencia se ve numeroso público selecto en las veladas, atraído por la belleza de las cintas que se exhiben y que siempre son de todo punto notables, sea porque en ellas intervienen buenos actores del teatro mudo o por el interés del argumento.

CINE PARC

La bella sala sita en la calle Santa Fe y Thames y que es la más aristocrática de Palermo, realiza sus funciones con mucho público, constituído por las familias distinguidas de la circunscripción.

En esta semana se pasarán notables películas, cuyo anuncio ha promovido interés en los habitués.



Ultimas creaciones de la moda femenina

Los modelos que ilustran esta página y que son los que actualmente se llevan en la capital de Francia, han sido expresamente ejecutados para FRAY MOCHO, por la acreditada casa de **MARTHE PINCHART, 2, rue Volney, París.**

1.—Modelo ''Bambou''.—Abrigo confeccionado en paño moteado, con ''effets de pinces''.
2.—Modelo ''Sensitive''.—Vestido de crepé satín madera de rosa, adornado con cadena de metal.
3.—Modelo ''Chanson d'amour''.—Vestido de terciopelo de seda color higo, bordado en colores, con ''effets de pinces''.

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746
INDUSTRIA ARGENTINA